
UNOS
DÍAS
EN
DUBLÍN
FLAVIO SINMÁS
elit
LGTBI

Portadilla

UNOS DÍAS EN DUBLÍN

FLAVIO SINMÁS

Créditos

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley.
Diríjase a CEDRO si necesita reproducir algún fragmento de esta obra.
www.conlicencia.com - Tels.: 91 702 19 70 / 93 272 04 47

Editado por Harlequin Ibérica.
Una división de HarperCollins Ibérica, S. A.
Avenida de Burgos, 8B - Planta 18
28036 Madrid
www.harlequiniberica.com

© 2025, Flavio Sinmás
© 2025, Harlequin Ibérica, una división de HarperCollins Ibérica, S. A.
Unos días en Dublín, n.º 27 - julio 2025

Todos los derechos están reservados incluidos los de reproducción, total o parcial.
Esta es una obra de ficción. Nombres, caracteres, lugares, y situaciones son producto de la imaginación del autor o son utilizados ficticiamente, y cualquier parecido con personas, vivas o muertas, establecimientos de negocios (comerciales), hechos o situaciones son pura coincidencia.
Sin limitar los derechos exclusivos del autor y del editor, queda expresamente prohibido cualquier uso no autorizado de esta edición para entrenar a tecnologías de inteligencia artificial (IA) generativa.
® Harlequin, Elit y logotipo Harlequin son marcas registradas propiedad de Harlequin Enterprises Limited.
® y ™ son marcas registradas por Harlequin Enterprises Limited y sus filiales, utilizadas con licencia.
Las marcas que lleven ® están registradas en la Oficina Española de Patentes y Marcas y en otros países.

Imágenes de cubierta utilizadas con permiso de Dreamstime.com y Shutterstock.

I.S.B.N.: 9791370008550

Conversión a ebook: MT Color & Diseño, S.L.

Índice

Portadilla
Créditos
Dedicatoria
Capítulo 1
Capítulo 2
Capítulo 3
Capítulo 4
Capítulo 5
Capítulo 6
Capítulo 7
Capítulo 8
Capítulo 9
Capítulo 10
Capítulo 11
Capítulo 12
Capítulo 13
Capítulo 14
Capítulo 15
Capítulo 16
Capítulo 17
Agradecimientos
Si te ha gustado este libro…

Dedicatoria

Para Isabel, que me enseñó a querer lo que hay en mí.

Capítulo 1

¿Cómo saber que tu mundo se va a venir abajo? ¿Que el lugar seguro que has creado no lo es y que tus miedos, esos que te acechan desde los oscuros rincones de tus inseguridades, están listos para hundirte? Pero lo más importante, desde luego, es: ¿cómo sobrevivir a una situación así? ¿Cómo reaccionas cuando el suelo bajo tus pies se derrumba y no hay ningún lugar al que asirse para salvarte?

Eso fue lo que me tocó vivir a mí de improviso.

Era un día como cualquier otro. El final del verano empezaba a traer las primeras jornadas con chaqueta, pero a mí me daba igual. Yo no había tenido tanta ilusión en mi vida. ¡Estaba montando mi propia librería! Había sudado la gota gorda para conseguir el dinero; entre lo ahorrado con innumerables trabajos (pescadero, currito en varios restaurantes de comida rápida, dependiente en una tienda de videojuegos, camarero y otros muchos eventuales), algo que me habían dado mis padres y un préstamo del banco, había podido reunir el dinero para empezar el proyecto. No, no el proyecto, sino mi proyecto. El sueño de mi vida.

Mike´s Bookshop*.*

Vale, puede que el nombre todavía hubiera que definirlo un poco. La Librería de Miguel no me convencía, y la versión en inglés no era mucho mejor. Tendría que pensarlo más.

Daba igual, el caso es que por fin —¡por fin!— iba a ser mi propio jefe, a depender solo de mí para sobrevivir, a rehabilitar un local

chiquitín en Lavapiés para darle una nueva vida y a traer historias diferentes a todo aquel que se quisiese llevar un amigo de papel a casa. No podía ser más feliz.

Aunque tenía que reconocer que los preparativos me estaban dejando agotado. Había contratado a una empresa para reformar el local, pero ahora me tocaba montar las estanterías, organizar el pedido inicial, que era el más grande, los trámites burocráticos y un sinfín de cosas más que hacían que llegara a casa tardísimo y agotado.

Aquel día, el que marcó un antes y un después, sin embargo, salí pronto. Había terminado de montar la última de las estanterías y, como había ido cogiendo práctica, tardé menos de lo esperado, así que fui hacia el metro, pero decidí no avisar a Mario de que volvería antes a casa. Quería darle una sorpresa, ya que, desde que había empezado con la librería, pasábamos poco tiempo juntos.

No me lo podía creer cuando miré el reloj justo antes de llegar al portal y me di cuenta de que era dos horas antes de lo habitual. Podríamos salir a dar una vuelta, a cenar, o ver una peli en casa. El caso es que tendríamos plan los dos juntos y ya ni recordaba la última vez que eso había ocurrido.

Quería mantener la intriga hasta el final, así que abrí con cuidado, intentando hacer el menor ruido posible, y cerré conteniendo la respiración, como si así ayudara a que la puerta fuese más sigilosa. Caminé despacio por el pasillo y, cuando iba a entrar al salón y a chillar un «¡sorpresa!» con todo lo que me permitieran los pulmones, el grito se quedó atascado en mi garganta ante lo que vi. Desde el marco de la puerta veía a Mario, mi novio, besar con una pasión descontrolada a Álex, mi mejor amigo.

El mazazo que sentí fue devastador. En ese instante noté cómo el corazón se me resquebrajaba en mil pedazos y todo dejaba de tener sentido. Esa casa en la que me encontraba, la que habíamos comprado juntos; el sofá en el que estaban, donde tantas veces había acurrucado mi cabeza sobre sus rodillas mientras veíamos la tele; la camisa de cuadros rojos que llevaba Mario, que le había regalado en su último cumpleaños; el aro que Álex llevaba en el lóbulo de la oreja izquierda, al que había acompañado para

hacérselo, todo era una mentira. Traicionado de la peor manera posible por las dos personas en quienes más confiaba. ¿Cómo… cómo podía reaccionar ante eso?

Me sentí pequeño, despreciado, un ser sin ningún valor, pero ¿qué tenía que hacer? ¿Entrar hecho un basilisco y perder de golpe todo lo que había construido? ¿Esperar y hacerme el tonto mientras esos dos profanaban mi hogar? No sabía qué se esperaba de mí en ese momento. A veces me gustaría que la vida viniese con un manual de instrucciones y ahí lo eché más de menos que nunca. ¿Tenía que sacrificar a mi novio y a mi mejor amigo por mi orgullo? ¿No podía volver hacia atrás, refugiarme con los libros que todavía estaban embalados en sus cajas y llorar hasta la extenuación?

Llorar, sí, claro, como si pudiera. Estaba tan asombrado por ese golpe mortal que las lágrimas me habían abandonado por completo. La furia tampoco parecía querer hacer acto de presencia. Me sentía vacío, desahuciado hasta por mis emociones más básicas; como si estuviera en un páramo yermo, acompañado solo del dolor, pero de tal calibre que no dejaba hueco para nada más.

Paralizado como estaba, vi como los que llamaba novio y mejor amigo separaban sus labios y se miraban un segundo con lujuria a los ojos. Entonces Álex le quitó la camisa a Mario botón a botón, esa camisa que yo había elegido con tanto cariño para él y que compré haciendo horas extras en el último bar en el que había trabajado, y le empezó a chupar los pezones. Movía la lengua despacio, haciendo que Mario pusiese los ojos en blanco y contuviese un gemido de placer, al tiempo que yo contenía uno de dolor.

Poco a poco, y tras detenerse un segundo en aspirar el olor de su axila, Álex siguió bajando y le desabrochó el vaquero a Mario. El bulto en los calzoncillos era considerable, y el que hasta ese momento era mi mejor amigo lo miró con deseo. Mario le dirigió una mirada sugerente y Álex liberó el miembro de su amante de su prisión.

—¡Joder! Qué suerte tiene Miguel —dijo salivando. Mario lo agarró por la nuca y lo dirigió hacia el órgano que lo estaba esperando. Álex no se hizo de rogar, abrió la boca y se introdujo la polla de mi novio hasta el final, demostrando las tragaderas que tenía. Empezó a subir

y bajar, y Mario apoyó la mano en su cabeza. A mí me gustaba hacer de rabiar a Álex con el peinado que llevaba, con el pelo más largo por atrás, que parecía sacado de los ochenta. Eso, sumado a la barba de varios días que solía llevar, que remarcaba con el bigote, le daba un aspecto algo dejado, pero se veía que a Mario, con lo pijo que era, le daba igual. Este lo agarró del pelo y empujó su cabeza hasta el fondo. Solo cuando Álex tuvo una arcada aflojó.

Se limpió con su camiseta friki las babas que se le escurrían por los labios y sonrió culpable.

—Habría aguantado más.

—No lo dudo —respondió Mario antes de besarlo de nuevo. Yo cerré la mano con la que me había apoyado en la pared y apreté el puño con fuerza. Quería parar aquella locura, pero el miedo a la soledad, a perder a quienes más quería, me lo impedía.

Esa vez fue Mario el que le quitó la camiseta a Álex y, mientras lo besaba, introdujo la mano en sus pantalones y comenzó a moverla rítmicamente. Fue acelerando hasta que mi amigo separó los labios y le agarró la mano.

—Para, o esto va a durar muy poco —dijo con una sonrisa pícara y volvió a unir sus labios a los de Mario mientras le revolvía el pelo rubio engominado, algo que él odiaba y que a mí no me permitía nunca. Aquel gesto de intimidad compartida fue lo que me terminó de romper. Le ampliaba los límites que a mí me imponía, con quien compartía su vida y sabía que lo quería. Yo no era más que un pasatiempo para él. Me caí hacia atrás de la impresión, pero me apoyé en la pared a tiempo de evitar el golpe y empecé a respirar con agitación. No sabía cuánto tiempo más podría contenerme.

Mario le dio la vuelta a Álex con brusquedad, como le gustaba a él el sexo, y le hizo ponerse a cuatro patas en el sofá. Le quitó los pantalones y los calzoncillos sin esfuerzo ninguno y hundió la cabeza entre sus dos nalgas mientras sacaba a pasear la lengua. Álex gimió de una manera que me puso el pelo de punta. Se notaba que Mario se estaba empleando a fondo.

—Límpiame bien el culo, cabrón —consiguió articular Álex entre gemidos al tiempo que, volviéndose lo que podía, empujaba con una mano la cabeza de su amante para que continuara lamiendo.

Así estuvieron un rato, mucho más del que duraba conmigo, desde luego, hasta que Mario se cansó y, con los ojos de un animal en celo, le dijo a Álex:

—Ahora vas a ser mi puta.

Sin esperar ningún tipo de respuesta, se la clavó sin compasión. Álex gritó durante un segundo, pero luego los sonidos que emitía pasaron a ser gemidos de placer. Aunque al principio era Mario el que movía la cadera sin parar, luego fue Álex el que bombeaba su culo buscando que la ansiada polla llegara a lo más profundo de su ser.

Estaban empapados en sudor y se empezaron a enzarzar en una maraña de gritos de satisfacción que a mí se me clavaban como puñales en el corazón. Ahí fue donde decidí que ya no aguantaría más. Reuniendo todas las fuerzas que tenía, entré en el salón y me quedé observándolos, esperando su reacción.

El primero en verme fue Mario. Me miró de arriba abajo y sonrió de medio lado. Aquello me dejó pasmado. Ni siquiera un asomo de vergüenza, ni pena, nada. Solo una actitud de chulo que me dejó en el sitio. Y lo peor de todo es que aquello me excitó como nunca nada lo había hecho antes.

—Te estábamos esperando, Miguel —anunció Mario separándose de Álex y caminando hacia mí—. Únete, que sé que lo estás deseando.

Sin darme opción a réplica, mi novio me besó con ansia, cortándome la respiración. Yo quería gritar, decirle que no quería aquello, que me dejara en paz, pero no pude resistirme. El poder que ejercía sobre mí era tal que, cuando dejó de besarme, me arrodillé y, sin rechistar, me llevé su verga a mi boca. Mientras me dedicaba a la mamada, Álex llegó hasta nosotros y empezó a besar a Mario.

—No te lo quedes para ti solo, que yo también quiero —protestó entre risas mi amigo, que me agarró del pelo y me enchufó su falo. Álex, con el que tantas confidencias había tenido, en quien me había apoyado en los peores momentos, me trataba como un juguete y no se había dignado a dirigirme la palabra. Yo lamí la polla de mi amigo como un autómata, un ser que no sentía, porque la humillación era

demasiado extrema como para dejarla entrar en mi corazón. Preferí seguir con la tarea y no discutir con esos dos hombres que habían pasado a ser unos desconocidos. No supe qué habría surgido entre ellos, pero estaba claro que yo era un estorbo y solo valía como entretenimiento.

—Espera, que yo me aburro —gruñó Mario, aunque de aburrido tenía poco—. Vamos a hacerlo más divertido.

Me hicieron ponerme sobre el sofá tras haberme arrancado la ropa entre los dos y, mientras Mario me penetraba con una fuerza inusitada que me llegó a hacer sangrar, Álex hacía que se la comiera, empujándome hasta que me faltaba la respiración. Yo me dejaba hacer, aunque nunca había estado más lejos del placer. No disfrutaba ni con el que era mi novio ni con quien creía que era mi mejor amigo. Por extraño que parezca, nunca habíamos intentado nada juntos, habíamos mantenido nuestra amistad fuera de la línea que podía estropearlo todo si la cruzábamos, y, sin embargo, ahí estaba yo, mirándolo a los ojos desde abajo, chupándole la polla mientras pensaba en cómo se había perdido lo que nos unía.

—Me voy a correr —exclamó Mario mientras apretaba con las manos en mis caderas.

—Yo también —concurrió Álex acelerando el ritmo al que me follaba la boca.

Al llegar al clímax, los dos soltaron bufidos de placer y, cuando hubieron descargado, se separaron de mí y se volvieron a comer a besos entre ellos.

—Joder, menudo polvazo —dijo Álex al dirigirse a la ducha.

—Y que lo digas, tío. Y que lo digas —repuso Mario mientras me daba una cachetada en el culo y lo seguía.

Yo me encogí en el sofá. Estaba lleno del semen de mi novio y de mi mejor amigo y me daba igual. Había elegido la humillación a perderlo todo. Rebajarme a plantar cara. Ser un cobarde frente a echarle un par de narices.

Había pagado un precio demasiado alto por algo que ya no sabía si merecía la pena. ¿Podría continuar viviendo con la cabeza alta sabiendo lo que había hecho?

Cuando el agua de la ducha empezó a sonar y oí cómo se reían juntos, las lágrimas por fin quedaron libres y lavaron la pena tan grande que sentía.

Capítulo 2

—¡No me lo puedo creer! ¡Yo lo mato! —gritaba Carol mientras agitaba los brazos con esa expresividad tan suya, pero que estaba poniendo en peligro la estabilidad de las cervezas que acabábamos de pedir—. ¿Que Álex hizo qué?

—¿Sabes? Si consiguieses que no se enterasen en Barcelona con los gritos que estás pegando, te lo agradecería —la regañé, con lo que pareció tranquilizarse un poco.

—Perdona, Miqui, es que… ¡Joder! Habrán sido unos cabrones contigo, pero es que hasta yo me siento traicionada.

Habían pasado tres días desde que pillé a Mario y a Álex juntos. Tres días en los que me había refugiado en mí mismo, pasando casi todo el tiempo en la librería para mantener la mente ocupada, pero teniendo que aguantar los constantes comentarios de Mario al volver a casa.

Me había unido a ellos dos y dio la impresión de que estaba cumpliendo una fantasía, ya que Mario había insistido en varias ocasiones en abrir la pareja, aunque yo siempre me había opuesto. Sin embargo, mi novio estaba tan centrado en sí mismo que no se percataba de mis silencios cuando hablaba del «trío del siglo» y se ponía a nombrar a diversos candidatos entre los que elegir para repetir. No era capaz de ver que a mí aquella traición me había hundido hasta lo más hondo, porque por mucho que él lo disfrazara de fantasía con su palabrería, no dejaba de ser eso, una traición. Se había liado con mi mejor amigo sabiendo que yo no volvería hasta

tarde. No había nada de bonito en aquello, ni de reavivar nuestra vida sexual ni de reforzar nuestro amor, como no dejaba de decir.

Era, simple y llanamente, una mierda enorme. Y no había más.

Durante esos tres días me lo había estado comiendo yo solo, hasta que exploté y llamé a Carol para desahogarme. El peso era demasiado para mí y necesitaba un hombro sobre el que llorar. Aunque la dueña de ese hombro fuese la amiga más chillona de todo Madrid.

—Carol, es que no te he contado lo peor. —Agárrate, que vienen curvas, pensé. Le había dicho lo de Mario y Álex, pero no que aquello se había convertido en un trío.

—¿Peor que tu mejor amigo se enrolle con tu novio a tus espaldas? Un amigo al que conoces casi desde hace tanto que ni me acuerdo y al que siempre has apoyado. Un amigo hijo de puta —ya empezaba a elevar la voz otra vez y yo encontré de pronto muy interesante la cerveza que me había pedido. Cualquier cosa con tal de evitar las miradas de los clientes de las otras mesas— que le comió la polla a tu novio, sí, señora, a su novio —le explicó a la anciana que la miraba con espanto desde la mesa de enfrente aunque yo solo quería que la tierra me tragase—, mientras se pensaba que estabas montando el negocio con el que tanto tiempo llevas soñando. Un amigo al que has recogido borracho a las tantas de la madrugada de los peores antros posibles cuando te ha llamado lloriqueando porque su ligue lo había dejado tirado y tú ya estabas durmiendo porque tenías que madrugar. Un puto cabrón al que has acogido en tu casa cuando se quedó en la calle porque sus padres lo echaron. Un hijoputa al que voy a matar en cuanto le vea.

—Y bien que haces, hermosa, que a mí también me dan ganas de matarlo —añadió la señora mientras dejaba el periódico en la mesa —. Mari, tráeme otro café, que este chico tiene mucho que contar.

—Señora, usted a lo suyo —protesté.

—No, no, Miqui, que te escuche para ver si, ya que a mí no me haces caso, se lo haces a ella cuando te diga que dejes a ese cabrón que tienes por novio y no le dirijas más la palabra al imbécil de Álex.

—La experiencia es un grado, no lo olvidéis. —Sin vergüenza ninguna, y con una agilidad impropia de una anciana de ochenta

años, como tendría, a juzgar por su pelo blanco como la nieve y las arrugas de la cara y las manos, cogió su silla y la plantó en nuestra mesa—. Por cierto, me llamo Sagrario, pero podéis llamarme Sagra.

—Encantada, Sagra. —Me quedé alucinado cuando mi amiga le dio dos besos como si nada—. Yo soy Carol y este desastre que no me hace caso nunca se llama Miguel. Miqui para los amigos.

—Bueno, ¿y qué es lo peor? —preguntó la anciana yendo al grano. Las dos se me quedaron mirando con expectación y yo me resigné. Total, de perdidos, al río.

—El caso es que…, cuando los vi, pues…, bueno…

—¿Sí? —intentó animarme a seguir Carol.

—¿Qué pasó, Miqui? —Sagra ya se tomaba todas las confianzas del mundo. En fin…

—Pues… que me uní a ellos —conseguí decir mientras me ponía rojo como un tomate.

—¡Virgen santísima! —exclamó la abuela mientras le echaba dos azucarillos al café que le acababan de traer.

—Tú… ¿estás tonto o qué? —me regañó Carol.

—Es difícil —intenté defenderme, aunque las miradas hostiles de mi amiga y la abuela me lo ponían difícil.

—¿Cómo que difícil? ¡Tu novio te estaba poniendo los cuernos con tu mejor amigo! ¿Qué hay de difícil en mandarlos a la mierda?

—Yo se la habría cortado a los dos antes de irme —sentenció la señora quedándose más ancha que larga.

—¡Y habrías hecho bien, Sagra! —Carol le pasó un brazo por los hombros y, una vez más, quedé fascinado por la facilidad de mi amiga para congeniar con desconocidos.

—Yo… —intenté explicar todo lo que se me había pasado por la cabeza, pero las palabras se me quedaban atascadas en la garganta. ¿Cómo iban a ser capaces de entenderme?

Las dos me miraban confusas, pero empecé a temblar y decidí darle un trago a la cerveza para esconderme. No era capaz de materializar en palabras el miedo atroz que había sentido cuando los vi juntos. El miedo a estar solo, al rechazo, a volver a la casilla de salida. Sabía que, si se lo contaba, no lo entenderían y quedaría como un idiota. Me criticarían y yo me hundiría aún más.

—Es que, Miqui, tío, joder, ¡no me lo puedo creer! —saltó Carol—. Hay que tener un poquito de autoestima, ¿eh? No puedes dejar que un par de cabrones se rían de ti y encima se vayan de rositas. ¡No, no y no!

Esto último lo acompañó de un golpe en la mesa, haciendo peligrar de nuevo todo lo que había sobre ella. Yo ni siquiera alcé la vista para mirarla a los ojos. ¿Para qué? Si dijera lo que dijese ella me lo iba a rebatir. No tenía ningún sentido intentar explicar nada. Mejor que me cayera la bronca y me fuera de allí cuanto antes. Había sido un error avisar a Carol. Sabía lo que iba a pasar y, aun así, había ido como una polilla a la luz, como un tonto. Si es que no aprendía.

—Chiquilla, por favor, no vuelvas a dar un golpe así o me vas a tener que llevar a Urgencias por las quemaduras que me va a provocar el café —se quejó Sagra, que miró con dureza a Carol. Sin embargo, para mi sorpresa, volvió su rostro hacia mí y la expresión había cambiado por completo. Se había suavizado, como si fuera una abuelita de película de esas que hacen galletas día sí y día también para sus nietos—. Tienes que entender a tu amigo, no lo está pasando nada bien.

Y, dicho esto, puso su mano sobre la mía. La apretó con fuerza y me miró con dulzura. Yo la miré asombrado y los ojos se me llenaron de lágrimas. Por raro que suene, sentí una gran conexión con aquella mujer. Parecía que, al final, la experiencia sí que era un grado.

—Sé que no lo está pasando bien —se defendió Carol—, pero lo único que quiero es que espabile y se dé cuenta de lo que ocurre.

—Querida, déjame decirte una de las pocas cosas que he aprendido con los años. La gente, por mucho que le digas lo que tiene que hacer, no lo hará hasta que tomen la decisión por sí mismos. Mientras tanto solo podemos estar a su lado y ser su apoyo para que el sufrimiento sea el menor posible.

Joder con la abuela. Había dejado sin palabras a Carol; eso sí que era un logro. Sonreí con timidez y las lágrimas dolieron un poco menos.

—Entonces, ¿lo que me estás diciendo es que tengo que ver cómo mi amigo sufre y no hacer nada? —Carol puso una cara curiosa, como si se estuviera comiendo un limón.

—No, no, ni mucho menos. Lo que digo es que hay que ponerse en sus zapatos para entender lo que ha ocurrido. Después, le podrás dar tu opinión, por supuesto, pero sabiendo que será él quien decidirá lo que hacer y que si, por un casual, no siguiese tu consejo, no puedes enfadarte con él. A fin de cuentas, los amigos deben estar a las duras y a las maduras, ¿no?

—Y no follarse a los novios de sus amigos —remató Carol, haciéndonos reír, aunque esa no fuera su intención por la cara que puso.

Yo me enjugué las lágrimas y miré a mis dos interlocutoras. Una amiga a la que conocía desde ni se sabe los años y una completa desconocida que parecía entenderme mejor que nadie en el mundo. Sonreí ante aquella combinación.

—Ahora bien, Miqui —dijo Sagra—, nos gustaría saber por qué hiciste lo que hiciste. Tal vez así podamos entender la situación un poco mejor.

Sabía que, después de lo que había dicho la mujer antes, no me iba a quedar otra que explayarme. Pero, bueno, se lo merecían. Y Sagra ya había demostrado que podía hacer de parapeto ante Carol, así que tomé aire hondo, carraspeé y me lancé.

—Yo…, cuando los vi, sentí cómo me rompía por dentro. —Se me hizo un nudo en la garganta, pero no me dejé achantar, seguí hablando—: Me quedé paralizado, como si aquello no fuese real y pensé en entrar y montarles un pollo.

—Es lo que tendrías que haber hecho —me interrumpió Carol, pero se calló ante la severa mirada que le dirigió Sagra.

—Estuve dudando mucho, pero cuando me iba a decidir, pensé en lo que eso significaría. Perdería tanto a Álex como a Mario y me quedaría solo. Aquello…, bueno, lo vi todo negro. No soportaba la idea de la soledad tan amarga que tendría que aguantar, me daba pavor.

—¿Y, entonces, por qué no te diste la vuelta y te fuiste de allí sin que se notara? —preguntó Sagra.

—No lo sé. Se me pasó por la cabeza, pero tampoco quería que quedaran impunes, que no supieran que los había visto. Así que… entré. —Tragué saliva, intentando contener otro río de lágrimas—. Y el resto ya lo sabéis. Aquella pareja se transformó en un trío retorcido donde el amor y la amistad dejaron de valer nada.

Me quedé allí llorando y moqueando mientras una anciana a la que no conocía de nada y mi amiga se miraban preocupadas. Si Carol no había soltado una de sus pullas era porque se había alarmado, ya que todo aquello me había afectado mucho más de lo que creía —o porque Sagra le había dado una patada por debajo de la mesa, todo podía ser—. El caso es que de golpe me vi con un pañuelo en la mano, por cortesía de Sagra, y con Carol dándome palmadas en la espalda.

—Lo siento, estoy haciendo un ridículo increíble —dije sonándome la nariz—. No tenía que haber dicho nada de esto.

—Mira, no me puedo contener, Miqui. ¡Tienes que mandar a ese par de gilipollas a la mierda! ¿Me has entendido?

Y ahí estaba, la Carol de siempre. Si alguno de aquellos dos hubiese estado delante de ella, se habría llevado un puñetazo y una puñalada en un ojo, seguro.

—No es tan fácil, chiquilla —dijo Sagra con toda la calma del mundo—. Me da a mí que, a pesar de todo lo que nos ha contado, este chico está enamorado hasta las trancas, ¿verdad?

Yo asentí con timidez.

—Y, además, valora mucho la amistad con su mejor amigo, ¿no es así?

Volví a asentir.

—Entonces, no te queda otra, hijo, que hablar con ellos. —Me dio varios golpecitos suaves en la mano, infundiéndome ánimo—. Son conversaciones muy incómodas las que te esperan, pero no puedes posponerlas más tiempo.

—¿Y de qué servirá hablar con ese par de cabronazos? —preguntó Carol con su elegancia habitual.

—Porque tiene que ser él quien descubra cómo son en realidad las personas a las que ha colocado en un pedestal y si merecen ese lugar privilegiado o deben caer. —Aunque respondía a Carol, Sagra

dijo esto último mirándome a mí con unos ojos azules que habían visto muchas cosas a lo largo de su extensa vida.

Yo tragué saliva porque puede que ya tuviera la respuesta a la pregunta de cómo eran esas personas, pero me daba pánico decirla en voz alta.

Capítulo 3

Al día siguiente el sol brillaba, los pájaros cantaban y la gente inundaba las terrazas para aprovechar el buen tiempo. Y yo, para variar, elegí ese día como podría haber elegido cualquier otro para tener la charla incómoda número uno.

Estaba en el portal de Álex, contemplando los nuevos grafitis que había junto al interfono. Me pareció curioso que al lado del botón de su piso hubiese una polla dibujada. Incluso pensé que podría haberla hecho él mismo, visto el camino que había tomado últimamente. Aquello me enervó aún más si era posible y, tras coger un poco de aire, llamé.

—¿Quién? —le oí decir con su voz rasgada.

—Yo, abre —respondí usando la fórmula mágica para que te abran cualquier puerta en este país, y así fue. Sonó un zumbido, la empujé y accedí al interior.

Subí las escaleras, porque aquel ascensor hecho polvo no me inspiraba ninguna confianza, y, cuando estaba frente a su puerta, apreté el puño y llamé con fuerza. Lo de tocar el timbre no me pareció que pudiera hacerlo con tanta rabia como sentía.

—¡Miqui! —exclamó en cuanto me vio y me dio un abrazo. Casi sin poder reaccionar, bajó una mano hasta tocarme el culo. Joder, empezábamos bien. Me retiré y lo miré con el ceño fruncido.

—¿Qué haces? —pregunté siendo todo lo seco que pude.

Él me miró extrañado, como si no entendiera.

—¿Es que no has venido a la fiesta?

—¿Qué fiesta?

—El cumpleaños de Juan, ¿qué iba a ser si no?

Yo me quedé pensando, pero no recordaba la invitación a ningún cumpleaños. Es más, si era el mismo Juan que me estaba imaginando, era un amigo suyo que no me caía nada bien. La cosa cada vez pintaba mejor.

—No vengo a ninguna fiesta, Álex. Solo quiero hablar contigo.

—Anda, no seas muermo, ¡vente! —Me cogió de la mano y tiró de mí hacia el interior de su piso. Me apresuré a cerrar la puerta porque él había pasado del asunto por completo. Me guio por el pasillo hasta el salón y, cuando llegamos, me sorprendí por lo que había allí metido.

Unos veinte chicos de alrededor de nuestra edad estaban dispersos por toda la estancia con vasos en la mano, charlando, mientras de fondo sonaba una música estridente.

—¡Juan! ¡Ha llegado Miqui! —anunció Álex llevándome hasta el homenajeado, que estaba hablando con otros dos chicos. Cuando llegamos, me miró de arriba abajo, torció el morro y puso los ojos en blanco.

—Qué… bien. —Y haciéndome caso omiso, continuó con su charla intrascendente.

Entonces Álex se dio un golpe en la frente y se echó a reír como un loco. Tanto Juan como sus amigos y yo nos quedamos mirándole.

—¡Es verdad! Que no os podéis ni ver y yo aquí haciendo de Celestina. —Y se volvió a partir de risa.

—Álex…, ¿estás borracho a estas horas? —pregunté un poco asombrado mientras miraba el reloj.

—Es una fiesta, ¿qué esperabas? —repuso Juan con su bordería habitual.

—En fin, me gustaría hablar un momento contigo y luego me voy —le pedí apartándolo un poco de los otros.

—¡Ha llegado el momento de que empiece el juego especial para el cumpleañero! —chilló un chico de camiseta roja y vaqueros ajustados subido al sofá, provocando un griterío entre los asistentes y un aplauso ensordecedor. Entre varios auparon a Juan, que se había sonrojado, y formaron un círculo a su alrededor.

Yo me llevé a Álex un poco más lejos y lo puse de espaldas al grupo para que no se distrajera, aunque yo tenía una clara visión de todo lo que estaba ocurriendo.

—¿Qué te pasa? Estás muy raro hoy —dijo mi amigo. Mientras tanto, colocaban una ruleta al lado de Juan, que parecía encantado de ser el centro de atención.

—Tengo que hablar contigo de lo que pasó el otro día con Mario.

—Estuvo bien, ¿eh? —repuso sonriendo como un tonto mientras me daba una palmada en la espalda.

—¡Sobeteo con Luis! —chilló el de la camiseta roja tras hacer girar la ruleta, y otro estallido de aplausos y silbidos atronó en el salón de Álex mientras Juan, el homenajeado, y el tal Luis se colocaban en el centro y empezaban a toquetearse los paquetes sin pudor ninguno.

—No estuvo bien, Álex. No estuvo nada bien. —Lo miré indignado, pero él seguía sin entender.

—¿Cómo que no? Si lo disfrutaste como una perra, Miqui. Menudo pedazo de trío que nos marcamos. —Me guiñó un ojo y se acercó a mí. Notaba su aliento en mis labios y cómo sus intenciones de besarme se iban a cumplir. Por un segundo perdí el hilo de mis pensamientos y estuve a punto de dejarme llevar, pero lo aparté como si me hubiese dado calambre.

—¡Morreo con Marcos! —chillaron a continuación, y hasta Juan se acercó un chico con tipo de gimnasio, con los brazos amenazando con romper la camiseta que también le marcaba los pectorales. Entonces empezaron a enrollarse y los que los rodeaban gritaron histéricos.

—¿Pero qué haces? —protesté alejándome de Álex—. ¿Es que no te das cuenta, tío? Os pillé a Mario y a ti traicionándome como si nada. Si no hubiera llegado antes de la librería, ¿qué habría pasado? ¿Eh? Porque me pareció que el que disfrutaba como una perra comiéndole la polla a mi novio eras tú.

—¡Eh! ¡Eh! Para ahí, que él me dijo que habíais abierto la pareja. Y cuando se me insinuó, no me pude resistir. Tendrás que reconocer que está muy bueno. —¿Esa era su defensa? Si no lo agarré de la camiseta y lo estampé contra la pared fue porque cerré los ojos y respiré hondo para contenerme. Le dije que era un mierda de amigo.

—Eres un mierda de amigo, cabrón. —Ahora fui yo el que se acercó hasta él, que me miraba aterrado—. Sabes lo que he hecho por ti desde que nos conocemos y a la primera vas y me apuñalas por la espalda. No sabes lo que has perdido, tío.

—¡Una mamada conmigo! —gritó el de la camiseta roja mientras los invitados al cumpleaños lo coreaban cada vez más encendidos. Cuando Juan se puso de rodillas y se metió su verga en la boca, la temperatura de aquel sitio empezó a subir. Varios invitados empezaron a manosearse y algunos se besaban. Estaba claro que aquello se iba a descontrolar de un momento a otro. Yo, aunque no dejaba de mirar a Álex para remarcar mi enfado, admito que los ojos se me iban un poco a lo que pasaba detrás de él.

—¡Si tú disfrutaste más que ninguno, imbécil! —se defendió de mala manera, aunque su voz temblaba más que otra cosa—. No me vengas con historias ahora.

—Si me uní fue porque no os quería perder —susurré mientras al fondo algunos se empezaban a desnudar en un festival de besos—, pero lo he pensado estos días y mucho, créeme. Me ha costado decidirme, pero… —tragué saliva intentando acumular el valor que sentía que me abandonaba— creo que es mejor sacaros de mi vida. No quiero tener cerca a quien me trata como a un perro.

—¡Un beso negro con Álex! —anunció azorado el de la camiseta roja después de que Juan le sacara todo el jugo. Aplaudió menos gente porque casi todos estaban ya ocupados. Varias manos tiraron de mi antiguo amigo, que se resistió y me miró a los ojos con pena.

—Miqui… —susurró mientras lo llevaban hasta el cumpleañero.

Reconozco que tenía un nudo en la garganta y solo tenía ganas de echarme a llorar, pero antes de salir de ahí miré una última vez a Álex, que tenía la vista fija en mí. Su cara de pena no dejaba lugar a dudas, aquello también le dolía, pero se refugió en la simpleza y en lo superficial. Pasó a hundir su cara en el culo de Juan, arrancando en este un gemido, y se unió a la fiesta.

Asqueado, a la vez que aliviado y roto, salí de aquel piso en el que nunca más volví a entrar. Acababa de perder a mi mejor amigo, pero me había ganado un poco a mí mismo.

Ya solo quedaba otra conversación incómoda, y si esta había sido dura, la otra ni me lo quería imaginar.

Capítulo 4

La conversación incómoda número uno me había destrozado. Perder así a Álex, ver cómo me dejaba en último lugar, me afectó como pocas cosas antes. Cuando me fui de su piso lo hice con un nudo en la garganta que solo se deshizo cuando llegué a casa y di rienda suelta a la pena que el duelo tan reciente me hacía sentir como una herida descarnada. Las lágrimas intentaban sanarme, pero el hueco que se había quedado en mi corazón no se podía llenar. Ya lo decía la canción: «Algo se muere en el alma cuando un amigo se va». Lo que no decía es que hay muchas formas de irse. Y Álex lo había hecho de la peor forma posible.

Ese día no tenía ánimo ni fuerzas para seguir con la reforma de la librería. Tal vez dar unos cuantos martillazos me hubiese ayudado a liberar parte de la rabia que sentía, pero no me iba a devolver a mi amigo. Habíamos finiquitado la amistad, ya no habría más mensajes, ni cotilleos, ni consuelos por mal de amores, ni confidencias. La confianza se había hecho añicos y, aunque había costado años construirla, había bastado un rato para destruirla.

Por pura inercia, comencé a caminar y llegué hasta el Retiro. Hacía mucho tiempo que no lo pisaba, pero mis piernas me habían llevado solas, tal vez solo quisiera recordar tiempos mejores. Había ido allí a jugar con mis padres cuando era pequeño y de adolescente con mis amigos, y, por raro que pudiera sonar, no había vuelto. Al final los lugareños somos los que menos apreciamos lo que tenemos a un tiro de piedra y son los turistas los que más valor le dan.

Me senté en un banco bajo un árbol, disfrutando de la brisa del mediodía mientras las ramas me protegían del sol. Cerca de mí había un niño en patines que jugaba con su hermana mayor al pillapilla, aunque con los patines no lo tenía nada fácil. Cuando se enfadaba porque no conseguía alcanzarla, sus padres le decían a la mayor que aflojara el paso un poco, y cuando él la pillaba, lo celebraba con unos gritos que nos sacaban una sonrisa a todos los que andábamos por allí. ¿En qué momento se torcía todo y dejábamos de ser felices jugando con otros niños para complicarnos la vida con relaciones y todas esas cosas de adultos que solo traían problemas?

Me quedé observándolos un rato y, cuando se fueron, me obligué a ponerme en pie de nuevo y dirigirme a la oficina de Mario. Había llegado el momento de la conversación incómoda número dos.

Estaba preparado para caer en picado. Si algo tenía claro era que me había elegido a mí, y eso podía implicar dejar atrás a quienes me hicieran daño, como había ocurrido con Álex y como iba a pasar también con Mario. Dolía, y mucho, solo de pensarlo, pero las decisiones importantes nunca son fáciles y yo ya me había mentalizado para las consecuencias que podría acarrear mi elección.

Cerré los ojos, respiré el olor de finales de verano, con la frescura de los árboles, los sonidos de los niños jugando en el parque y los amigos disfrutando, y me insuflé valor a mí mismo.

«Miqui, dolerá, pero será mucho mejor a la larga».

Yo me intentaba convencer de que aquello era lo correcto para no echarme atrás, aunque cada paso hacia su oficina me costaba dios y ayuda. La oficina de Mario estaba a unos quince minutos del parque y yo tardé más de media hora de la aprensión que sentía por lo que estaba a punto de hacer.

Cuando llegué, empujé la puerta de la entrada con el corazón palpitándome a mil pulsaciones por minuto. Raquel, la recepcionista, me sonrió en cuanto me vio.

—¡Miguel, cuánto tiempo! —Se acercó y me dio dos besos. Alguna vez había venido a cenar a casa y cada vez que la veía tan arreglada, con su blusa y su falda de tubo, me quedaba impactado, porque fuera de la oficina era un espíritu libre y le gustaba llevar

pantalones rotos y camisetas de grupos que ya ni siquiera existían—. ¿Cómo estás?

—Bien, bien, ¿y tú? —pregunté por cortesía más que otra cosa. Me caía muy bien, pero tenía la cabeza en otra parte.

—Sin muchas novedades, aunque eso tampoco es malo. Oye, ¿has venido a ver a Mario?

—Sí, he venido un poco por sorpresa.

—¡Qué guay! Seguro que le va a hacer mucha ilusión verte. —Yo no lo tenía tan claro, pero lo dejé pasar—. Ahora están reunidos, ya sabes, el balance financiero trimestral.

—¿Era hoy? Mierda, mira que Mario no deja de hablar de eso en casa, pero es algo tan aburrido que reconozco que lo borro de mi mente cada vez que lo menciona.

Raquel se rio con disimulo para que ninguno de los que allí trabajaban la oyera. Luego, bajó la voz para susurrarme:

—No me extraña, son unos estirados. Salvo Mario, claro. —Me guiñó un ojo y yo sonreí incómodo. Si ella supiera…

—Bueno, si están ocupados en la reunión puedo volver en otro momento. —Estaba buscando cualquier excusa para sabotearme, y esa me venía que ni pintada.

—¡Qué va! Debe de faltarles poco, unos diez o quince minutos. ¿Por qué no esperas a Mario en su despacho?

—No, de verdad, no quiero incordiar más de lo necesario…

—Anda, no seas tonto. —Me enganchó del brazo y me llevó hasta la puerta del despacho de mi novio—. Está abierto, así que puedes esperar ahí sin problema. Seguro que vuelve enseguida.

Y sin darme opción a réplica se volvió hacia su puesto en la recepción, dejándome allí tirado, con mi camiseta del monstruo de las galletas y unos vaqueros andrajosos en medio de una oficina donde no iban de etiqueta por poco.

Para evitar que llamaran a la policía por mi aspecto tan llamativo en aquel sitio, me metí en el despacho de Mario a esperarlo. No era muy grande, un escritorio de madera algo señorial con una silla a cada lado. Había un portátil encendido y varios libros sobre económicas en una estantería. La ventana daba a una calle lateral.

No eran las mejores vistas, desde luego, pero es que esas eran para los peces gordos.

Decidí sentarme y saqué el móvil mientras esperaba. Empecé a jugar al solitario, pero la vista no dejaba de irse cada poco al reloj. Pasaron cinco minutos, diez, quince, veinte…, media hora, y yo empezaba a desesperarme. No solo eso, también pasaba otra cosa: había que cambiarle el agua al canario.

Esperé cinco minutos más, pero, en vistas de que por allí no venía nadie, salí de exploración en busca de un baño. Tenía la vejiga a reventar y si esperaba más tendría que pedir una fregona para limpiar el estropicio.

Sin embargo, la búsqueda no duró mucho. Había estado más veces en la oficina de Mario y sabía, más o menos, por dónde había un baño. Solo me perdí una vez. Cuando al fin encontré los urinarios, casi solté un aleluya. Me fui corriendo hasta el más cercano y mientras liberaba el chorro, un compañero de Mario al que nunca había visto entró. Me saludó con un gesto de la cabeza y se puso en el único que había libre. La verdad es que para mover tanto dinero, que solo hubiera dos urinarios por baño era de ser un poco roñosos, pero, bueno, los ricos son como son.

No pude evitar echarle un vistazo mientras meaba porque el tío se las traía. Era alto, moreno, con el pelo cortado en degradado y una barba de unos días que le daba un toque irresistible. Además, llevaba unas gafas que le daban un aire intelectual que hacía que me volvieran las palpitaciones. Y si a todo eso le añadíamos un culito prieto que se ajustaba a los pantalones del traje, apaga y vámonos.

En un renuncio me pilló mirándole y yo volví la cara, que se me había puesto como un tomate. El chorro también se había cortado y lo único que deseaba era que la tierra me tragase.

—¿Te gusta lo que ves? —me dijo con una voz que parecía de un actor de Hollywood y que casi me hizo desmayarme.

—Sí…, bueno…, no, perdona, ya me voy a llorar de la vergüenza a mi casa. Lo siento.

Me subí la bragueta como buenamente pude y, mientras intentaba salir de allí sin hacer más el ridículo de lo que ya lo había hecho, el tío me agarró del cinturón y frustró mi huida como si nada.

—Estaba pensando que, si tanto te ha gustado lo que has visto, yo quiero probar otra cosa.

Antes de darme cuenta, se había puesto de rodillas y me estaba volviendo a desabrochar la bragueta. Yo podría haber dicho que no, pero la realidad era que no quería que parara. Estaba buenísimo, sí, y yo era alguien malherido que ya no veía igual a su novio.

Cuando empezó a chupármela, no pude evitar un jadeo de placer que no hizo sino aumentar el ritmo al que succionaba. Se la tragaba entera como si nada. Aquel tío era un profesional y yo solo me dejaba hacer.

Movía la cabeza a un ritmo infernal y yo, de vez en cuando, apretaba la mano contra su nuca para que la mamada durara más. Él no protestaba y, obedientemente, tragaba sin que hubiera ninguna náusea.

Poco después, porque admito que no duré mucho, un escalofrío recorrió mi cuerpo y, al avisarle de que me iba a correr, él se la volvió a meter de una. Se lo tragó todo y, cuando hubo terminado, se puso en pie, me dio un morreo y, con una chulería que me dejó pasmado, me dijo:

—A mí también me ha gustado a lo que sabes. No hay muchos tíos como tú por aquí.

Levantó una ceja, sonrió de medio lado y se fue del baño como si tal cosa.

Me quedé en *shock* unos segundos y me tuve que apoyar en la pared para no caerme. Estaba tan impresionado que casi se me olvidó abrocharme los pantalones de nuevo.

Nunca le había puesto los cuernos a Mario, pero, por curioso que pudiera parecer, no me sentía culpable por lo que acababa de pasar. Desde lo que había ocurrido con Álex algo se había quebrado de tal forma que una traición a la confianza mutua ya no se penaba con una culpabilidad abrumadora. Yo no era el que solía ser y, si bien había disfrutado como el que más con el desconocido del baño, no estaba seguro de que me gustase esa versión de mí. ¿Lo había hecho por despecho, para hacerle daño a Mario, por egoísmo o porque ya daba mi relación por terminada?

No tenía respuesta para aquello y preferí no darle vueltas. Ya tendría tiempo para fustigarme después. Ahora tocaba cumplir con lo que había ido a hacer: hablar con mi novio y romper con él.

Las palpitaciones volvieron de nuevo y un agujero negro empezó a engullirme cuando abrí la puerta de su despacho y me lo encontré. Me miró, sorprendido al principio, sonriente después, y se acercó a darme un beso.

—¡Pero Miqui! ¡Qué sorpresa tan agradable! ¿Qué haces por aquí?

—Pues quería hablar contigo de… —Unos golpes en la puerta me interrumpieron.

—Un momento. —Se volvió hacia la puerta—. ¡Sí, adelante!

Me quedé pálido cuando por la puerta apareció el desconocido del baño con un montón de papeles. Se quedó un segundo mirándome, como si no le cuadrase que yo estuviera ahí, pero no tardó nada en recuperar la compostura.

—Mario, te traigo los documentos que me habías pedido esta mañana —anunció con su voz de barítono.

—Gracias, Samuel. —Mario cogió los papeles y mientras los ojeaba rápido, el tal Samuel me guiñó un ojo. Vale, aquello estaba volviéndose una situación complicada. Complicada y rara—. Por cierto, este es Miguel, mi novio. Miqui, él es Samuel, el nuevo becario de la oficina.

—Encantado —dijo Samuel dándome la mano como un machote hetero.

—Un placer —respondí yo mirándole a los ojos como había hecho mientras tenía mi polla en su boca.

—El placer ha sido mío. —Me cago en todo. ¿Había movido la lengua contra su mejilla simulando lo que acabábamos de hacer en el baño o era cosa mía?—. Bueno, yo me voy ya, que me reclaman en Finanzas. Mario, si necesitas algo más, avísame.

—No te preocupes. —Y tras cerrar la puerta, se giró hacia mí—. ¿A que está potentorro?

—¿Sí? Ni me había fijado. —Uno de los momentos más difíciles de mi vida fue aguantar el tipo ahí.

—No sé de qué pie cojea, pero es cuestión de tantearlo. Si es gay, podemos invitarlo a hacer un trío como el del otro día y…

—Mario, no, para —le corté antes de que se lanzara—. De eso quería hablarte. No estoy nada cómodo con lo que ocurrió con Álex. Yo… creo que tenemos conceptos diferentes de lo que es una pareja y tal vez deberíamos dejarlo.

Tenía narices que le dijera aquello justo después de que el becario me hubiera sacado hasta el higadillo, pero no había previsto aquello. Sin embargo, su cara cambió de la excitación absoluta al desconcierto.

—¿Dejarlo? Pero, Miqui, ¡si tú disfrutaste como un tonto con un lápiz! —exclamó sonriendo como si no creyera que yo iba en serio.

—No, no fue para nada así. Si me uní fue porque algo me pasó cuando os vi y me dio miedo, mucho miedo, perderos si os montaba un número. Me… me sometí y no debí haberlo hecho.

—¿Pero qué coño estás diciendo? Lo disfrutamos los tres y fue una experiencia increíble. Además, habíamos dicho que abriríamos la pareja. —Empezó a elevar la voz al darse cuenta de que yo no iba de farol.

—Para nada, Mario. Tú me lo propusiste y yo no quise, pero cuando os vi… algo se rompió dentro de mí. —Intenté contener las lágrimas, pero no estaba resultando nada fácil—. Ya he hablado con Álex y nuestra amistad es historia. Me duele una barbaridad, pero tengo que hacer lo mismo contigo. Lo siento muchísimo, Mario…

—Miqui, no, ¡no! —Dio un golpe en la mesa y se giró de espaldas mientras intentaba controlar la respiración, que se le había agitado con el enfado—. Esto no puede ser el final. Yo… —Se puso de nuevo frente a mí y me cogió las manos entre las suyas—. Pensaba que también te gustaba, pero si no es así, lo siento, de verdad. Dame otra oportunidad, se acabaron los tríos, el abrir la pareja y todas esas mierdas. Y si te quedas tranquilo, echo a Samuel ahora mismo.

—Deja a Samuel, que no ha hecho nada malo. —Me habría sentido la peor persona del mundo si después de comérmela como nadie encima lo echaban—. Esto es un problema muy profundo de la relación y no veo arreglo posible. Yo…, adiós, Mario, no sabes lo que te he querido y te sigo queriendo.

Incapaz de contener las lágrimas, me giré para agarrar el pomo de la puerta y cruzarla por última vez cuando noté cómo Mario me

sujetaba el brazo con una delicadeza nada propia de él.

—Miqui, por favor, no te vayas. —Él también estaba llorando y aquello me dejó noqueado. En los tres años que llevábamos juntos nunca lo había visto así—. Te prometo que puedo cambiar. Lo de abrir la pareja te lo propuse como una gracia y pensé que te lo tomarías así, pero nada, se acabó. Y no volveré a ver a Álex si hace falta. Pero déjame demostrarte lo que me importas.

—Ya has demostrado muchas cosas, Mario. Me trataste como un trapo, pisaste lo que habíamos creado juntos, y todo… ¿para qué? ¿Para hacerte un trío? Bueno, eso porque os pillé, que, si no, te habrías tirado a Álex sin remordimiento ninguno.

—Te prometo que eso se acabó, de verdad. —Se acercó y me puso una mano en cada lado de la cara. Apoyó su frente contra la mía y noté las lágrimas que fluían por sus mejillas tan cerca de mí que pude saborear la sal que contenían—. Déjame compensarte por aquello y así verás que no vuelve a pasar nunca más.

—Mario… ¿Por qué me haces esto? Yo… No me lo hagas más difícil. —Mis lágrimas y las suyas se unieron en un extraño río donde ya no sabía si eran verdaderas o no, si escondían sentimientos auténticos o era todo pura fachada.

—Me pediré unos días en el trabajo y tú puedes parar la reforma un tiempo. Nos iremos de vacaciones los dos solos —continuó diciendo, con sus labios cada vez más cerca de los míos—. Siempre quisiste ir a Irlanda y en esta época tiene que ser preciosa.

—Yo… —No podía hablar. Mi determinación se había ido al garete al verlo así. Él había traicionado nuestra confianza y, aunque quisiera negarlo, yo también lo había hecho con lo que había pasado en el baño con el becario. Me dolía pensar en él y Álex besándose en el sofá y todo lo que siguió, pero más me dolía pensar que jamás estaría otra vez con Mario si salía en ese momento de su despacho.

—Miqui…, mi vida, no dejes que todo se pierda por un error. Te quiero, y lo sabes. Por favor, dame otra oportunidad. Vámonos a Irlanda unos días y arreglemos esto. Te lo suplico.

No hizo falta decir más. Lo besé y él me correspondió. No estaba nada seguro de si hacía bien traicionando la decisión que había tomado. Había podido sacar a Álex de mi vida, pero no a Mario.

Perder a dos personas era demasiado y me aferré al primer clavo ardiendo.

El tiempo y, sobre todo, aquel viaje que íbamos a hacer demostrarían si había hecho bien en darle a Mario la oportunidad que había rogado.

Capítulo 5

El avión no dejaba de moverse y yo me agarraba al asiento de delante rezando todo lo que sabía y más. A mi lado, Mario seguía durmiendo con la boca abierta y la babilla cayéndole, inmune a las turbulencias. Yo me quería cagar en todo, en él el primero, porque lo de volar no me molaba nada y encima aquellos vaivenes me ponían los pelos de punta. No me cabía en la cabeza que en esas situaciones alguien pudiera dormir a pierna suelta.

Había probado a apretarle la mano, a llamarlo y a darle golpecitos en el brazo, pero cuando él caía dormido era casi como si entrase en coma. No había forma humana de despertarle.

Unos minutos después, que para mí fueron como años, el avión dejó de temblar y todo volvió a estar quieto. Yo no me atreví a volver a coger el libro que había guardado en la mochila a toda prisa cuando habían empezado las turbulencias. En su lugar, cerré los ojos e intenté calmar mi respiración. La fui acompasando poco a poco, tranquilizándome después de toda la adrenalina que mi cuerpo había liberado con aquella terrible experiencia —y que, seamos claros, podía volver a pasar en cualquier momento mientras estuviera en aquella prisión de acero—.

—Caballero, ¿desea algo del servicio de venta a bordo? —me dijo una voz haciéndome abrir de nuevo los ojos y enfrentarme a mi destino en esa caja voladora.

Miré al azafato que se había dirigido a mí y me quedé bloqueado un momento por su sonrisa de anuncio. Tenía una cara con la

barbilla angulosa y hoyuelos, todo ello acompañado de unos ojos del color del cacao y un pelo negro como el azabache despeinado con mucho estilo, porque hasta para ir despeinado hay que saber. Miré la chapa con su nombre: Álvaro. Sonreí.

—No, muchas gracias, Álvaro —respondí guiñándole un ojo.

Se quedó inmóvil, sin saber reaccionar, y cuando su compañera, que iba preguntando a la fila de al lado, tiró del carrito para continuar, él la detuvo.

—No te preocupes por las turbulencias. —No se me pasó que empezara a tutearme—. He visto que no lo pasabas muy bien, pero esto es muy seguro. Hazme caso, no hay nada que temer.

Y otra vez esa sonrisa de cien mil vatios. Entonces fui yo el que se quedó helado. ¿Era posible que hubiese ligado en pleno vuelo? Daba igual, porque aquel viaje era para arreglar la relación con Mario, pero ¿por qué cuando aquel azafato pasó por mi lado me quedé embobado mirando su culo?

Ya lo había notado cuando tuve aquel… encuentro, por llamarlo de alguna manera, con el becario, pero ahora me pasaba igual. No sentía nada ante la posibilidad de traicionar a Mario. Yo no era así, nunca lo había sido, y no me gustaba. Para mí la fidelidad era una parte esencial de la pareja y romperla me convertía en alguien a quien odiaba. Luché contra el impulso de decirle algo a ese tío buenorro y me recosté en mi asiento rezando para que volvieran las turbulencias. Si obligaban a ponerse los cinturones, al menos no se pasearía por el avión contoneando ese culito tan *sexy*.

Un momento después, un bostezo se escuchó a mi lado mientras Mario se desperezaba.

—Ay, ¡qué siesta más buena me he echado! —dijo mientras se frotaba los ojos. Menos mal que no había nadie en el tercer asiento de nuestra fila o le habría metido la mano en la cara al estirarse.

—Y que lo digas —apostillé.

—¿Es que ha pasado algo durante el viaje? —preguntó tras darme un beso en la mejilla.

—Bueno, casi morimos todos en un terrible accidente aéreo por unas turbulencias que parecían un terremoto de los gordos y tú, ahí,

sobao como si nada. —Me crucé de brazos, indignado, pero él empezó a reírse y me pasó el brazo por los hombros.

—Qué miedo le tenemos a volar, ¿eh? —Volvió a darme otro beso y se puso a ojear una revista de Iberia que había en la cestilla del asiento de delante—. Mira, van a empezar a hacer vuelos directos a Singapur. Lo mismo podemos ir algún día.

No contesté, aunque me dieron ganas de mandarle a la mierda. Me contuve porque era un viaje para arreglar lo nuestro —parecía que aquello se había convertido en un mantra—, pero mandaba narices que el azafato hubiera tenido más empatía conmigo que mi propio novio. Puede que para él aquello no fuera nada, pero cuando tienes miedo a volar y hay turbulencias de las gordas… Joder, casi puedes notar que el corazón se te va a salir del pecho y te ahogas por la angustia. Qué mínimo que un poco de comprensión, ¿no?

—Oye, tengo un poco de sed, ¿quieres que pidamos algo? —sugirió cuando se cansó de la revista.

—No, no, casi mejor que esperamos a llegar —me apresuré a contestar. Si el azafato con sonrisa de anuncio se me acercaba de nuevo, Mario iba a notar lo que me ponía y no era plan empezar el viaje así.

—Como quieras. —Se encogió de hombros y sacó el móvil para jugar al dichoso juego ese de explotar burbujas de colores.

Y así seguimos el resto del vuelo, en completo silencio, él inmerso en su móvil y yo agarrándome al asiento delantero con cada pequeña vibración que notaba. Lo único que lo hizo todo un poco más ameno fueron las dos veces que pasó por allí Álvaro y me dirigió sonrisas de escándalo. Lo que se estaba perdiendo Mario por ir embobado con el jueguecito.

Cuando el piloto anunció que íbamos a comenzar con el aterrizaje, la cabina empezó a moverse incluso más que antes. Hasta se oyó algún grito por la parte de atrás y yo solo quería morirme para que aquella tortura terminara de una vez.

—No te preocupes, es normal —me dijo Mario con toda la pachorra del universo—. En la previsión decían que habría temporal en Dublín, así que supongo que el aterrizaje será algo movidito.

—¿Movidito? —Intenté sonar irónico, pero me salió un gallo que hizo que se notara lo asustado que estaba—. Esto es peor que esas montañas rusas que tanto te gustan.

—Anda, ven. —Me dio la mano como si aquello fuera el mejor regalo del mundo. Yo tenía demasiado miedo como para rechazarla indignado, así que la agarré bien fuerte, como si fuera un ancla a un mundo estable y apacible donde nada se moviera sin control. Eso sí, no le di las gracias. Uno tiene su orgullo.

El avión iba descendiendo y por la ventanilla pudimos ver cómo la costa irlandesa se iba acercando poco a poco. El cielo era de un gris plomizo y el mar embravecido castigaba la tierra con unos envites que podían tragarse casas enteras. Todo esto, claro, mientras nos movíamos de un lado a otro sin parar. Yo ya pensaba que, si conseguíamos llegar vivos a Irlanda, tendría que empezar a buscar casas para comprar una y quedarnos allí a vivir, porque no pensaba pasar por lo mismo a la vuelta.

—Miqui, tío, creo que me vas a acabar rompiendo la mano —se quejó Mario cuando se la apreté otra vez con una turbulencia especialmente violenta. Yo también lo creía, pero no me solté. Estaba agarrotado de puro miedo, y si tanto decía que me quería, también lo tenía que hacer en mi faceta miedica en un avión. Era el *pack* completo.

Después de varios bandazos, por fin conseguimos aterrizar. Yo fui de los que aplaudió, porque aquello no me había parecido una maniobra nada fácil, y me costó ignorar que Mario pusiera los ojos en blanco. La próxima vez, que eligiera un sitio al que ir en coche o en tren si tanto le molestaban estas cosas.

Cuando paramos por completo y anunciaron la hora local y que, por favor, saliéramos en orden, se montó una algarabía y todo el mundo se puso de pie a la vez para coger el equipaje de mano, bloqueando por completo el pasillo.

—¿Tanto le cuesta a la gente esperar cinco minutos? —me quejé —. Así vamos a tardar mucho más.

—No seas tonto, Miqui, que así se te cuela hasta el tato —insistió Mario.

Yo estaba en el asiento del pasillo, así que, como no me levanté, él no podía salir. Protestó, pero me importó un bledo. Había que ser un poco organizados, así que esperé a que salieran los que teníamos justo delante y, entonces sí, me levanté para coger nuestras maletas.

—Ya era hora —bufó mi novio, aunque lo pasé por alto.

En la salida del avión nos esperaban dos asistentes de vuelo, Álvaro y su compañera, y yo no pude evitar sonreír como un tonto. Menos mal que Mario iba justo detrás de mí y no se dio cuenta.

—Muchas gracias por volar con nosotros —dijeron al unísono.

—Muchas gracias por la atención —repuse y me llevé una sorpresa cuando Álvaro me dio la mano y me guiñó un ojo. Enseguida lo noté: me había dado un trozo de papel. Me lo guardé en el bolsillo y no lo miré hasta más tarde, pero desde que lo tuve en mi poder supe lo que era. Su número de teléfono.

—Qué tío raro el azafato ese, ¿no? —dijo Mario ya a mi lado cuando habíamos salido—. A ti te ha dado la mano y a mí no.

—Será que yo no tengo cara de estar todo el rato enfurruñado —contesté sacándole la lengua mientras palpaba el bolsillo donde tenía su número anotado. No lo llamaría, pero estaba claro que con amabilidad y una sonrisa se podían conseguir muchas más cosas que con una apariencia física atractiva.

Cuando un cartel en inglés y gaélico nos dio la bienvenida a Irlanda, no teníamos ni idea de lo que aquel país supondría para nosotros. Mario y yo nos dimos la mano y nos encaminamos hacia el mostrador de la aduana sin saber lo que la Isla Esmeralda nos tenía preparado.

Capítulo 6

—¿Es aquí? —preguntó Mario alzando la vista para contemplar aquella inmensa mole.

—Eso pone. —Revisé la notificación en el móvil donde nos indicaban que el *free tour* empezaría en un cuarto de hora en un lugar llamado Spire. Lo habíamos buscado y aquello era una aguja de metal altísima, en el mismo centro de la ciudad, que se veía desde todo Dublín—. Todavía falta un poco, seguro que viene más gente.

Mario me miró con un enfado creciente, pero prefirió no decir nada. Se ajustó el gorro y se puso a juguetear con el móvil mientras las mejillas y las manos se le iban enrojeciendo por el aire que no dejaba de soplar por allí.

Como habíamos llegado temprano y no estaríamos mucho, yo le había propuesto hacer el *free tour* en vez de quedarnos a descansar en el hotel, como él quería. Me había costado convencerle, pero cuando le dije que podríamos descansar en Madrid a la vuelta y que teníamos que aprovechar el tiempo que pasáramos allí, no pudo decir nada más; así que, tras dejar las maletas en la habitación, habíamos salido hacia el punto de encuentro. Él iba serio, se notaba que su idea de una escapada romántica para reafirmar las bases de nuestra relación no incluía un poco de turismo, pero a mí me parecía que se podían compaginar las dos cosas. La reconciliación no empezaba de la mejor manera posible.

—¿Sois españoles? —nos preguntó una mujer con una niña de la mano.

—Sí, ¿por? —repuso Mario.

—¿Estáis esperando también por el *friltur* ese?

—Sí, pero creo que aún falta un poco para la hora —contesté sonriendo a la niña, que luchaba por soltarse de su madre para correr libre.

—Gracias, esperamos entonces por aquí con vosotros. —Y antes de que nos diera tiempo a reaccionar, cogió aire como el lobo antes de derribar una casa y su grito rompió la tranquilidad de Dublín—: ¡José, que te he dicho que era aquí y tú sin hacerme caso! ¡Vente *pacá* con el Juan!

Mario se debatía entre poner los ojos en blanco y soltar algún bufido, pero optó por apretarme la mano algo más fuerte de lo necesario. Yo me aguantaba la risa porque resultó ser cierto eso de que los españoles damos la nota por donde vamos.

Al momento, el famoso José apareció con un niño pequeño, que sería Juan, sobre los hombros. El chaval miraba embobado el Spire mientras su padre y su madre medio discutían, medio hablaban y su hermana pequeña seguía luchando para soltarse de su madre y correr como el viento. *Typical Spanish*.

Según pasaban los minutos, más españoles nos íbamos reuniendo alrededor del monumento y, con puntualidad inglesa (aunque luego aprendimos a no mentar a los ingleses en aquella tierra), apareció nuestro guía.

—¡Buenos días a todos! —exclamó entusiasmado mientras se colocaba un pequeño micrófono que se sujetaba como un auricular.

Era un chico de poco más de treinta años, bastante alto, pues nos sacaría una cabeza a Mario y a mí, delgado, con el pelo castaño y una barba de unos días no demasiado cuidada. Me reí cuando Mario, la pulcritud personificada, se quedó mirándolo con cara de asombro, como si no pudiera entender que alguien no se recortara la barba a diario.

—¿Eres el guía? —preguntó la mujer que iba de la mano con la niña, a lo que el chico asintió sonriendo—. Gracias al cielo, ¡ya pensaba que nos habíamos perdido!

Todos los que estábamos allí nos echamos a reír y el guía tocó su micrófono antes de hacer la presentación oficial.

—¿Se me oye? ¿Sí? Bien, me llamo Pedro y hoy voy a ser su guía por la bella ciudad de Dublín. —Dio una palmada que me hizo dar un respingo—. Pero, antes de comenzar, me gustaría saber de dónde son ustedes.

Nos habíamos puesto en semicírculo a su alrededor y nos empezó a señalar grupito por grupito.

—De Sevilla.

—Las Palmas.

—De Logroño.

—Somos de Girona.

—Málaga —dijeron a la vez los padres que habían anunciado su entrada gritando.

—Nosotros de Madrid —anunció Mario adelantándoseme cuando Pedro nos señaló.

—Por aquí de Santiago.

—Otros del norte, pero de Bilbao —indicaron los últimos, y Pedro volvió a dar una palmada.

—Bien, yo soy de Valencia, así que hoy todo queda en casa. Ahora no nos entretendremos más y comenzamos la visita. Como pueden ver, el lugar para empezar es curioso. Esta aguja de metal destaca sobre el resto de arquitectura de la ciudad, aunque lleva aquí relativamente poco. Es, como pueden ver, alta como ella sola. ¿Alguien sabe cuánto mide?

—Ciento veinte metros —indicó el señor mayor que había dicho que era de Logroño—. Es que miré algunas cosillas antes de montarnos en el avión.

—Muy bien. Pues, efectivamente, eso es lo que mide. Pero antes aquí había otra cosa: la columna de Nelson, pero fue destruida en un atentado del…

—No sé para qué se mira nada si luego iba a hacer el *tour*. Se lo podría haber ahorrado —me susurró Mario al oído, pero le chisté. Ya me había perdido la explicación del atentado por su tontería de comentario.

—Ahora conmigo, por favor —dijo Pedro haciéndonos un gesto con la mano para seguirle. Cruzamos la calle y nos plantamos frente a un edificio imponente, con unas columnas que parecían dignas del mejor templo griego—. Como es una calle con mucho tránsito, la explicación se la daré en un pequeño callejón que hay aquí al lado, pero me gustaría que se fijaran en los agujeros de bala que hay en la fachada de este edificio, que, por cierto, es el más importante de la historia reciente de Irlanda.

Me quedé perplejo admirando aquella maravilla, pero enseguida Mario tiró de mi mano para seguir al guía, que se encaminaba hacia el callejón que había comentado. Cuando todos estuvimos allí, y ya sin el ruido de la vía principal, Pedro comenzó su explicación:

—Bien, ese edificio es el GPO —me hizo gracia cómo lo pronunció en inglés, como yi, pi, ou—, o *General Post Office*, la oficina central de Correos, vamos. Si es el edificio más importante de la historia reciente de Irlanda es porque ahí comenzó a gestarse la tan ansiada independencia de los ingleses. Como dato, me gustaría que supieran que Irlanda es la colonia de mayor duración del mundo, pues estuvo ochocientos años bajo el yugo de los ingleses. El caso es que en la Pascua de 1916 algunos intelectuales de la época se encerraron en ese edificio para proclamar la independencia irlandesa. La fecha no se escogió al azar, puesto que, si mal no recuerdan, el mundo estaba inmerso en la Gran Guerra, o Primera Guerra Mundial, como sería conocida después. Los irlandeses no eran tontos y sabían que, militarmente, no eran rivales para el Reino Unido y, por ello, aprovecharon ese momento de distracción para declararse independientes. Sin embargo, no lo lograron y fueron ejecutados. La independencia llegaría unos años más tarde, en 1922, pero en Irlanda se conmemora la declaración de 1916 por la importancia que tuvo para el nacionalismo irlandés.

—¿Por qué no hubo un alzamiento popular y fueron solo los intelectuales los que se rebelaron? —me atreví a preguntar. Mario me miró exasperado por alargar la explicación, ya que se estaba quedando pajarito, pero Pedro sonrió.

—Me alegro de que me hagas esa pregunta. ¿Cómo te llamas?

—Miguel. —No me podía dar más vergüenza tener que decir mi nombre delante de todo el grupo, pero el frío había dejado rojas mis mejillas, así que nadie notó mi rubor.

—Miguel, el nacionalismo irlandés creció a través de la literatura y la música. Piensa que, a día de hoy, en Inglaterra viven cincuenta y cinco millones de personas y en Irlanda cinco. Aunque las cifras fuesen diferentes hace un siglo, la desproporción seguía siendo abismal y ellos sabían que con revueltas solo conseguirían que los masacraran, así que, poco a poco, con poemas, novelas y canciones, el nacionalismo fue creciendo en el pueblo irlandés. De hecho, los irlandeses llevan la música en la sangre, así que no había mejor forma de conseguirlo. Fíjate, Miguel, que el símbolo de Irlanda es el arpa, así que sabían bien por dónde persuadir a la gente. Y hablando de todo un poco, ¿han visto ustedes algún arpa en marcas irlandesas?

—En Ryanair —dijo José, el hombre con el niño a hombros.

—Muy bien, ¿en algún otro sitio?

—En la Guinness —repuse yo, queriendo volver a captar la atención del guía.

—Pero, si no te va la cerveza, ¿cómo lo sabes? —preguntó Mario haciendo que todo el grupo se echara a reír.

—Pues sí, hasta los abstemios sabrán que el símbolo de la Guinness, cuya fábrica está aquí, es un arpa. ¿En algún otro sitio?

—En los euros irlandeses —contestó el abuelete riojano, que había pasado a ser el sabelotodo del grupo.

—Efectivamente. Bueno, el arpa es un símbolo de Irlanda, pero no de la República, sino de toda la isla, que incluye a Irlanda del Norte, que sigue siendo parte del Reino Unido. Cuando se decidió que Irlanda se independizase, hubo una región, el Ulster, que, tras la votación, se dividió, quedando seis de sus nueve condados en el Reino Unido y los otros tres en Irlanda. Todo ello llevó a…

No sé qué me pasaba mientras escuchaba a aquel chico. La historia de Irlanda nunca me había interesado, pero al oírlo hablar necesitaba saber más de las dos Irlandas, del Ulster y de toda aquella isla dividida. No es que fuera un gran orador, pero había tal

pasión en lo que contaba, lo sentía con tanta fuerza, que había que estar loco para no dejarse llevar.

—Parece que este tío viene de fiesta y se ha tomado algo —me susurró Mario—. Si está exaltadísimo.

Y lo estaba, cierto. Pero no creo que fuera alguna droga rara. Era pasión. Y Mario no entendía de eso.

Capítulo 7

—Nunca me había tomado una cerveza en una iglesia, para qué te voy a engañar —me dijo Mario alzando la voz para que lo escuchara por encima de la música.

—Ni yo —casi le chillé al oído. Mira que soy de beber poco, pero una pinta en aquel *pub* me tenía que tomar.

—Puede que el desarrapado del guía al final hiciera buenas recomendaciones y todo.

Yo sonreí y le guiñé el ojo. Él me devolvió la sonrisa. Parecía todo tan fácil… ¿Cómo habíamos llegado a olvidar aquello?

—Oye, ¿te recuerda esto a…?

—Sí, ¿cómo no lo iba a hacer? —me dijo justo antes de darme un beso fugaz, de esos que significan más por la complicidad que implican que por su intensidad.

Le di la mano y, cada uno con su pinta, nos acercamos hasta el borde del escenario, abarrotado de parroquianos, y nos dejamos embargar por aquella música irlandesa, con sus violines y sus flautas, mientras un chico y una chica bailaban el *Riverdance*, como si fueran estatuas de cintura para arriba y casi no pudiéramos ver la mitad inferior de su cuerpo de la velocidad a la que se movían.

Estábamos en el Church, una antigua iglesia reconvertida en *pub* (o *pob*, como lo pronunciaban allí) que el guía nos había recomendado por su música en directo y para huir de los abusivos precios de Temple Bar, una trampa para turistas donde no verías a ningún irlandés. El lugar estaba atestado, pero había un ambiente

inmejorable, lleno de gente de todas las edades que reía, charlaba y bailaba. El espíritu irlandés se me debió de contagiar, porque, cuando me quise dar cuenta, estaba marcando el ritmo de la música con los pies.

—¿Te lo estás pasando bien? —me preguntó Mario con un pequeño bigote de espuma.

—Por supuesto, y no podría estar en mejor compañía —repuse mientras con el pulgar le limpiaba la mancha de espuma. Nuestros ojos se encontraron y de golpe me vinieron a la cabeza todos los motivos por los que me había enamorado de él. Su seguridad en sí mismo, su fortaleza, lo que decía quererme y, para qué negarlo, también su físico. La intensidad de su mirada delataba lo que sentía. La electricidad surgía en el cruce de nuestras miradas y nos atraía, acortando una distancia que nos parecía eterna.

Sin embargo, cuando nuestros labios se iban a encontrar, una sombra cruzó mi mente. El becario de su empresa. La culpabilidad que se había negado a mostrarse al fin dio la cara en el momento más inoportuno. Yo desvié la mirada, con un nudo en la garganta, pero Mario me dio la mano.

—Miqui, lo siento de veras. Sé que lo que pasó con Álex fue algo… Es que no tiene nombre. Que hayas querido venir a este viaje conmigo significa mucho para mí. Ojalá pudiera dar marcha atrás y no hacerlo porque tú… Tú eres lo más importante para mí.

El nudo estaba a punto de soltarse y dejar que todo el mar de lágrimas que estaba conteniendo se liberase, pero no entendía qué me pasaba. Si antes me había dado igual engañar a Mario con el becario por lo que había hecho, ¿por qué ahora me sentía tan mal? ¿O era por lo que aún me dolía lo que él había hecho con mi mejor amigo? ¿O tal vez lo que me agobiaba era el querer arreglar una relación que estaba herida de muerte y no sabía bien cómo hacerlo? Porque estaba claro que Mario se había convertido en una especie de desconocido. Me costaba encontrarlo en sus gestos, en los momentos diarios que compartíamos, en nuestras conversaciones, en todo. Pero ya no sabía si aquello venía desde lo que había pasado con Álex o era de antes. ¿Había zozobrado hacía tiempo nuestra

relación y aquel cochambroso trío era solo un síntoma más o había sido el precipitante?

No sabía qué hacer, tenía la cabeza hecha un lío, pero tomé una decisión. Si aquel viaje era un intento de salvación, de curar nuestras heridas, de resucitar algo que estaba agonizando, había que poner todas las cartas sobre la mesa. Para sanar, había que dejar al descubierto todo el mal y el daño que nos habíamos hecho.

—Mario…, yo…

—Hombre, ¡pero si es la parejita!

Al momento noté una palmada en la espalda de tal magnitud que me hizo derramar más de la mitad de la pinta que aún me quedaba.

—¡Joder! —exclamó Mario, al que le había salpicado, mientras se sacudía intentando evitar que le calara aún más.

Cuando me giré vi a José, el padre de familia del grupo de por la mañana.

—Vaya, hola —solté de mala gana. Si aquel tío no me había caído muy allá, en ese momento pasaba a la categoría de insoportable.

—¿Y tú eres…? —preguntó Mario sin hacer ningún esfuerzo por esconder la cara de mala leche que se le había puesto.

—¡Pues José! Estábamos esta mañana juntos en el *free tour*. He dejado a la parienta y a los niños en el hotel y he venido a pasarme por aquí, que el guía lo ha pintado muy bien. Y como os he visto, pues he pensado en saludar, aunque los gays dais dos besos, ¿no?

Antes de que pudiera decirle que con un apretón de manos era suficiente, me plantó dos besos y a Mario otros dos, dejándonos sin poder reaccionar. ¿Aquel *cuñao* nos estaba usando para tener plan aquella noche y no tener que beber solo en el *pub*? Puse los ojos en blanco, aunque Mario lo miraba intentando contener la risa.

—¿Y pensabas estar aquí tú solo, José? —le preguntó con malicia mirándome de reojo. No… no estaría pensando lo que creía que estaba pensando, ¿no?

—Solo iba a pasarme un rato, pero ahora con vosotros hay que darlo todo, ¡que la noche es joven!

—Eso, que la noche es joven —repetí sin ningún entusiasmo.

—Voy a pedir tres pintas —dijo Mario antes de darme un beso en la mejilla y echarle un vistazo de arriba abajo al dichoso José. Tenía

algo de entradas y su pelo moreno empezaba a tener canas, además de una barba cuidada y una barriguita incipiente. Alguien del montón, vamos, pero a Mario se le había puesto una mirada de depredador que no me gustó un pelo.

Iba a entablar algo de conversación insulsa con José, cuando este se levantó emocionado.

—¡Coño! ¡Mira quién es!

A lo lejos pude ver a Pedro, nuestro guía de por la mañana, con un grupo de gente, seguramente sus amigos. Cuando vio que desde el otro lado del *pub* alguien le hacía señas sin ningún tipo de recato, se giró y, al reconocernos, le dijo algo a la chica con la que hablaba y se acercó.

Mientras atravesaba el local abarrotado de gente, haciéndose hueco como podía entre los que tomaban algo en las mesas y los que bailaban cerca de los músicos, no pude evitar fijarme en la mirada soberbia que le dirigió Mario. No hacía ningún esfuerzo por ocultar su desagrado y tuve que llamarle la atención.

—Tío, córtate un poco, ¿no?

—Es que iba a ser una noche para los dos y tenemos que aguantar a este *pesao* —menos mal que José ya estaba saludando a Pedro y no se dio cuenta— y ahora al guía. Estoy por que hagamos una bomba de humo.

—Ni se te ocurra. No seas borde, que hoy se ha portado muy bien en el *free tour*. Estamos un rato con ellos y luego vamos a otro sitio si quieres, pero no hay necesidad de soltarles ninguna mala contestación ni de salir huyendo.

—Ya, claro —repuso chascando la lengua. Durante un segundo no reconocí la expresión de sus ojos, pero luego me pareció ver desconfianza. Aquello… ¿aquello era posible? ¿Mario desconfiaba de mí? Iba a decirle algo, pero la llegada de Pedro me lo impidió.

—Hola, chicos. —Nos dio la mano a cada uno—. Qué gusto da que sigáis las recomendaciones que os hago en los *tours*.

—Pero, hombre, que son gays, ¿no sabes que hay que saludarlos con dos besos? —le amonestó José creando una incomodidad como pocas antes había sentido.

—Eh…, sí, ya. —El pobre guía se había quedado sin saber qué decir tras ese corte—. Creo que iré a pedir algo.

—Tú también puedes ir a pedir algo, ¿no, Miqui? —me dijo Mario con una actitud pasivo-agresiva a más no poder—. Yo quiero una pinta.

—Pero si aún te queda de la anterior.

—Da igual, esta me la voy a terminar ahora hablando con mi nuevo amigo Jesús.

—José —le corrigió el susodicho.

—Pues eso. —Me dio un pequeño empujón mientras me susurró al oído—: Que seguro que lo estás deseando.

¿Pero qué narices? ¿Qué coño le pasaba a Mario? ¿Por qué se había puesto así de imbécil de un momento a otro? ¿Tanto le molestaba que hubiese dicho que Pedro había sido un buen guía? Yo había estado a punto de contarle lo del becario y ahora me sorprendía con esas tonterías.

Me giré para replicarle, pero lo vi enfrascado en una conversación con José a saber de qué. Era curioso, se había puesto de espaldas a mí para que no le viera la cara. No podía creerlo, pero me dio la sensación de que Mario estaba en pleno ataque de celos. Eso o tenía una pataleta de crío pequeño, así que resoplé y me dispuse a seguir a Pedro en su camino hacia la barra.

Cuando llegué hasta él, pude fijarme mejor, ya que antes apenas había tenido tiempo de mirarlo, y no pude evitar sonreír. El concepto de Pedro de arreglarse para salir era cambiarse la camiseta (ahora tenía una con un burro) y echarse un poco de gomina en el pelo, pero seguía siendo igual de dejado que por la mañana. Puede que los prejuicios de Mario estuvieran interviniendo en su actitud hacia el guía y aquello me tocaba la moral.

—¿Qué vas a querer, eh…?

—Miguel —respondí con un leve sonrojo.

—Eso, perdona. Es que hay mucha gente en los grupos y, bueno, ya sabes.

—No te preocupes. —Aquello era ridículo. ¿Cómo había terminado pidiendo en la barra de un bar con el guía mientras mi novio estaba

dándole conversación a un *cuñao* cualquiera? Solté un bufido—. Dos pintas.

—Perdona, no te enfades. Soy malo para los nombres y…

—No me enfado por eso. Lo siento. Es que… yo qué sé. Tal vez tenga puestas demasiadas esperanzas en este viaje.

Suspiré y me quedé apoyado en la barra, con la mirada perdida en las innumerables botellas que tenían expuestas, pero sin fijarme en ninguna. Pedro me miró un momento antes de llamar al camarero para pedirle tres pintas.

—Si alguna vez tienes que pedir dos pintas en Irlanda nunca hagas el gesto con el índice y el corazón levantados con la palma de la mano mirando hacia ti. —Lo miré extrañado—. Es un insulto.

—¿Un insulto? Pero si es un gesto inocente.

—Bueno, no tanto si sabes la historia. —Dio un trago a la pinta que le acababan de servir antes de seguir hablando con la mirada fija en las botellas frente a nosotros—. Cuando los irlandeses desertaban del ejército inglés o los descubrían como favorables a la causa nacionalista, les cortaban esos dos dedos. Piensa lo valorados que eran los arqueros para los ingleses y entenderás que eso era un castigo muy severo para ellos. Por eso, si quieres pedir dos pintas con la mano, mejor hazlo con la palma de la mano hacia el camarero. Eso no implica nada más.

—Vaya… Gracias por la información —repuse sin saber bien qué decir. Sé que estaba intentando romper el hielo, pero, tal vez, hacer gala de sus profundos conocimientos sobre Irlanda no fuera la mejor forma. O puede que yo estuviera siendo un poco gilipollas por culpa de la actitud de Mario y la estuviera pagando con alguien que no me había mandado a la mierda habiendo podido hacerlo con todo el derecho del mundo—. Se nota que sabes mucho sobre el país.

—Vivo aquí —declaró con media sonrisa, ya mirándonos como dos viejos colegas.

—Pues anda que no habrá gente que no sepa casi nada del país donde vive.

—Vale, te doy la razón. También leo mucho. —El guiño que me dedicó no sé si fue condescendiente o cómplice, pero no quería sacar la artillería. Preferí tomármelo a buenas.

—¿Ah, sí? ¿Eres lector habitual?

—Me encanta leer, siempre tengo un libro en la mesita.

—Yo también, y estoy montando una librería en Madrid. Aún no sé el nombre, pero estoy con la reforma del local y… —Me detuve. ¿Qué estaba haciendo? ¿Por qué le contaba mi vida a un desconocido?—. Perdona, que me emociono al hablar de libros. No hay mucha gente lectora en mi día a día y… Lo siento, no quiero avasallarte así.

—Tranquilo, que yo también disfruto hablando de libros. —Me había puesto su mano en el hombro y cuando la quitó sentí una pequeña decepción—. ¿Tu novio no lee?

—¿Mario? —Me dio la risa—. Lo más largo que le he visto leer ha sido el manual de instrucciones de la estantería del Ikea que montamos hace unos meses.

—No digas eso, que eso es mucho más difícil de entender que el *Ulises* de Joyce —dijo serio, aunque enseguida nos reímos—. Te juro que he intentado leer ese libro millones de veces, pero lo doy por imposible. No consigo entender nada.

—Ya somos dos. —Hice el gesto de la victoria con la mano, pero me la cerró al instante.

—¡Cuidado! ¡Acuérdate de los arqueros! —Me volvió a guiñar el ojo y yo me llevé el dedo a los labios para prometer callarme. Nos quedamos así un momento, en uno de esos silencios que no molestan, hasta que la realidad volvió de golpe—. Vaya, la cerveza al final se va a calentar. Me voy a volver con mis amigos, que se van a pensar que me he ido sin ellos.

—Eh…, claro, claro. No te preocupes. Ya pago yo las pintas.

—No seas tonto, Miguel. No… —Pero yo había sido más rápido y ya le había dado el dinero al camarero—. Bueno, muchas gracias.

—No te preocupes. Me alegro de haberte visto. —Le fui a dar la mano, pero él me dio dos besos y, al acercarse, no sé cómo, mi mano acabó en su paquete—. ¡Perdón! ¡Ay, lo siento! ¡Madre mía! Lo siento, de verdad… ¡Si es que la voy cagando por donde voy!

Pedro se partía de risa y yo solo deseaba que la tierra me tragase. ¿Se podía ser más lerdo que yo?

—Mira, aunque no cuente, hoy ya puedo decir que he ligado.

—¡Calla! Madre mía, no puedo ser más torpe, yo… lo siento.

—Tranquilo, en serio. —Me volvió a poner la mano en el hombro y aquello me tranquilizó y me puso nervioso a la vez. No entiendo cómo podía ser tan tonto—. Me voy a tener que ir yendo ya.

—Claro, sí, sí. Perdona que te haya entretenido. No creo que nos veamos más en el viaje, pero has sido muy buen guía.

Le di la mano, esta vez sí, sin ningún accidente.

—Muchas gracias. Disfrutad mucho de vuestro viaje y… —Dudó, pero me miró serio, como si no supiera cómo abordar el tema—. No tengas ninguna esperanza puesta en el viaje, así solo conseguirás decepcionarte. Es mejor ir sin ninguna expectativa y dejarse llevar. Tal vez así te sorprendas mucho más de lo que esperas.

Me sonrió y, tras coger su pinta, volvió a meterse en la marabunta de gente para volver con sus amigos. Yo me quedé mirando cómo el hueco que se había creado para dejarle paso se cerraba y suspiré. Me daba pena no volver a encontrarme con él. Habíamos conectado, algo que no me ocurría con frecuencia.

Cuando volví con Mario, me lo encontré hablando con José.

—¿Ya se ha ido tu amigo? —me preguntó con retintín mientras le daba su pinta.

—Se ha ido con sus amigos. Y para ya, Mario. No te pongas imbécil.

—Es que habéis estado mucho tiempo pidiendo —se animó a decir José, que llevaba en el cuerpo alguna copa de más.

—Porque había un montón de gente en la barra. —Puse los ojos en blanco—. Bueno, basta. ¿De qué habéis estado hablando?

—Pues aquí, mi amigo José y yo —le pasó el brazo por encima al susodicho— hemos estado hablando un poco de todo en general. Resulta que tiene mucha curiosidad por nuestro estilo de vida.

—¿Qué? No te entiendo.

—Que cómo follamos, Miqui. De eso hemos estado hablando.

—¡Mario! —Yo estaba escandalizado. ¿Qué narices hacía hablando de eso con un tío al que no conocíamos de nada?—. Pero ¿cómo se te ocurre?

—No te enfades, Miqui. —Lo que faltaba. Ahora el *cuñao* también me llamaba Miqui—. Ha sido culpa mía. Es que hasta dar con

vosotros no conocía a ningún gay y, bueno, tenía curiosidad. Porque tiene que doler, ¿no?

No sabía si me molestaba más su forma de llamarme, el que usase lo de gay como si fuéramos una especie diferente que quería tener como mascota o la dichosa preguntita.

—Pero ¿qué cojones? Tío, ¿qué clase de pregunta es esa?

—Tranqui, Miqui, que solo tiene curiosidad. —Mario se me acercó y apoyó la barbilla en mi hombro—. Yo le he dicho que a veces gritas de dolor, pero que enseguida se te pasa y gimes como si fuera lo mejor del mundo. También le he dicho —mientras, su mano iba bajando por mi torso— que, cuando te arrodillas, te la llevas hasta el fondo, hasta que tienes arcadas, pero tú sigues. Porque eres mi campeón.

—Eso ha dicho, sí. —¿Era yo o el padre de familia tenía la mirada llena de lujuria?

—Mario, oye, ¿qué se supone que es todo esto? ¿Qué coño pasa aquí? —La voz me temblaba, pero no era solo por la incomodidad de todo aquello, no. Algo había surgido en mi interior, un monstruo que quería revolcarse con Mario y con el *cuñao*, que disfrutase mientras me rogaba que quería más, que me suplicase para que no parase.

—Si tú quieres, nos lo tiramos entre los dos —me susurró Mario con su mano ya sobre mi paquete—. Te pienso compensar por lo de Álex y quiero que esta noche toques el cielo.

Yo no sabía qué hacer. Solo de pensar en lo que había pasado con Álex se me revolvía el estómago. Yo… yo no quería nada de eso y, a la vez, me acordaba de lo que había pasado con el becario en el bufete y no podía evitar sentir una punzada de culpabilidad. Y, para qué negarlo, también había una parte de mí que deseaba partir en dos al *cuñao* entre jadeos.

¿Qué coño me pasaba? ¿Tanto me había trastocado lo que había pasado con Álex que me daban igual mis principios? ¿Hasta ese punto había caído? ¿Por qué notaba un agujero en el pecho donde antes había una parte de mí que, ante la propuesta de Mario, habría soltado un sonoro «No» y se habría quedado más ancho que largo? ¿De verdad la solución a nuestros problemas de pareja era volver a

hacer lo que había provocado el cataclismo que nos había abocado al precipicio?

—Mario, yo…

Me vio dudar, así que se puso frente a mí y, con la voz más sugerente que le había escuchado nunca, me dijo:

—Creo que te hace falta un empujoncito para decidirte.

Y se lanzó a besarme con un ansia animal, como si necesitase aspirar mi espíritu a través de mi boca. Era tal su ímpetu que tuve que dar un paso hacia atrás de la fuerza que imprimía a cada movimiento. Al principio, aquello me pareció soez, una muestra de brutalidad innecesaria, pero he de reconocer que me acabó encantando. Aquella furia contenida, esa rabia canalizada a través de ese beso, solo podía significar las ganas que tenía de estar conmigo, ¿no?

Cuando me quise dar cuenta, noté una mano en el culo que no se movía con la maestría a la que me tenía acostumbrado Mario, sino con torpeza, como el niño raro que no sabe cómo encajar en el resto de la clase. Entonces lo supe: el *cuñao* se estaba uniendo a la fiesta.

—Dejadme un poco a mí también —dijo de forma atropellada mientras unía su lengua con las nuestras en un ejercicio acrobático de esos de los que ni tú mismo sabías que eres capaz.

Así estuvimos un rato, compartiendo saliva, sin importarnos las consecuencias de lo que hacíamos, hasta que Mario puso un poco de orden:

—Va siendo hora de que nos vayamos al hotel, ¿no os parece? —soltó mirándonos de una manera tan perturbadora como juguetona.

Yo solo asentí con la cabeza, mientras que José (debería dejar de llamarlo *cuñao*), que parecía entre extasiado, aturdido y perdido, nos deleitó con otra perla:

—Pero antes habrá que decidir cómo nos organizamos para el folleteo, ¿no?

En fin, genio y figura hasta la sepultura.

Mario, ignorando el comentario de José con una sonrisa maliciosa, nos dio una mano a cada uno y empezó a tirar de nosotros a través de la multitud para salir del *pub*. Mientras nos abríamos paso, no sé por qué, intenté encontrar a Pedro, el guía, entre aquel gentío. Me

puse de puntillas y oteé por encima de todas aquellas cabezas, pero nada. A día de hoy sigo sin saber qué me impulsó a hacerlo. Ni Mario ni José se dieron cuenta, uno por su papel de macho alfa guiándonos hacia nuestra particular batalla, el otro por el entusiasmo de quien sabe que va a hacer algo prohibido y que desconoce si podrá volver a probar. Lo que sí sé es que cuando dejé de andar de puntillas y me resigné a no encontrarlo, una mezcla de pena, decepción y alivio por no saberme descubierto me invadió.

Cuando el frío de la noche dublinesa nos golpeó en la cara, no nos contuvimos más. Mario nos agarró a cada uno de la cadera y nos atrajo hacia él.

—Qué ganas tengo de que esto pase —susurró soltando vaho. ¿Era yo o aquella imagen me recordaba a algún demonio del Infierno?

—Vamos en taxi, que ya no aguanto más —apremió José—. ¡Yo pago!

No podía más, y no podía culparlo. Mario le acariciaba el culo con maldad, dejando que su mano hiciera pequeñas excursiones por debajo de su camisa para acariciarle también la espalda. Lo que no me esperaba es el morreo que me metió el *cuñao*…, perdón, José. No era nada malo el cabrón en eso de los besos. Para no estar acostumbrado a darse el lote con tíos se le veía bastante suelto.

—Oíd, cabrones, dejadme algo a mí —protestó Mario, pero enseguida tuvimos que detenernos, puesto que conseguimos parar un taxi. Le dimos la dirección del hotel y nos sentamos los tres en los asientos traseros. Mientras duró la carrera, pillé al taxista fulminándonos con la mirada a través del retrovisor, pues algún toqueteo se nos escapó. Eso sí, cuando le oí soltar un improperio en inglés, no me contuve y besé con toda la lujuria de la que fui capaz primero a Mario y luego a José. El taxista estaba que echaba chispas.

José, fiel a su palabra, pagó la carrera, pero yo me tomé una última venganza personal contra aquel taxista retrógrado y, justo antes de salir, le dije en mi inglés macarrónico:

—Si quieres, estás invitado a la fiesta.

Le guiñé un ojo mientras echaba a correr, pues los gritos que dio se podían oír desde España.

Los tres fuimos hasta la habitación mientras nos partíamos de risa, pero, una vez allí, no nos cortamos. Sabíamos a lo que íbamos.

—Llegó el momento —susurró Mario mientras empujaba a José contra la cama y se lo empezaba a comer a besos.

Recostados sobre el colchón, habían comenzado un juego de sensualidad y fiereza a partes iguales. Yo me quedé mirándolos un momento hasta que Mario alargó un brazo para tirar de mí y que me uniera. Tal vez decía en serio aquello de que quería que esa noche tocara el cielo.

Estuvimos un rato probando todas las combinaciones posibles para besarnos: Mario y yo, José y Mario, José y yo y, por supuesto, los tres a la vez. Mientras jugábamos a ver cómo sabían los labios de los otros dos, nos íbamos desvistiendo. Me sorprendió comparar la calma con la que Mario desabrochaba mi camisa con el ansia con la que José le bajaba los pantalones a mi novio. Volvía a confirmar que la experiencia es un grado y te permite conservar la compostura en cualquier situación.

Por fin, tras unos minutos que parecían haberse alargado hasta la eternidad, estuvimos piel contra piel, con la timidez como única protección. Bueno, o la falta de ella, como era el caso de Mario.

—Prepárate para la experiencia de tu vida —dijo con esa sonrisa maliciosa tan suya, aunque no supe si se dirigía a José o a mí.

Nuestro invitado seguía muy animado, pero vernos desnudos le había hecho darse cuenta de que llegaríamos hasta el final, y la vergüenza había decidido instalarse en su pecho.

—Chicos, yo… yo no sé qué hacer. —Aquella muestra de vulnerabilidad me pareció tan tierna que me entraron ganas de abrazarlo y mecerlo entre mis brazos. Sin embargo, en lugar de eso Mario dijo:

—Tú déjate llevar.

Le ayudó a sentarse en el borde de la cama y, colocándole una mano en la nuca, lo llevó hacia su polla. José pareció dudar un momento, pero enseguida abrió la boca y, como si lo hubiera estado esperando desde un principio, se la metió de golpe. Mario contuvo

un gemido y, ante la poca habilidad de nuestro invitado, se dedicó a dirigir su cabeza mientras le hundía la mano en el pelo.

—¿Te gusta, zorrita? —le espetó mientras yo me inclinaba para dejarle limpio el cimbrel a José—. Porque esta noche espero que sepas que eres nuestra zorrita y lo vamos a pasar muy bien contigo.

El *cuñao* no pudo replicar porque estaba muy ocupado con el miembro de mi novio. Yo estaba empezando a dudar de que fuese la primera vez que hacía eso, porque la verdad es que no se le daba nada mal. Manejaba la lengua con maestría y sabía cómo bajar hacia los testículos y acariciarlos con ella para darle más placer a Mario. A su vez, tenía una mano apoyada en mi cabeza y disfrutaba con la mamada que me estaba marcando. Cuando me fui a incorporar me retuvo para que no me fuera y Mario no pudo contenerse frente a ese gesto.

—Así que te pones rebelde, ¿eh? —Agarrándolo del pelo, lo separó de su polla y, mientras seguía con la boca abierta, le lanzó un escupitajo que él se tragó con gusto—. Venga, puta rebelde, cómele el culo a Miqui.

Yo dejé de chupársela y me puse a cuatro patas en la cama. Poco después noté cómo José apoyaba las manos en mis nalgas y, tras una profunda inspiración, empezaba a lamer.

Lo que en una situación distinta me habría hecho soltar un gemido de puro placer, ahí no consiguió más que hacerme pensar cuánto duraría aquello. A ver, seré sincero, no estaba mal, José se estaba empleando a fondo y la técnica no era mala, pero faltaba algo. Era todo muy mecánico, no dejábamos de seguir las órdenes de Mario, pero no había cariño, ni sentimiento de ningún tipo, ni nada. Éramos tres cuerpos que sudaban y follaban juntos y poco más.

—Eso es, déjaselo bien limpio —le animó Mario dándole un cachete en el culo—, que después va el tuyo.

Yo notaba esa lengua húmeda subiendo y bajando, moviéndose intentando abrirse paso en mí, con escaso éxito. A cada minuto que pasaba, yo estaba menos animado.

—Miqui, ¿qué pasa? —me susurró mi novio preocupado al ver cómo la erección estaba bajando.

—Nada, es solo que…

—Vamos a cambiar, a ver si así te pones a tono otra vez —dijo ayudándome a incorporarme sin avisar a nuestro invitado ni tener ningún miramiento con él. Me puse en pie y pude ver la mirada llena de una desquiciada lujuria de José. No quería parar, deseaba ir hasta el final y, con Mario de por medio, yo sabía que lo iba a hacer. Justo en ese momento él le dio una nueva orden—: Venga, puta. Ahora se la vas a comer a Miqui hasta que le saques toda la leche.

Dicho y hecho. No lo dudó como había hecho al principio. Se metió toda mi polla en la boca y, aunque le vino alguna arcada que otra, aguantó como un campeón. Si antes había tenido alguna duda, ahora ya se había resuelto por completo. Ese tío era todo un experto. No sabía qué clase de vida tenía, pero se había tirado a más tíos que yo, seguro. Lo de antes en el *pub* era una actuación —y de las buenas— que se había marcado.

Mario se me acercó y me dio un morreo de los suyos. Cerré los ojos, intentando dejarme llevar, pero aquello no tenía arreglo posible ya. Iba a anunciar mi retirada por falta de ganas cuando una imagen cruzó como un rayo por mi mente. Me acordé de Pedro, el guía; de su sonrisa en el *pub*, de sus explicaciones y cómo vivía la historia de aquel país que, se notaba a la legua, amaba con todo su ser. Y, por supuesto, me acordé también de lo guapo que era. Mario había dicho al terminar el *tour* que era alguien del montón, y puede que tuviera razón, pero la pasión que ardía en su interior por lo que hacía, su idealismo, iluminaba cada uno de sus rasgos y hacía que yo lo encontrara irresistible.

Y se obró el milagro. La erección volvió más fuerte que antes y me tuve que separar de Mario para coger aire. Estaba… extasiado.

—Veo que ha vuelto —me dijo sonriendo.

—Vaya que si lo ha hecho —repuse apretando la cabeza de José contra mi entrepierna y algo confuso por lo que había ocurrido.

—Pues yo me voy a lo mío —añadió guiñándome un ojo. Dos segundos después estaba agachado haciéndole un beso negro a José para prepararlo para lo que vendría después.

Yo, aún no sé si fue sin querer o con toda la intención del mundo, volví a cerrar los ojos y, al imaginarme que a quien tenía entre las

piernas era Pedro, la excitación subió aún más. Bueno, tanto que apenas pude aguantar.

—¡Me voy a correr! —exclamé liberando la nuca de José, pero él, para sorpresa tanto mía como de Mario, no se retiró, sino que, con un ansia sobrehumana, se quedó en la misma postura esperando a recibir toda la corrida. Con un gemido de inmenso gozo, lo solté todo y él se lo tragó como si no hubiera un mañana. Cuando terminé, se limpió los labios pasándose el brazo por ellos.

—¿Y tú qué? ¿No me piensas follar? —le soltó a Mario inclinando el culo hacia él. Ninguno de nosotros dábamos crédito. Aquel tío lo gozaba como una perra. Y resultaba que al final el que no nos daba tregua era él. Menudo había salido el *cuñao*, que nos había engañado por completo haciéndose pasar por un heterocurioso.

Mi novio, recogiendo el órdago que le había lanzado el otro, se volvió a poner en pie, cogió el lubricante y se dispuso a penetrarlo.

—¡Espera! —grité, cuando la sangre empezó a llegarme de nuevo a la cabeza—. ¿Y el condón?

—¿Para esta zorra? —Me miró de una forma que intentaba parecer seductora, pero me dio asco—. No lo necesita.

Fui a protestar, a decirle que, si no se lo ponía por él, que lo hiciera por mí. Es verdad que no lo habíamos utilizado para el sexo oral, algo de lo que me arrepentía, pero había opción a protegerse antes de continuar. Sin embargo, dio igual lo que pudiera decirle, porque el grito que inundó la habitación cuando Mario entró en el cuerpo de José lo habría ahogado.

—Fóllame, cabrón, ¡fóllame! —chillaba nuestro invitado como un cerdo al que llevaran al matadero. Los dos estaban empapados en sudor y Mario tiró de él para besarlo mientras continuaban enredando sus cuerpos. Ante aquella visión no pude evitar sentir una arcada y me fui al baño.

Con la puerta cerrada, me incliné sobre el inodoro y devolví las cervezas que había tomado en el *pub* y la cena anterior. Puede que los esfuerzos de las arcadas hubieran contribuido, pero la culpa principal de que estuviera deshaciéndome en lágrimas era por el vacío que sentía en mi interior. ¿Qué coño era aquello? ¿Cómo había sido tan imbécil como para dejarme enredar en toda esa historia?

¿Acaso ese puto trío iba a resolver lo que habíamos ido a arreglar? ¿Por qué Mario no me entendía? Y, sobre todo, ¿por qué cada vez la certeza de que no había solución posible era más grande?

Entonces me volví a acordar de Pedro y de lo que me había dicho en el *pub*. Era mejor no tener expectativas y dejarse llevar. Tal vez la respuesta que me estaba ofreciendo Irlanda era otra muy distinta a la que yo esperaba.

Mientras, al lado, tras la puerta cerrada del baño de la habitación del hotel, Mario y José gritaron al unísono al llegar al clímax.

Capítulo 8

Compartir cama entre tres es mucho más incómodo de lo que puede parecer a simple vista. La estrechez te impide moverte y dormir a pierna suelta, aunque, para ser sinceros, aquella noche no pegué ojo. Me quedé encogido, mientras Mario roncaba con la baba resbalándole por la barbilla, y tampoco me inmuté cuando José, de madrugada, se vistió en la oscuridad y se fue cerrando la puerta con sumo sigilo. Me hice el dormido y dejé que se marchara sin más.

Nunca había tenido esa sensación. Es verdad que la de Mario era la primera relación seria y duradera que tenía, así que era novato en enfrentarme a algo así, pero, joder, lo único que quería era meterme bajo las sábanas y desaparecer de este mundo. Lo que me machacaba era un sentimiento feo, horripilante, algo que ni siquiera era capaz de poner en palabras. Por mucho que Mario y yo intentáramos arreglar lo que habíamos creado, cada vez lo sentía más lejos de mí. Se había creado una fisura en el terreno que nos unía y sentía que ahora cada uno se encontraba sobre su propia isla que se iba a la deriva. La suya, por supuesto, estaba llena de tíos con los que hacer tríos, cuartetos, quintetos —si eso existía— o lo que él quisiera. La mía estaba llena de libros, charlas y una tranquilidad que él no tenía. No podíamos ser más diferentes y parecía que él no se daba cuenta de ello. O, si se daba, le importaba más bien poco. Lo que en un principio podía parecer algo divertido y que nos enamoraba ahora era algo que erosionaba día a día la

relación hasta el punto de no saber quién era ya el que dormía a mi lado.

El naranja del amanecer que rompía la oscuridad de la noche me sorprendió con esos pensamientos y decidí que ya era hora de ponerse en pie. No tenía sentido seguir lamentándose. Si habíamos ido hasta allí para arreglar lo nuestro, lucharíamos por ello. Tal vez hiciese falta alguna conversación incómoda, pero todo era cuestión de hablarlo.

—Buenos días —le dije a Mario mientras le sacudía el hombro. Ni un «dormilón» cariñoso ni nada. Me enfadé conmigo mismo al darme cuenta de que habría que remar a contracorriente para ponerle remedio a todo aquello y yo no estaba poniendo de mi parte. Arrepentido de mi frialdad, me acerqué y le di un beso suave.

—Buenos días —respondió él desperezándose—. Vaya, veo que José no se ha molestado en despedirse.

—Tampoco es que esperásemos mucho de él, ¿no?

—Desde luego, y mira qué sorpresón nos llevamos. —Se incorporó en la cama y me abrazó por la espalda—. Al final los más comedidos son los más salvajes.

—Sí.

Supongo que fui demasiado seco en mi contestación, porque hasta Mario, que no era el mejor captando las indirectas, se dio cuenta.

—¿Se puede saber qué te pasa? —Me había soltado y se había puesto frente a mí—. ¿Es que no te lo pasaste bien anoche?

—No es que fuera mi plan ideal.

—Tampoco te vi quejarte mucho antes, ¿eh?

—No, no me quejé. Tienes razón —concedí, harto de discusiones —. Mario, ¿cómo pretendemos arreglar algo usando lo mismo con lo que se rompió?

—Miqui, yo solo quería que disfrutaras. —Se mordía los padrastros del pulgar izquierdo intentando contener los nervios. Sabía que la había cagado y no tenía claro qué hacer a continuación.

—¿Estás seguro? ¿O aprovechaste una oportunidad que se te presentó y me animaste para que me subiera al carro?

Tardó un segundo más de lo necesario en responder. Fue solo un segundo, sí, pero que dejaba claro lo que bullía en su cabeza.

—¡No me puedes soltar eso, Miqui! ¡No tienes derecho a…!

—¿A qué? —Me levanté yo también y nos quedamos cara a cara. Estábamos desnudos, pero la atmósfera era muy diferente a la de la noche anterior.

—¡A echarme eso en cara! Lo hice por ti, ¿sabes? ¡Porque te quiero, joder!

—Curiosa forma de demostrarlo. —Vale, puede que estuviera siendo un poco cabrón pasivo-agresivo, pero era la conversación más seria que habíamos tenido en años (sin contar el amago de ruptura en su despacho tras lo de Álex, claro)—. Mira, Mario, puede que me calentaras y acabara accediendo, pero tú mismo te diste cuenta de que no estaba cómodo. Incluso te negaste a ponerte el condón cuando te lo pedí. ¿Es así como me respetas? ¿Y si ese idiota te ha pegado algo y tú me contagias a mí?

—Venga, Miqui, tío, que está casado. Ese no se folla más que a su mujer y, como mucho, una vez a la semana.

—Pues no sé con quién te acostaste anoche, pero el que estuvo aquí tenía casi más experiencia que tú y yo juntos. Puede que esté casado con una mujer, pero nos daba cien vueltas. Y, por supuesto, está expuesto a un montón de mierdas si nunca usa protección.

Mario estuvo balbuceando unos segundos hasta que cedió.

—¡Vale! ¡Lo hice mal, no, lo siguiente! Lo siento, Miqui. ¿Estás satisfecho? —Puede que hubiese dado su brazo a torcer, pero su lenguaje corporal transmitía todo lo contrario. Solo lo decía para que me callara.

Y yo podría haber insistido, decirle que aquello solo era la punta del iceberg, que la brecha que nos separaba era tan profunda que no había tirita capaz ya de unir aquello. Podría haberle soltado que estaba cansado de ceder para que él fuera feliz, que el que siempre quedaba en un segundo plano era yo y que una relación no era eso. Que una relación te debe hacer sentir grande, ensancharte el espíritu; no apocoparte. Y, sobre todo, ser dos iguales, estar frente a frente, al mismo nivel, no uno por encima del otro. Podría haberle dicho aquello y mucho más, pero preferí guardar silencio. Tal vez en

otro momento pudiera soltar todo aquello que me estaba matando poco a poco.

—Sí, gracias, Mario —acabé cediendo yo también—. Ahora arréglate, que tenemos que llegar al autobús para Belfast.

Mientras nos arreglábamos, apenas cruzamos palabra. Ninguno esperaba aquella discusión durante el viaje, así que tampoco sabíamos muy bien cómo tratarnos ahora que en teoría estábamos en paz. Parecíamos más bien dos compañeros en vez de una pareja que llevaba junta tres años. Cada uno iba a lo suyo y la conversación ni siquiera fluía, como dos témpanos de hielo esperando a que el otro se resquebrajara para soltar también su coraza.

—¿Bajamos? —fue lo único que le dije cuando ya nos habíamos adecentado un poco. Él asintió con la cabeza y salimos de la habitación.

Por suerte, nos alojábamos en el Gresham, en pleno centro de Dublín. Era un hotel tan icónico que los autobuses de las excursiones organizadas a distintos puntos de la isla partían desde allí.

Cuando salimos a la calle O´Connell, la ciudad aún estaba despertando y vimos a muchos ejecutivos con sus maletines, estudiantes con mochilas y gente con uniforme. Nuestro destino, sin embargo, no quedaba lejos. La marabunta de personas en la puerta del autobús nos indicaba que estábamos en el sitio correcto. Un cartel en el cristal indicaba que se dirigía a Belfast y que era de la empresa que habíamos contratado. La gente, antes de subir, le decía su nombre a alguien a quien no alcanzaba a ver para confirmar la reserva. Esperamos menos de cinco minutos y, cuando el lugar quedó despejado, la exclamación de Mario me sacó de mi ensimismamiento:

—¡Vamos, hombre! ¡No me jodas!

Lo miré sin entender, hasta que volví la vista al frente. Allí, con la lista de los pasajeros que habían hecho la reserva para el viaje, estaba Pedro. Iba a ser nuestro guía otra vez y yo tuve que contenerme para no sonreír como un bobo.

—¡Hombre! ¡No sabía que también veníais a esta excursión! —dijo con una sonrisa bien grande en cuanto nos vio.

—Ni nosotros que tú serías el guía —repuso Mario de mala gana.

—Soy un *mandao*, voy a donde me dicen —dijo seguido de una risotada. Yo no pude evitar contagiarme, pero Mario no nos siguió.

—Seguro que la visita es igual de buena que la de ayer —comenté. Y no lo decía en broma.

—Eso espero —dijo Pedro guiñándonos el ojo a la vez que nos tachaba de la lista.

Mientras buscaba dos asientos libres —y rezaba para no encontrarlos y tener que sentarnos separados— sabía lo que iba a ocurrir en breves momentos. Y así fue. En cuanto nos sentamos —juntos, muy a mi pesar—, Mario no tardó en estallar. En susurros, eso sí, ya que lo de no dar la nota delante de los demás era su máxima.

—¿Qué coño era eso, Miqui?

—¿Qué era el qué?

—Ese tonteo que te traías con el dichoso guía.

—No me traía ningún tonteo con nadie.

—Miqui, joder. —Me agarró la muñeca, pero la soltó al segundo—. Perdona, es que… Ya sabes, este viaje es muy importante y no quiero que nada lo estropee.

—Lo que lo puede estropear son esos celos tuyos que no sé de dónde te sacas. —Suspiré—. Así que estate tranquilito e intentemos disfrutar del viaje.

Después de una mirada llena de ira contenida, se giró y no me dirigió más la palabra. Bueno, no es del todo exacto. Soltó un:

—Me cago en todo.

Aunque lo dijo en un murmullo, lo oí a la perfección y, cuando me incorporé en el asiento, casi me quedo sin gota de sangre en el cuerpo. Por el pasillo avanzaban los últimos integrantes de aquella excursión, que no eran otros que José, su mujer y sus dos hijos. Aquello prometía ser interesante.

—Venga, chicos, que casi perdemos el autobús por vuestra cul… —José se quedó pálido al vernos. Yo levanté una ceja y Mario hizo un gesto con la cabeza para saludarlo. El otro, si se había quedado en *shock*, se recuperó rápido. Cogido de la mano de su hijo, soltó—: Saludad, que son los señores tan simpáticos de la excursión de ayer.

Joder, eso era saber adaptarse y lo demás eran tonterías. Al momento nos vimos intercambiando saludos y sonrisas forzadas con los niños y con la mujer. No pude evitar sentir un poco de congoja cuando crucé la mirada con la de ella. ¿Sabría a lo que se dedicaba su marido? ¿Eran una pareja abierta o él era un cabrón redomado? No sé si quería descubrirlo y empeorar aún más mi día, pero solo de pensar en ello hacía que me sintiera como un mierda.

El autobús arrancó cuando ellos encontraron asiento y así, entre remordimientos, malos gestos y silencios atronadores de Mario, pasamos las casi tres horas que duró el viaje.

Yo me entretuve mirando el paisaje por la ventana, con el cielo encapotado que de vez en cuando nos hacía atravesar una cortina de agua y con el verde que no dejaba de impresionarme, lleno de vida y de esa magia misteriosa que tan bien conocían los irlandeses. No sé cuánto tiempo estuve en ese estado de trance, pero fue Pedro el que me sacó de él cuando se puso a hablar por el micrófono del autobús:

—Y ahora vamos a cruzar la frontera con Irlanda del Norte. Si os fijáis en los carteles, las distancias pasarán de estar puestas en kilómetros a millas y las matrículas de los coches dejarán de ser blancas y con la franja azul de la Unión Europea y serán amarillas. Espero que hayáis traído el pasaporte, porque si no tendréis que esperar en una estación de servicio hasta que volvamos. —Un ligero murmullo se extendió entre los pasajeros. Nadie había traído el pasaporte y, cuando Mario me miró horrorizado, supe que nosotros tampoco lo llevábamos. Sin embargo, por el micrófono se escuchó una risa—. No os preocupéis, no hace falta pasaporte para cruzar por tierra a Irlanda del Norte. Con el acuerdo de Viernes Santo, se decidió poner la frontera entre Reino Unido e Irlanda en el mar y solo es necesario enseñar la documentación si se accede al país por avión. Solo faltaría que no fuese posible poder trasladarse dentro de Irlanda, ya pertenezca a la República o al Reino Unido. Sin embargo, no olvidéis que entramos en una zona en disputa y, tanto de un lado como del otro, intentan hacerse notar.

El cambio de país se produjo casi sin darnos cuenta. Una línea continua en la carretera y ya. Un anticlímax en toda regla. Pedro lo

anunció por el micrófono y muchos nos miramos asombrados. Una frontera que había dado infinidad de problemas con el Brexit, una zona que había visto ataques terroristas día sí y día también, y nadie se esperaba que cruzarla fuera tan sencillo.

—Ahora queda un ratito hasta llegar a Belfast —anunció Pedro—, pero me gustaría que supierais alguna cosa. La autopista atraviesa la ciudad y la entrada es un tanto curiosa. Desde ahí se pueden ver los barrios de unionistas y nacionalistas, pero nosotros iremos por ahí con el autobús después. Como podréis ver, hay muros de la vergüenza, o de la paz, según a quien preguntéis; y toque de queda en esa zona. Sí, en los años que estamos y en el Reino Unido. Puede parecer increíble, pero siguen existiendo. Lo que hoy vais a ver es historia viva. Las cicatrices de un conflicto que muchos creen finalizado, pero otros piden cautela. ¿Por qué? Muy sencillo: por primera vez en la historia, el Sinn Féin, el partido que siempre ha abogado por la reunificación de la isla, ha ganado las elecciones en Irlanda del Norte. Y eso ha sido, simple y llanamente, por el paso del tiempo. Veréis, los nacionalistas, de religión católica, tienen más hijos que los unionistas, de religión protestante. Y, según los datos demográficos, solo ha hecho falta el paso de algunas generaciones para que los católicos superen en número a los protestantes y, así, hacerse con la mayoría de votos en las elecciones.

—¿Qué coñazo está soltando este tío? —me susurró Mario harto.

—Cállate, que esto es muy interesante —le espeté, aunque ya había perdido el hilo.

Molesto, me volví a girar para mirar por la ventanilla. Toda esa tierra por la que nos movíamos, ¿volvería a unirse a su hermana del sur?

Poco después entramos en la ciudad, Belfast. La capital de la otra Irlanda.

Capítulo 9

Unionistas contra nacionalistas. La sensación que me embargó al llegar a aquellos barrios rodeados de esas murallas modernas fue de desazón. ¿Cómo podía ser que la brecha creada fuera tan grande como para tener que dividir a los ciudadanos de una misma ciudad?

—Hay algunos murales que están muy trabajados —susurró Mario para mi sorpresa.

—Lo de los murales es una auténtica guerra —dijo Pedro, que lo había escuchado.

—¿Ah, sí? No me digas.

Quise darle un codazo, pero me contuve todo lo posible. Estábamos todos ya fuera del autobús y no era cuestión de montar un numerito.

—Muchos de los murales que decoran los Muros de la Paz, por no decir todos, tienen consignas políticas. Si los de un lado apoyan a Palestina, los del otro lo hacen con Israel, ¿pero de verdad creéis que les importa esa causa? Solo a una minoría. Lo importante para ellos es llevarse la contraria.

Podría ser que tuviese aquel discurso memorizado de otras visitas turísticas, pero se notaba que una nota de tristeza impregnaba todo lo que decía. Aquel guía, cuya tierra natal ni siquiera era la Isla Esmeralda, sentía verdadera devoción por ese país y le torturaba lo que allí llevaba ocurriendo desde hacía casi un siglo.

—Solo quería que vierais esta zona —continuó— y que entendierais que, aunque la calma no haya vuelto por completo, no

es nada comparado con lo que ocurrió aquí. Muchos de vosotros ya habíais nacido e incluso llegado a adultos cuando aquí la policía tenía derecho a dispararte sin preguntarte si te veían por la noche durante el toque de queda. De hecho, se cuenta la historia de un borracho al que una pareja de policías se encontró antes de que empezara el toque de queda y uno de ellos le disparó, matándolo en el acto. El otro le preguntó que por qué lo había hecho y el que había disparado respondió que conocía a aquel tipo y en el estado en el que iba no le iba a dar tiempo a llegar a su casa antes del toque de queda, así que les había adelantado trabajo. Así de poco era lo que valía una vida en los momentos más duros del conflicto.

El silencio se instauró en nuestro grupo. Parecía mentira que por donde pisábamos, hacía no tanto tiempo, el miedo campara a sus anchas. Pedro no dio ninguna explicación más y dejó que contemplásemos los murales que reflejaban una historia que aún manaba sangre y que no había terminado de cicatrizar.

Minutos más tarde, cuando volvimos a montarnos en el autobús, me sorprendí sintiéndome aliviado por regresar y no pude evitar avergonzarme por ello.

—¿Estás bien? —preguntó Mario. Supongo que hasta alguien como él tenía cierto límite.

—Sí, claro —mentí—. A ver qué tal está el resto de la excursión.

Me miró con algo parecido a la preocupación, pero ninguno de los dos dijo nada más. Supongo que, a veces, las palabras sobran.

El rumor empezó a llenar el autobús poco a poco. La gente se iba reponiendo de lo que habían visto y volvían a comentar sus banalidades habituales. Qué mal acostumbrados estamos a la desgracia ajena, que se nos olvida enseguida.

Sin embargo, la siguiente parada también nos llevó hasta los inicios de otra tragedia. Una que se había desarrollado en alta mar, pero que se había gestado en Belfast, unos años antes de que la isla se partiera en dos.

—Mirad, desde aquí podemos ver los astilleros donde se construyó el Titanic —anunció Pedro mientras el resto nos quedábamos asombrados—. Aunque la historia del barco y su hundimiento se hizo famosa gracias a la película, romantizando en cierta manera el

mayor desastre naval hasta ese momento, no todo el mundo sabe que aquel mastodonte se hizo aquí, en los astilleros de Belfast.

—Me cago en la leche, Miqui, ¡tenemos que hacernos una foto aquí! Bueno, una o tropecientas.

Mario, por mucho que quisiera mostrar esa pose de machito, no podía evitar ser la viva imagen de ciertos clichés. Yo me reí para mis adentros, no queriendo sacar el hacha de guerra de nuevo.

—Claro, espero que nos dejen estar aquí un buen rato y podamos aprovechar —convine.

Cuando pusimos un pie fuera del autobús, la brisa salvaje del Atlántico me despeinó. Cerré los ojos un segundo y pude sentir los gritos de alegría de la multitud de irlandeses congregados allí hacía ya tantos años al botar aquel gigante que surcaría el océano. Un océano que, sin embargo, al final lo reclamaría para él, dejándolo reposar en su lecho hasta el fin de los tiempos.

—¡Venga, Miguel! Que te me despistas —dijo Pedro dándome una palmada en el hombro, al tiempo que me guiñaba un ojo. He de reconocer que, si hubiese sido otro el que me hubiera sacado de mi ensoñación, me habría enfadado, pero con él no pude. Sonreí con timidez, intentando no hacer el ridículo y caerme o alguna de esas típicas tonterías mías al ponerme nervioso, y fui al lado de Mario, que estaba llenando la memoria del móvil con fotos de todos los ángulos de aquel lugar.

—¡Tenemos que ir luego al museo del Titanic! —soltó emocionado como un niño en una tienda de juguetes.

—Mario, creo que no tenemos tiempo para ir —repuse, sintiéndome como un auténtico ogro.

El horror se pintó en su cara al instante. Se quedó plantado en el sitio, con la boca abierta y los ojos como platos, aunque, poco a poco, los labios se fueron torciendo hacia abajo y la vista se dirigió hacia el suelo. El más puro reflejo de un pequeño al que se le ha negado la Navidad. ¿Cómo podía haber tantos Marios —y tan diferentes— dentro de la misma persona?

—Podremos volver en otro momento —dije.

—Otro momento no será como ahora —repuso él mientras el viento revolvía su pelo.

Y tenía razón, claro que la tenía. Otro momento no sería como aquel y, si lo pensaba bien, las ganas que habría tenido en el pasado de saltarme los estrictos horarios de la excursión para ir con Mario al museo del Titanic ya no me acompañaban. No era capaz de hacer una locura, aunque fuera una tan pequeña como esa, por él.

—Venga, que llegamos tarde —dije tras un pequeño silencio mientras le tendía la mano.

—Eso ya no tiene arreglo.

Un escalofrío me recorrió la espalda, aunque no supe si fue por el viento belfiano o por las palabras de mi novio, que podía interpretar de muchas maneras.

La distancia que separaba Dublín y Belfast no era demasiada, pero sí la suficiente como para que, si queríamos ir y venir en el día, la excursión no pudiera durar mucho más. Montamos en el autobús como si aquel aire helado se nos hubiera metido bajo la piel y no nos dirigimos la palabra mientras los demás pasajeros subían.

—Mira, Rihanna, tienes que portarte bien o la próxima vez papá y mamá no te llevarán de viaje con ellos.

Me quedé erguido en el asiento, aunque no sé si por la desfachatez de que José hubiese aprovechado para sentarse con su hija justo detrás de nosotros o por el dolor en el alma de que la hubiesen bautizado con aquel nombre.

—¿La ha llamado como creo que la ha llamado? —preguntó un Mario aún más asombrado que yo. Parecía que, contra todo pronóstico y ni aun haciendo la apuesta más arriesgada que se me hubiera ocurrido nunca, la hija de José, en cierta manera, había conseguido que Mario y yo firmáramos una tregua.

—Sí, la ha llamado…

—¡Rihanna! —la regañó su madre, que venía con el hermano en brazos—. Pórtate bien o le digo a papá que me cambie el sitio y ya sabes que yo no tengo tanta paciencia como él.

La niña se quedó paralizada por el miedo y se acurrucó contra su padre, que le susurró algo al oído y ella, en menos de dos minutos, roncaba a pierna suelta.

—Joder con el José, que al final va a ser un padrazo —soltó Mario volviéndose y dedicándole una sonrisa picarona. Ya había vuelto a

cambiar de nuevo de personalidad.

—Como si no supierais que estoy lleno de sorpresas —dijo con un guiño.

Pude ver cómo el deseo empezaba a brillar en los ojos de mi novio. Podría haber saltado de celos, refugiarme en la desesperación por mi baja autoestima o unirme a aquel duelo de miradas que, admitámoslo, todos sabíamos cómo iba a terminar. Podría haber hecho cualquiera de esas cosas, pero, en lugar de ello, me puse a escuchar la historia que contaba Pedro.

—… será lo que veamos a continuación. Sí, la Calzada del Gigante es impresionante. Muchos la conoceréis por cierta serie en la que se rodó una escena en la que…

Aquello era ridículo. Mi novio ligoteando a mi lado sin ningún tipo de pudor con un tío casado y con hijos mientras yo escuchaba embelesado al guía y su pasión me hacía desear saber más acerca de aquella tierra de cuentos y leyendas. Pudiera ser que el viaje sí que sirviera para ordenarlo todo como debía.

Tras haber visitado aquel monumento de piedra, el autobús quedó en silencio. Estábamos todos agotados de la paliza de la excursión y muchos fueron cayendo en los brazos de Morfeo, incluido Mario a mi lado. Lo que en otro momento hubiera sido apoyar su cabeza sobre mi hombro ahora era impensable. La brecha se hacía más grande con el paso de los días y ninguno se atrevía a dar el paso definitivo.

Un escalofrío me recorrió de arriba abajo.

No sabía cómo aceptar lo inevitable ni cómo planteárselo a Mario. Después de lo del becario de su empresa había hecho un intento de acabar con lo que fuera que quedaba de lo nuestro y su reacción me había paralizado. Si este viaje se había planteado como un bálsamo para arreglar todo eso, el efecto había sido el contrario. Me estaba dejando claro que las diferencias entre ambos eran insalvables y que lo que nos hacía falta era un valor que ninguno de los dos encontraba para darle el golpe de gracia a la relación.

Me sorprendí derramando una lágrima que cosquilleó sobre mi mejilla al resbalar. Me sequé con la manga de la sudadera, pero no entendía por qué me ocurría aquello. Si estaba claro lo que me ocurría, si en el fondo —y en la superficie— lo tenía muy claro,

entonces, ¿por qué? Tal vez sintiese nostalgia por lo que una vez fuimos, aunque esas dos personas quedasen muy atrás. O puede que el derrumbe del pedestal en el que había colocado a Mario me hiciese ver las ruinas de lo que pudo ser y no llegó. Y cómo dolía. Perder el potencial y quedarnos con lo básico, sabiendo que queríamos mucho más.

Aquel trayecto de vuelta a Dublín me quitó la venda de los ojos. La felicidad, eso que todos buscamos de forma desesperada, incluso sin saberlo, y que pocos alcanzan, hacía tiempo que nos daba la espalda a Mario y a mí. A ambos como pareja. Pero, tal vez, esa esquiva figura nos sonriera a cada uno por separado. Puede que tuviéramos que renunciar al otro para conseguirlo. Un sacrificio, por mucho que doliese. Nada se otorga sin pagar un precio.

El Miguel que había salido de Belfast no fue el mismo que llegó a Dublín. Cuando Mario me preguntó por mis ojos enrojecidos le dije que no había podido dormir bien, aunque un mar de lágrimas silenciosas se había derramado intentando mezclarse con las gotas de lluvia que golpeaban el cristal del autobús. Me miró extrañado, pero se encogió de hombros. Podía ser resignación, que no le importase o que él mismo hubiera llegado a la misma conclusión. Si era esto último, no entendía cómo había podido dormir en el autobús a pierna suelta. Una conversación nos esperaba, por incómoda que fuese, aunque se hacía de rogar.

—¿Estás bien?

Di un respingo cuando noté la mano en el hombro. Iba demasiado ensimismado como para darme cuenta de a quién tenía al lado y, cuando vi a Pedro, casi di un salto. Yo era el último en bajar del autobús y, al pasar por su lado, en el asiento del copiloto, se me había acercado.

—Eh…, claro, sí. Estoy bien, no te preocupes. —Si hubiese un premio al mentiroso del año, me lo habrían dado a mí.

—Yo diría que no —repuso él, serio y dando al traste con mis opciones al premio—. De vez en cuando echaba un vistazo para ver cómo estaban los pasajeros. Casi todo el mundo dormitaba, pero tú no has pegado ojo. Te has pasado el viaje llorando.

No tenía ningún sentido negarlo. Si me iba a quedar sin premio, no debía rebajarme soltando una mentira tras otra.

—Gracias por tu preocupación —conseguí decir sin que se me quebrara la voz.

Me volví para bajar del autobús, y él me retuvo agarrándome del brazo. Puede que fuese un apasionado con su trabajo y no le faltase un encanto especial, pero aquello era pasarse. Me di la vuelta indignado, aunque no pude soltarle las cuatro borderías que se me acababan de ocurrir. En sus ojos había algo que no esperaba encontrar: inquietud. No una del tipo «Recupérate pronto del catarro», no. Una de verdad, como si pudiese sentir mi angustia en su interior. Sin embargo, eso no fue nada en comparación con lo que me dijo:

—Aunque no lo creas ahora mismo, por mucho miedo que puedas tener ante lo que hay en tu futuro más inmediato, no decaerás. El precipicio siempre da mucho más miedo cuando estamos al borde, pero el salto al otro lado no es tan grande como solemos pensar.

Dicho esto, me soltó el brazo y me dejó con las piernas temblando. Yo no fui capaz de articular palabra tras eso, ¿quién podría? Lo miré como si fuera una aparición y cogí el papel que me tendía de forma automática, sin siquiera pensar en lo que hacía.

—Esta noche iré con unos amigos al O´Neill, el *pub* que hay justo enfrente de la estatua de Molly Malone. Si te apetece venir y hablar para desahogarte, llámame.

Con una sonrisa triste se despidió de mí y yo, sin entender nada, bajé del autobús.

—¿Por qué has tardado tanto en bajar? —me preguntó Mario con una nota de suspicacia en la voz que no me pasó desapercibida.

Yo miré cómo el autobús se ponía en marcha y comenzaba a alejarse, mientras por la ventanilla se veía a Pedro hablando con el conductor con la camaradería que comparten dos antiguos colegas. Apreté el papel que tenía en la mano y lo guardé a buen recaudo en el bolsillo.

—Me estaba ayudando a orientarme —respondí sin más.

—¿El guía?

Ya estaba otra vez. Aquella nota de desprecio en su voz al hablar de él. No entendía esa ojeriza que le tenía a Pedro.

—Sí, el guía.

—¿No te podías orientar con el móvil?

—Creo que no hay nadie mejor que un guía para recomendarte sitios en la ciudad.

Ante aquella obviedad, él se limitó a apretar los labios en una línea recta con tanta fuerza que se le quedaron blancos. Empezamos a caminar al amparo de uno de los silencios más incómodos que he vivido. Con tal de no mirarnos, creo que me puse a observar todo lo que había por el camino, más que como un turista, como un chico que salía de su casa por primera vez y se maravillaba con cualquier cosa. Nunca antes había encontrado tan interesantes las baldosas del suelo.

—Y… ¿qué le has preguntado al guía? —preguntó tras un rato, eso sí, enfatizando la última palabra como si de un niño pequeño se tratase. Me tuve que contener para no mandarle al rincón de pensar como si tuviera cinco años.

—Que si me podía recomendar algún *pub* que estuviese bien.

—¡Ah! —La sorpresa lo desarmó durante un microsegundo—. ¿Y qué te ha dicho?

—Que el O´Neill estaba bien.

Intenté sonar todo lo indiferente que pude y que no se notase las ganas que de verdad tenía de ir. Ni había mirado a Mario a los ojos para que no pudiese leer nada en los míos, ya que me conocía demasiado bien.

—Vaya… Pues justo yo he oído que es de los peores de la ciudad.

Así que habría que jugar sucio. Pues no me pensaba quedar atrás.

—¿Y tu amigo casado dónde cree que es un buen sitio para quedar?

El golpe bajo hizo que se parase. Me había pasado, sí, lo sé, pero no se merecía otra cosa. Él tampoco se quedaba corto en sus ataques y ya estaba cansado de aguantar y no poder defenderme.

—Si ayer no te hubieras encerrado en el baño como un crío pequeño, te habrías enterado de que no es nada feliz en su matrimonio.

—Nadie le obliga a seguir con alguien que no quiere y, dicho sea de paso, a engañar a esa pobre mujer, que ni siquiera sabe con quién comparte cama.

—Si se divorciara no podría ver a los niños.

—Mira que lo dudo, Mario. Aunque dice mucho de ese tío que utilice a sus hijos como excusa para seguir escondido a los ojos del mundo y poder usar a su familia como fachada.

—No todo el mundo lo tiene fácil a la hora de hablar de su sexualidad, Miqui.

Sentí como si me hubiera dado una bofetada.

—¿En serio me estás diciendo eso a mí? ¿Al que su familia le retiró la palabra durante dos años?

—Pero tal vez se necesite un valor que no todo el mundo tiene.

—¡Mira, no me jodas! Hay una diferencia muy grande entre salir del armario en un entorno complicado y joderle la vida a una persona casándote con ella y usarla como escudo porque no te atreves ni a mirarte al espejo. ¿Que no le echas huevos a la vida y no quieres decirle a tu familia cómo eres? Lamentable, pero bueno. ¿Que encima te buscas una vida falsa para que nadie sospeche y parezca que eres normal? —Usé los dedos para hacer comillas al decir esa última palabra—. Me parece deleznable. Alguien así, que solo usa a personas para ocultar su cobardía, se merece lo peor.

—Joder, Miqui, ¿se puede saber qué te pasa? Se la tienes jurada a José y no te ha hecho nada.

—Es cierto, no me ha hecho nada, pero ¿no te hierve la sangre al pensar en lo que hace? Le miente a su mujer y a sus hijos. ¡A unos niños que ha engendrado él! ¡Cojones! ¿Se puede caer más bajo?

—Tío, no lo juzgues, que lo habrá hecho porque no le quedaba más remedio.

Resoplé como una olla a presión a punto de explotar.

—No lo justifiques, que solo faltaba eso. —Inhalé hondo para intentar calmarme un poco—. Mira, la soledad es muy jodida, sí, pero antes que hacer daño a otra persona es mejor estar solo, ¿no crees?

Mario me miró de una forma que me estremeció. Había tanto en esos ojos, tanta verdad, pero también tanto miedo, que me quedé

clavado en el sitio. ¿Pudiera ser que lo que me había reconcomido en los últimos días y que este viaje me estaba terminando de aclarar también se le hubiera pasado a él por la cabeza?

—¿Eso… eso piensas?

Aquella no era una pregunta más. Era LA pregunta. Podíamos terminar con todo en aquel instante, agradecer lo vivido juntos y partir cada uno por su lado. Podíamos por fin liberarnos de las cadenas en las que se había convertido nuestra relación. Podíamos, pero…

—¡Eh! *Be careful!*

Grité con todas mis fuerzas cuando un chico casi se nos echa encima con la bici. Levantó la mano en señal de disculpa, pero yo me quedé a gusto llamándole unas cosas que avergonzarían al cani más cani del barrio más cani.

—Joder, Miqui, a veces tienes un carácter que ojito —dijo Mario con media sonrisa, ya sin rastro de la sinceridad en su mirada de unos momentos antes.

—Es que así no se puede —protesté, aunque me eché a reír. Era una mezcla de risa nerviosa y algo de alivio por no haber tenido que afrontar aquella conversación. Ese era yo, el adalid de la verdad y el no echarse atrás, pero un cagueta en los momentos cruciales—. Venga, vamos a ducharnos y damos una vuelta.

—Espero que no vayamos al sitio ese cutre que te han dicho.

—Vamos viendo.

Pero, por supuesto, fuimos al O´Neill.

Capítulo 10

El *pub* no era muy grande, pero estaba hasta la bandera. Moverse por ahí era complicado, y aun así había gente que bailaba al son del pequeño cuarteto que, con un violín, una guitarra, un tambor y un banjo, amenizaba la velada.

—Te odio ahora mismo, ¿lo sabes? —refunfuñó Mario.

—Pues yo estoy encantado de estar aquí —le grité al oído, y no mentía. El ambiente irlandés de pura cepa se metía bajo mi piel y me contagiaba toda la alegría que se respiraba en el local.

—Ya lo veo, ya. ¿Te apetece otra pinta?

—Pero si aún te queda —le recriminé, pero Mario se bebió de un sorbo lo que le quedaba y me miró con malicia.

—Ya no.

—Venga, pues pídeme otra a mí también.

Él se dedicó a navegar entre la gente y yo, cuando me quedé solo y me aseguré de que no podía verme, me puse de puntillas, nervioso. Buscaba entre los grupos, pero no le vi. Decepcionado, me puse a esperar a que Mario volviera. No sé qué cuento me había montado en la cabeza; desde luego confiar en que el guía se presentara allí, tal como me había dicho antes, había sido una tontería como cualquier otra.

Solo en mitad de una muchedumbre, en un lugar que me resultaba extraño. Me maldije a mí mismo por haber sido tan estúpido. ¿Qué me impedía decirle a Mario que nos fuéramos a otro

sitio? Nada. En cuanto volviera se lo propondría, a sabiendas de que aceptaría sin dudarlo.

Poco después, noté una mano en el hombro y no pude alegrarme más de que Mario hubiese vuelto. Bueno, en realidad me alegré mucho más cuando me giré y no fue su cara la que me encontré.

—¡Pedro! —grité como si le acabaran de dar un Óscar—. ¡Has venido!

—Claro, hombre, si ya te dije esta tarde que me pasaría un rato. —Me dio un apretón de esos que te dejan la mano para ir a Urgencias, pero no me importó porque me quedé perdido en su sonrisa—. ¿Has venido solo?

—¿Qué? Eh…, ¡no! No, claro que no, he venido con Mario, que ha ido a pedir a la barra, aunque parece que a una que esté en China por lo que está tardando.

—Bueno, seguro que vuelve pronto, es que esto está hasta los topes. —Miró a nuestro alrededor al decir eso y, para mi horror, nos quedamos callados. ¡Callados! Ni en mis peores pesadillas podría haberme imaginado aquello. Parecía que me estaba dando un telele. Pero Pedro no parecía muy diferente, tan resuelto, tan acostumbrado a hablar con todo el mundo en su trabajo y, de golpe y porrazo, se quedaba sin saber qué decir. Ver para creer.

—¿Sueles venir mucho por aquí?

—¿Te está gustando el viaje por Irlanda?

Vaya, o no hablábamos o lo hacíamos a la vez. Estaba claro que aquello estaba siendo de lo más incómodo para ambos. Nos echamos a reír, yo me sonrojé, él se pasó la mano por la nuca, en fin, una imagen de tonteo de anime japonés.

—Sí, suelo venir mucho por aquí con mis amigos. Es un lugar para poder reunirnos. Está en el centro y, más o menos, nos pilla a todos a una distancia aceptable.

—Pensaba que lo de las distancias aquí era una locura, siendo una ciudad tan ancha.

—Y lo es, créeme, pero si no nos obligamos a quedar, habría a algunos a los que no vería nunca. Así que decidimos adoptar el O´Neill como nuestro punto de encuentro, y así se ha mantenido durante unos años ya.

—¿Años? ¿Cuánto tiempo llevas aquí?

—Pues dentro de tres meses, hará la friolera de siete años.

Di un silbido asombrado. Tenía frente a mí a alguien a quien Irlanda había embrujado con todo su misticismo y no iba a soltar así como así. Sonreí.

—Me parece que tú ya no te vuelves para España, ¿no?

—Cada día que pasa lo veo un poco más complicado. No sé qué tienen esta isla y su gente, que lo que iba a ser una estancia temporal de seis meses para perfeccionar mi inglés se ha alargado un poco más de la cuenta.

—¿Seis meses? Eso sí que es estirar el chicle y lo demás son tonterías. —¿Se podía ser más corto que yo y no soltar la primera cosa que se me viniese a la cabeza? O reconducía aquello o la conversación iba a terminar bien pronto—. Pero ¿no echas de menos a tu familia en España ni se te hace a veces dura la distancia?

Di en hueso. El rostro se le ensombreció y, durante un instante, miró al suelo, como si no se atreviese a que lo mirase a los ojos. De verdad que lo mío no tenía nombre. Estábamos teniendo una charla agradable y yo la tuve que fastidiar a la primera de cambio.

—Eso es lo peor, sí. ¿Quién no echa de menos a su familia?

Alerta roja y de las gordas. Detrás de aquello había mucho más. Podía poner la mano en el fuego y no solo no me la quemaría, sino que lo apagaría como si fuese un truco de magia. Pero hasta yo sé leer entre líneas, aunque esas líneas tengan que estar en Arial 50 para que me entere, y decidí correr un tupido velo.

—Tienes razón. Por cierto, que sepas que el viaje me está encantando y tú tienes buena culpa de ello. Tus explicaciones hacen que se saque mucho más provecho de las visitas y se aprenda un montón.

El piropo hizo que el aura de oscuridad que lo había envuelto unos momentos antes se desvaneciera. Volvieron su sonrisa entusiasta y su desparpajo y yo agradecí el no cagarla por una vez.

—Bueno, gracias por la parte que me toca —sonrisa de anuncio que me dejó en el sitio—, pero la verdad es que me apasiona un montón la historia de Irlanda, tanto la más reciente como la antigua.

Y supongo que, al final, un poco intenso sí que me vuelvo con las explicaciones.

—¿Un poco? No había visto a un guía tan motivado en mi vida.

Nos echamos a reír. Menos mal, parecía que la cosa se había enderezado. Solo esperaba no meterme otra vez en terreno cenagoso.

—¿Y por qué decidisteis venir aquí de viaje? ¿Os llamaba Irlanda por algún motivo? —No se me escapó el uso del plural. Algo que hizo que volviera de golpe a la realidad de la que tanto me intentaba escapar.

—Me pareció un sitio… interesante para el objetivo del viaje. Siempre había sido un lugar que me había llamado, pero en el que nunca había puesto un pie.

—¿Objetivo? ¿Quién viaja con un objetivo en mente, Miguel? —Me pareció un gesto muy bonito por su parte el que usara mi nombre. Lo hizo parecer mucho más cercano. Aunque puede que si lo recordaba fuese por algún otro tipo de interés. Ya estaba yo dándole a la imaginación de nuevo y me tuve que contener para no poner los ojos en blanco y parecer un loco delante de él.

—Nosotros. —Y antes de decidir si era buena idea o no, lo solté como si las palabras me quemaran en la garganta—: Este es un viaje para arreglar una relación herida de muerte.

Si hacía unos segundos había decidido no meterme en terreno cenagoso, el propósito me había durado menos que un suspiro. Lo dejé helado con mi confesión, no sin razón, y cuando se recompuso del golpe informativo inesperado, preguntó:

—¿Y lo habéis conseguido?

Joder, sabía devolver los golpes con maestría. No miraba a otro lado ante algo incómodo, o bien era un cotilla redomado. O, de nuevo mi imaginación echando el vuelo como ave libre que era, lo preguntaba para saber si debía tirarse a la piscina. Aquí cada uno se hace ilusiones con lo que quiere.

Yo me tomé unos momentos. Estaba claro que el objetivo de arreglar la relación no lo habíamos conseguido ni de lejos, y yo me había planteado otro objetivo a raíz de eso. Atreverme a soltar amarras, dejar de centrar mi vida alrededor de Mario y romper la

relación, pero me daba miedo, mucho miedo. Y no sabía si Irlanda me ayudaría a recibir el último empujón para hacerlo. ¿Qué le podía responder a Pedro?

—Pues…

No hizo falta que respondiera. Una pinta apareció frente a mi cara, seguida de la mano y el brazo de Mario. No supe si enfadarme por su oportunismo o agradecerle el ahorrarme dar una respuesta que no tenía clara.

—Vaya, pensaba que estarías solo —dijo con una sonrisa tensa—. Creía que el *tour* había terminado hace un rato.

—Perdona, he visto a Miguel y me he acercado a saludar —repuso Pedro tendiéndole la mano a Mario.

—Ya veo —dijo él, aunque me miró con los ojos bien abiertos. Yo entendí su mensaje a la perfección: «Conque por esto querías venir aquí, ¿eh?», y no pude evitar ruborizarme por la vergüenza—. ¿Y de qué hablabais?

—Miguel me estaba contando cómo os lo estáis pasando en el viaje. —Uf, lo miré con cara de cachorrito dándole las gracias por salir así del paso.

—¿Y no decíais nada de por qué decidimos venir?

Mierda, nos había escuchado, seguro. Yo quería que la tierra me tragara y no reaparecer hasta un millón de años después.

—Pues no. ¿Cómo iba a preguntar yo algo así?

Ese tío era un mentiroso profesional y me estaba echando el mayor cable de mi vida o un psicópata redomado y no tenía ningún problema en mentir.

—Es que a lo mejor no te había quedado claro el propósito. —Me quedé anonadado cuando Mario, delante de todo el *pub* y haciendo que el lugar se quedase en silencio, hincó una rodilla y se sacó un anillo del bolsillo de su chaqueta—. Miqui, ¿te quieres casar conmigo?

De la impresión se me cayó la pinta al suelo, pero nadie se percató de aquello. ¿Cómo narices podía salir de esa?

Capítulo 11

Notaba cómo una gota de sudor me bajaba por la espalda y sentía todos los ojos del *pub* puestos en mí. Tenía a Mario arrodillado frente a mí y Pedro me miraba estupefacto, incapaz de creer lo que estaba ocurriendo. Bueno, he de reconocer que yo tampoco me terminaba de creer aquello.

—Mario, no… no gastes estas bromas, que al final la gente va a pensar que lo dices en serio.

—Y en serio te lo estoy proponiendo, Miqui. —Levantó un poco más la caja y pude ver mejor el anillo (o anillaco sería más apropiado) que había dentro—. Sé que la he cagado hasta el fondo, pero vamos a salir adelante, claro que sí, porque te quiero como no he querido a nadie, porque no soy capaz de imaginarme mi vida sin ti y, joder, porque estoy enamorado hasta las trancas de ti.

Lo que había dicho, el anillo, la expectación, todo… era demasiado, no podía con tanto. La presión me iba a desbordar en cualquier momento. Estaba a punto de darme un síncope. Empecé a sentir que todo se ponía negro, que mis piernas fallaban, y, para evitar caerme, me agarré a Mario, que era el que más cerca estaba de mí.

Craso error.

—*That´s a yes, boy!* —gritó alguien y la locura se desató en el local.

Sentí los brazos de Mario a mi alrededor, apretando con fuerza, y la humedad que notaba en la cara solo podía proceder de sus

lágrimas de emoción. Mierda.

En el *pub* la gente estaba exultante y eso que no nos conocían de nada. Recibíamos felicitaciones de desconocidos, la gente brindaba a nuestra salud, nos invitaron a no sé cuántas copas. En fin, una auténtica locura si lo que querías era casarte, claro, pero no era mi caso. Yo había decidido cortar con Mario y de repente me encontraba recibiendo felicitaciones por la boda. ¿Qué narices había pasado?

—No sabes lo feliz que estoy —me dijo Mario al oído cuando la cosa se calmó un poco y no teníamos a todo el *pub* a nuestro alrededor—. Sé que últimamente las cosas no han ido lo mejor posible entre nosotros y reconozco que tenía miedo, pero tú, Miqui…

Los ojos se le iluminaron por culpa de las lágrimas y no pudo seguir hablando. Me dio un beso tierno, breve, de los que solo llegan cuando la relación ha madurado, y el *pub* volvió a despertar entre gritos, silbidos y aplausos. Mario estaba encantado, parecía el rey del lugar saludando a todo el mundo tras el beso, pero yo solo quería escaparme de allí y despertarme de la puta pesadilla en la que estaba inmerso. Aquello no podía ser cierto, en algún momento alguien tendría que levantarse y gritar «¡Inocente!», o decirme que era la última voluntad de mi novio porque le quedaban dos días de vida, yo qué sé, cualquier cosa. Pero no. Era la despiadada y cruda realidad.

—Voy a salir un poco a que me dé el aire —le dije a Mario, que seguía emocionado y hablando con cualquiera que se le cruzara por delante.

—Claro, claro, son demasiadas emociones. —Me apretó la mano en un gesto cómplice que me heló la sangre. ¿Tan diferente veíamos la relación?—. Te espero aquí, no te preocupes.

Intenté caminar tranquilo, pero una vez que salí a la calle, comencé a acelerar el paso hasta que eché a correr. No sabía dónde iba, todas las calles dublinesas me parecían iguales en la oscuridad de la noche, me daba igual. Solo necesitaba distancia, aire, desaparecer, lo que fuera con tal de estar lejos de Mario.

No sé durante cuánto tiempo estuve corriendo, cuando me paré estaba en un callejón sin ningún alma a la vista. Había dejado atrás

a un borracho que caminaba haciendo eses, pero que ni se había percatado de que pasaba por su lado, y después de eso no había visto a nadie más. Por fin dejé libre mi frustración y le pegué un puñetazo a la pared.

Segundo craso error de la noche.

El dolor me llegó como un relámpago que me quemaba de la mano al codo. ¿Cómo podía ser tan imbécil? Grité para aliviarlo, pero también porque me lo pedía algo animal que tenía dentro. Mi corazón luchaba por salir del pecho de la velocidad que llevaba, mi respiración se aceleraba y el vello se me erizaba. Mi cuerpo se rebelaba contra mí, no podía soportarlo. Me apoyé en la pared, cerré los ojos y me dejé resbalar para sentarme en el suelo. Sentía un martilleo en los oídos y el miedo me atenazaba. No podía escapar de aquello. Había huido de Mario dejándole plantado en mitad del *pub*, pero no podía huir de mi propio cuerpo. Envolví la cabeza entre los brazos y me empecé a balancear hacia delante y atrás. Me aprisionaba, notaba cómo el aire llegaba con más dificultad con cada inspiración, cómo el golpeteo de mi corazón me empezaba a destrozar el pecho de dolor. Solo quería desaparecer, no podía más, no podía más, no podía más, no podía más, no podía…

—Tranquilo, Miguel —oí que decía una voz a mi lado mientras una mano se posaba en mi brazo.

Yo apenas podía hablar, la angustia no me dejaba articular palabra. Parecía que el suelo se fuese a abrir bajo mis pies. Solo quería que aquello terminase.

—No te agobies, podemos estar aquí el rato que necesites —dijo Pedro con su voz grave y que, a diferencia de los *tours*, donde sonaba potente como si la estuviera proyectando en un escenario, era suave como el terciopelo. Se había sentado a mi lado y seguía con su mano apoyada en mi brazo. Yo tenía las mías tan apretadas que notaba cómo las uñas se me clavaban en las palmas, pero con su presencia a mi lado, la tensión comenzaba a disminuir.

Estuvimos allí puede que media hora, lo que necesité para calmarme por completo. Cuando la presión del pecho cedió y sentí que el aire me llegaba con normalidad, levanté la cabeza para mirarlo por fin. Estaba despeinado, con su camisa a rayas naranjas y

blancas arrugada, y me miraba con preocupación. La escasa luz de una farola lejana apenas nos iluminaba, pero podía ver el reflejo de la luna en sus ojos y aquello, no sé, me pareció mucho más bonito que todo lo que había pasado en el *pub* un rato antes.

—¿Estás mejor? —fue lo primero que preguntó y, cuando asentí, pareció sentirse aliviado. Él también respiró más tranquilo y aquello me ayudó a recuperar el ánimo que había perdido—. Me parece que eso ha sido un ataque de pánico.

—Yo… no he podido más. Lo del *pub*… ha sido demasiado.

Los dos nos quedamos callados, como si nos conociéramos de toda la vida y no necesitásemos hablar. Podía oír el ruido lejano de otro *pub* y el tráfico de Dublín. Podía ver las estrellas en el cielo abriéndose hueco entre los contornos de los edificios. Y podía sentir la respiración de Pedro a mi lado, tranquila y pausada, que invitaba a seguirla al mismo ritmo.

—Creo que es bastante obvio, pero tú no te quieres casar, ¿verdad, Miguel?

No respondí. Tampoco hizo falta. Las lágrimas empezaron a derramarse por mis mejillas. Agradecí lo que no está escrito que apenas hubiera iluminación en aquel triste callejón dublinés. Bastante espectáculo había montado ya como para que Pedro también me viera llorar. Aunque, claro, podría no verme bien, pero mis sollozos seguro que los escuchaba a la perfección, sin embargo, todo sea dicho, fue lo suficiente elegante como para no decir nada sobre aquello.

—Puede que la situación en el *pub* fuese un poco, como diría…, extrema —a pesar de las lágrimas, sonreí por el tiempo que se había tomado para no decir la primera burrada que se le ocurriera—; cuando estéis los dos a solas y tranquilos, le puedes decir lo que en realidad piensas de su proposición.

—Pero no… no es solo eso. Yo… yo quiero terminar la relación.

—Así que el viaje al final sí que te ha ayudado a encontrar la respuesta que buscabas, ¿eh?

Aquello hizo que las lágrimas dejaran de caer de golpe. Me incorporé y miré a Pedro como si fuera la primera vez que lo veía.

—¿Cómo te acuerdas de eso?

—Puede que tenga mala memoria, pero de algo que me contaste esta misma tarde puedo acordarme, Miguel.

Se echó a reír y aquel sonido, tan fuera de lugar en ese momento, me contagió y, de alguna manera, me hizo sacudirme la pena que tan atrapado me tenía. Esa espontaneidad, tan diferente a la planificación absoluta de Mario, me parecía un soplo de aire fresco que me insuflaba la vida que sentía que se me estaba yendo.

—No imaginaba que te acordarías de nuestra conversación, la verdad —le dije cuando las risas pasaron a ser ecos perdidos de los callejones de Dublín.

—Si te digo la verdad, no te conozco, pero me he fijado en ti en las excursiones en las que hemos coincidido. Es cierto que me tengo que hacer cargo de un grupo en cada una y son muchas caras, pero cuando una se repite varias veces y, además, es una con una pena que rebosa por cada poro de su piel, pues, qué quieres, al final uno se acaba preocupando por ese chaval.

No sé por qué lo hice, pero moví mi mano hacia la que él tenía apoyada sobre mi brazo y la apreté. Estuve a punto de retirarla; sin embargo, él me devolvió el apretón y así estuvimos, dejando que pasara el tiempo en un silencio calmado.

Poco después, Mario me vino a la cabeza y un aguijonazo de culpa me sacudió. Con una extraña mezcla de remordimiento y anhelo, retiré la mano. Pedro no dijo nada.

—A veces las cosas no son tan fáciles, ¿sabes?

—Por raro que te parezca, ya no estamos en una época en que la gente esté forzada a casarse por matrimonios concertados ni es obligatorio firmar ese papelito. Es más, eres libre para no casarte, ¡enhorabuena!

—No es eso. —Tengo que reconocer que me costó no sonreír como un tonto por su sarcasmo malo de instituto—. Es que Mario ha estado ahí en los peores momentos de mi vida y dejarlo ahora sería algo… horrible.

—¿Te hace feliz seguir con él?

Joder con el dichoso guía y su preguntita. Iba a responder, pero me quedé bloqueado. La respuesta no era para nada sencilla.

—Mira, si tu respuesta no es un sí inmediato, es que es un no.

—No todo es blanco o negro. Hay una gran cantidad de grises.

—Tienes razón, simplificar la vida y creer que es sencilla es lo peor que se puede hacer. Sin embargo, en ciertas cosas sí lo es. ¿Merece la pena estar con alguien que te pinta la cara de pena por mucho tiempo que llevéis juntos y lo bien que se haya portado en el pasado? Tal vez sea el momento de agradecerle los momentos vividos con él y tomar caminos diferentes, ¿no crees?

—No es tan sencillo, de verdad. Ojalá pudiera decírselo así y ya, pero sé que se lo tomaría muy mal. Y no quiero que se quede hecho mierda por mi culpa.

—Pues tendrá que aprender a echarle huevos a la vida. —Me miró indignado, como si aquello fuese una lección muy sencilla del cole—. A los irlandeses les costó ochocientos años, que se dice pronto, quitarse de encima a los ingleses, pero al fin lo consiguieron. Les costó una guerra sangrienta, que les partieran el país, casi perder su idioma y un sinfín de sacrificios más, sí, pero le echaron huevos y lo consiguieron, cuando nadie daba un duro por ellos. ¿Tú crees que comparado con eso no serás capaz de dejar la relación que tienes con ese y él no podrá superarlo? ¡Vamos, hombre! Si cuando te he seguido él estaba borrachísimo y tan feliz cantando con los paisanos del *pub* sin preocuparse por ti.

Yo sonreí con tristeza, pero debía abrirme para que lo entendiera todo. Tocaba viajar al pasado, a los peores momentos que había vivido nunca.

—Déjame que te cuente una historia —dije mientras él se volvía a recostar contra la pared, preparado para escucharme con atención.

Capítulo 12

La lluvia me mojó en la carrera que pegué al salir del coche. Tampoco es que me importara mucho, ya tenía la cara empapada por las lágrimas que era incapaz de detener. Desde el aparcamiento hasta la entrada del tanatorio no habría ni veinte metros, pero con aquel aguacero llegué como si hubiera estado nadando en el Atlántico enfurecido por una tormenta salvaje.

Aún no me podía creer que estuviera ahí. No podía ser, aquello me había pillado tan de sopetón que no me cabía en la cabeza. Intenté coger fuerzas antes de entrar a aquella maldita sala, pero, en cuanto abrí la puerta, todo intento demostró ser inútil.

El lugar estaba a rebosar, con gente que se abrazaba e intentaba consolarse de forma mutua, tarea imposible ante lo que había ocurrido. Pero todos aquellos esfuerzos hercúleos se merecían el mayor de los elogios.

Me sentía perdido, incapaz de encontrar a nadie conocido. Había ido allí a presentar mis respetos, pero ¿qué iba a decir? Cualquier expresión que se me venía a la cabeza no dejaba de parecerme algo carente de sentido, vacío e insultante. ¿Te acompaño en el sentimiento? ¿Cómo podía yo acompañar a nadie en el estado tan patético en el que me encontraba si la pena de muchos de los allí presentes era desgarradora?

Había sillones ocupados; sofás, ocupados también; dos máquinas de café, ocupadas para variar, y algo que siempre me ha dado pesadillas: un pequeño saliente en la pared del fondo con una

cristalera con el ataúd. Salía desde la pared lateral, aunque hubiese que ponerse al frente para poder asomarse. Un pequeño detalle para quienes no querían fomentar el espectáculo, o eran demasiado cobardes como para afrontar la realidad, demasiado egoístas como para dejar atrás sus miedos o demasiado nostálgicos como para no querer abandonar su último recuerdo con vida.

Al fondo, en el centro de una muchedumbre que los envolvía, pude distinguir entre un sinfín de cabezas a sus padres. Tragué saliva. Ya sabía adónde tenía que ir. Empecé a caminar y, cuando me disponía a abrirme paso entre aquel mar de dolientes, me detuvieron agarrándome del brazo. Me giré para quedarme helado ante aquella visión. Su hermana, con el rostro congestionado por el llanto, me reclamaba.

—Miguel…, has venido.

—Claro, ¿có-cómo no podría hacerlo? —Las palabras apenas me salían, era un esfuerzo tras otro hacer que mi lengua las formara en mi boca, ya que estaba paralizada, como todo mi ser. Incluso creo que, si hubiese intentado salir corriendo en aquel momento, mis pies se habrían negado a obedecerme.

—Muchas gracias, de verdad. —Me apretó con una fuerza sobrehumana que no parecía encontrar cabida en aquel cuerpecito. Yo, dudando, posé poco a poco mis brazos a su alrededor y, cuando apreté, fue como si todo lo que pugnaba por salir de mi interior encontrara vía libre.

Lloré. Lloramos. Juntos en aquel abrazo donde nos decíamos tantas cosas. Mis espasmos por los sollozos encontraban acompañamiento en los suyos. Nadie osó molestarnos en aquella danza íntima nacida del más profundo de los dolores. Nadie nos rozó en un intento por separarnos. Nadie se unió para consolarnos.

No sé cuánto pasó hasta que nos separamos, pero cuando lo hicimos, me agarraba fuerte la manga de la única camisa negra decente que había encontrado por casa.

—Miguel, no sabes cuánto hablaba de ti. No hay muchas personas que sigan siendo amigos desde la infancia y tengan una amistad tan fuerte. No… —Sollozó de tal forma que se me desgarró un poco más el corazón—. No… sabes lo mucho que significabas para él.

«Espero que no confundas las cosas a partir de ahora».

—Yo…, gracias, Myriam —dije antes de besarle la frente con suavidad al tiempo que la culpa y el miedo se convertían en gigantes en mi interior.

Me separé de ella al ver que varias personas, cuyos rostros me parecían todos el mismo bajo el paraguas de mis lágrimas, se acercaron para darle el pésame. No sería capaz de aguantar junto a ella un minuto más sin terminar de romper la poca estabilidad que me quedaba.

Reemprendí la marcha hasta sus padres, la prueba de fuego. Me tuve que abrir paso a través de primos, tías, amigos, compañeros de trabajo y toda una fauna que revoloteaban alrededor de ellos buscando ser el mejor apoyo y los protagonistas de aquella tragedia. Hasta en los peores momentos surgen los protagonistas ávidos de un foco de atención.

—Miguel… —dijo Ana, su madre, cuando me vio. Estaba mucho más serena de lo que había imaginado, aunque yo la conocía. Era el pilar de la familia, la que sabía soportar los golpes y llorar luego en privado, a la vista de nadie. Podría haber perdido un hijo, pero no por ello iba a dejar de atender a los asistentes o tener unas palabras de cariño para los que se acercaran.

Tendió la mano hacia mí, separando a los moscardones como bien podría haber hecho Moisés con las aguas. Yo la cogí con delicadeza, aunque sabía que con ella no era necesario, como lo demostraban los callos que palpé al tomarla, testigos de toda una vida dedicada al trabajo manual en el campo. Cuando me acerqué y pude verla bien, noté los ojos brillantes, pero que contenían la catarata más potente que había tenido que soportar nunca.

—Paco, está aquí Miguel —dijo acompañándome hasta lo que parecía un montón de ropa en uno de los sofás que se sacudía espasmódicamente. Solo al acercarme pude comprobar que era el padre de mi amigo, encogido como un niño desprotegido y con la cara enterrada entre sus manos. Aquel hombre, que en condiciones normales medía casi dos metros, estaba sobrepasado por la congoja. Parecía haberse consumido en aquellas horas fatídicas, hasta ser

una mera sombra de lo que acostumbraba a ser. Me pareció algo incluso más difícil de soportar que lo de Myriam.

«¿Por qué no me lo contaste antes?».

—¿Q-quién?

El hombre levantó la cabeza, dejando a la vista las ojeras más grandes que había visto nunca, con ojos de color cereza por el llanto. No era capaz de reconocerme, a pesar de haber pasado media vida en su casa, llenando horas con la consola en su televisión y teniendo que llevarme de vuelta a casa cuando se hacía tarde.

—Miguel, cariño. El amigo de Gabi —le susurró Ana con dulzura.

El amigo de Gabi. ¿Habría pensado él eso de mí antes del maldito accidente? Tragué saliva. A ojos de su familia era el amigo de toda la vida y yo no tuve valor para corregirlos.

—Paco, yo… lo siento mucho, de verdad. Te acompaño en el sen…

No tuve tiempo de terminar de darle el pésima. Aquel hombre consumido por el dolor me envolvió con un abrazo de oso que ahogó cualquier palabra que pudiera salir de mi boca. Yo intenté abarcarlo con los brazos, pero fue imposible. Apreté, de todas formas, las manos contra su espalda para que notara que estaba ahí, pero no sé si lo conseguí.

—Muchas muchas gracias por venir. Siempre has sido…, perdón, fuiste —sollozó de una manera que encogía el corazón al corregirse — el mejor amigo de mi hijo. Espero que sepas que las puertas de nuestra casa siempre estarán abiertas para ti.

«¿Lo saben en tu casa?».

Un escalofrío, como si una corriente eléctrica me hubiera atravesado de parte a parte, me sobrevino ante aquellas palabras. Me sentía un auténtico traidor, aguantar cada segundo ahí me estaba quitando años de vida. Mis piernas temblaban y no era capaz de mirar a la cara al padre del que creía que había sido mi más antiguo amigo.

—Miguel, hijo, si dijeses unas palabras en el funeral, te lo agradeceríamos en el alma. —Me volví corriendo hacia Ana, intentando repetirlo en mi cabeza para ver si había entendido bien—. Y seguro que a Gabi no le podría haber hecho más ilusión.

Pues sí, había oído bien. Y no podía haber peor petición en el mundo en aquel momento.

—Ana, yo… no sé si sería lo adecuado. Es un trance muy duro y creo que tendría que… Si alguien tiene que decir unas palabras, debe ser alguien de la familia.

—No digas tonterías. Eres de la familia como el que más. —Me puso una mano en cada mejilla, en un gesto tan maternal que me sentí un ladrón que le robaba a Gabi su propia madre.

«¿Tu madre se lo ha tomado bien?».

Fui incapaz de responder. Aquella mujer al borde del abismo que sacaba fuerzas de donde no las tenía me abrazó y yo me sentí incapaz de corresponderle. Cuando me soltó, antes de atender a más gente, me dio un beso en la frente y me susurró un gracias tan sincero que me erizó la piel.

Volvía a estar solo. Solo en medio de una multitud. Y ya no podía poner más excusas. Tocaba enfrentarse a la cruda realidad. Me encaminé hacia el cristal que nos separaba del ataúd donde reposaban los restos de mi amigo.

Uno nunca imagina que tendrá que afrontar una situación así y mucho menos cuando es de forma tan repentina e inesperada. Pensar que en aquella caja de madera se encontraba alguien con quien había compartido infinidad de momentos desde que me alcanzaba la memoria, que había sido mi cómplice en nuestras travesuras infantiles, que había dormido en mi casa como si fuera mi hermano, como yo en la suya, y que, a pesar de la distancia que implica crecer, siempre encontraba un rato para hablar conmigo, me quitó todas las fuerzas. Apoyé la mano contra el cristal y, con más rabia que pena, no pude impedir a mis labios que susurrasen lo que tanto me reconcomía:

—¿Cómo hemos podido acabar así?

Porque hay traiciones que duelen y otras que matan. Y la que nos infligimos Gabi y yo el uno al otro era de las peores. Yo por omisión. Él por comisión. Y un maldito coche que circulaba en sentido contrario no nos permitiría poner las cartas sobre la mesa nunca más y hablar las cosas como era debido.

Me quedé contemplando la foto que habían puesto sobre el ataúd cerrado. Gabi sonriendo, con esos hoyuelos que se dibujaban como pequeños pocitos de felicidad cada que vez que su cara se iluminaba —y que él aprovechó siempre que pudo para llevarse a la chica de la que estuviera detrás en ese momento—. Parecía mentira que ya no fuera a ver más ese pelo ondulado que se sabía despeinar tan bien enmarcando esos ojos del color de la arena húmeda. Ni que fuera a meterme más con él por esa nariz de estilo italiano —y que, por más que a él le molestara, le conseguía más acompañantes a su cama que sus hoyuelos— que competía en atractivo con sus labios carnosos. Ni que me fuera a llamar apurado minutos antes de una cita por no saber qué ponerse y que tuviera que dejarle yo algo mío. ¿Cómo era posible que todo aquello se fuera a quedar atrás?

—¡Joder! —lamenté mientras golpeaba la pared que encuadraba el maldito cristal.

Y es que, a pesar de aquel maldito final, ese que nadie desea para una amistad que creía tan sincera, no podía echar más de menos a Gabi. Esperaba que en cualquier momento se presentara por la puerta a carcajada limpia y que nos llamara inocentes. Pero no. Era la cruda realidad, una en la que Gabi, mi amigo del alma, jamás se levantaría una mañana más.

Sacudido por la verdad, la atmósfera del tanatorio se me hizo irrespirable. Necesitaba salir, que me diese el aire de nuevo, sentir la piel rebelarse contra el frío y mojarme si aún seguía lloviendo. Nada de eso me devolvería a Gabi, pero quería sentir mi cuerpo reaccionar, notar que algo en mí seguía vivo y que no solo mi alma había muerto con todo lo ocurrido.

«Tal vez debamos estar un tiempo sin mantener contacto, Miguel. Necesito pensar acerca de todo esto».

Volví a atravesar la inmensidad de dolientes que acudían a presentar sus respetos. Vi familiares, antiguos compañeros de colegio, amigos, colegas de trabajo, antiguas novias, pero yo solo quería salir de allí. Me abrí paso como pude, sin importarme el estado lamentable que presentaban algunos de ellos porque si su pena era grande, la mía era abismal. Yo era un infiltrado en aquella reunión, donde habían perdido a alguien que podrían sustituir con

facilidad. Yo lo había perdido todo. Y ahí solo se remarcaba aún más esa realidad que me dejaba sin aire.

Una vez alcancé la salida, lo primero que hice fue inspirar hasta sentir los pulmones a punto de estallar. La lluvia seguía cayendo incesante y yo me dejé arrullar por sus frías caricias. Quería gritar, quería llorar, quería salir corriendo, quería que todo aquello terminara de una vez.

—Si sigues ahí, vas a pillar una pulmonía o cualquier cosa.

Fue la primera vez que lo oí hablar. Un chico rubio, envuelto en un abrigo negro que casi le llegaba a los pies, fumando a la salida del tanatorio. Yo había pasado como un vendaval junto a él y por eso no me había fijado, pero en ese momento, intentando que todo lo que bullía en mí no arrasara conmigo, no tenía tiempo para esa insolencia que emanaba de cada uno de sus poros.

—¿Qué más te da? —le pregunté desafiante bajo aquella lluvia infinita.

—A mí me da igual, pero se te nota abrumado y no sé si llevarte un fiebrón de aquí es el remedio para nada.

—No sé si te has dado cuenta de que estamos en un tanatorio. Si se viene aquí es porque todos los remedios se han terminado.

El rubio insolente no contestó de inmediato. Le dio una calada a su cigarrillo, retuvo el humo y lo dejó salir en una exhalación lenta, sin prisa alguna.

—Me imagino que eras alguien cercano a Gabriel, ¿no?

Eras, no eres. Para todo, hasta para dejar en el pasado a alguien, hay personas más rápidas que otras. Me quedé helado por la facilidad con la que aquel chico parecía haber avanzado.

—Sí, se podría decir que sí.

—¿Se podría? —preguntó levantando una ceja.

—En los últimos tiempos la amistad se había enfriado, aunque éramos amigos desde niños. Esto ha sido casi como perder a un hermano.

El chico volvió a darle una calada a su cigarrillo y yo, sin ser consciente, me había ido acercando a él hasta ponerme a resguardo bajo el tejadillo. Me enseñó el paquete de tabaco, ofreciéndome un cigarro, pero negué con la cabeza.

—Y dime, si no es molestia, ¿qué ocurrió para que vuestra amistad se enfriase?

Me puse rígido. Toda aquella maldita conversación se repitió en mi cabeza como si acabara de suceder. Cerré los ojos con fuerza, como si así fuera capaz de alejar los malos recuerdos, y esa vez fui yo quien se tomó su tiempo para responder.

—Diferencia de opiniones.

—Ya. —El rubio lanzó la colilla al suelo y la aplastó con el zapato antes de mirarme con una expresión cansada—. Mira, yo solo lo conocía del trabajo. Desde hace poco más de un año compartíamos despacho y, sí, Gabriel era majo, pero déjame decirte una cosa y, sobre todo, no te lo tomes a mal. Era un gilipollas integral.

Di un respingo, incapaz de creer que hubiera escuchado aquello. Lo miré horrorizado, pero él levantaba las palmas de las manos en un claro gesto de paz.

—No me pegues ni te enfades conmigo por insultar la memoria de tu querido amigo —pidió, aunque la calma de su voz no había perdido un ápice de firmeza—. No me atrevería a soltar algo así si no tuviera buenas razones para ello, y mucho menos en su velatorio.

—No sé si me interesa lo que un cabrón sin escrúpulos pueda decir sobre Gabi.

—Si este cabrón sin escrúpulos ha llamado gilipollas a Gabriel es porque después de verme un día cogido de la mano de mi ex, me retiró el saludo.

—¿Qué tontería es esa? —No entendía toda aquella sarta de estupideces. Estaba decidido a irme antes que seguir aguantando a ese chalado—. Él no le retiraría a nadie la palabra por algo así.

—Lo haría si con quien iba de la mano resultase ser un chico.

Ya me había dado la vuelta para entrar de nuevo en el tanatorio cuando sus palabras me dejaron clavado en el sitio. Me giré y lo vi tranquilo, sin perder nada de la calma que le había gobernado durante toda nuestra conversación. Yo no articulé palabra, pero algo en su mirada me hizo comprender que me había calado desde el principio.

—Dices que vuestra amistad se enfrió, ¿acaso no sería por algo parecido a lo que te acabo de contar?

Me quedé en silencio, y él solo tuvo que acudir al refranero español para conseguir su respuesta. Quien calla otorga.

—No hace falta que me digas qué ocurrió, pero me gustaría que entendieras que alguien que te rechaza por ser como eres no se merece que lo llames amigo. Ni siquiera al hacerlo bueno después de la muerte.

—Yo… —Me apoyé contra la pared, derrotado—. Me costó mucho decirle cómo soy, que me gustan los chicos, y cuando lo hice… Sus palabras eran frías, pero no consigo quitarme de la cabeza esa expresión de asco. Sus ojos, esos que conocía desde hace millones de años, me miraban como si fuese una especie de monstruo.

No entendía por qué le contaba aquello a aquel tipo. Supongo que, al final, es más fácil sincerarse con un desconocido, alguien que, aunque nos juzgue, es improbable que volvamos a ver.

—¿Lo ves? Un completo gilipollas.

—No lo entiendes. Yo creo que se lo tomó como una traición a nuestra confianza. No entendía que no se lo hubiera contado antes y que me lo hubiera guardado para mí como si nada.

—¿Como si nada? —El rubio se rio con ganas, provocando la atracción de varias miradas indignadas—. Mira, creo que hacerse ver de esa manera es de las cosas más difíciles que hay en esta vida y cada uno lo cuenta cuando y como puede. Es muy fácil criticar cuando no se ha tenido que pasar por ahí. —Me miró, serio, y me puso una mano en el hombro—. Puede que ese cabrón se haya muerto y ahora haya que lanzarle alabanzas, pero si estuviera vivo te diría que no es amigo ni es nada, solo un amargado aterrorizado de quien es diferente, y que a esa gente cuanto más lejos, mejor.

No pude evitar sentirme algo más aliviado, a la par que culpable por ese alivio. La contradicción humana. Le di las gracias y le pregunté si iría al funeral.

—¡Qué remedio! Al final era un compañero de curro, quedaría feo no ir.

Me dio la mano y, antes de que se marchara, me acordé de algo.

—¡Oye! ¿Cómo te llamas?

—Mario, ¿y tú?

—Miguel. Nos vemos en el funeral.

Me sonrió antes de abrir su paraguas y perderse bajo la lluvia sin que ninguno de los dos supiéramos lo que seríamos el uno para el otro tras aquel encuentro fortuito.

Volví a casa poco después. Casi temía más estar ahí que en el tanatorio. El silencio que envolvía la casa solo se rompía de vez en cuando por los sollozos de mi madre y las maldiciones de mi padre. Aquel lugar se había convertido en un sitio sacrílego, con la armonía de la familia mancillada por el odio y la intolerancia.

Yo me encerré en mi cuarto, no sin antes recibir una dura mirada de mi padre y un gimoteo de mi madre cuando los encontré en el salón. No fui capaz de decirles nada.

«Si no has tenido el valor de decírselo es porque sabes que lo que haces está mal».

Un escalofrío me recorrió el cuerpo cuando me senté frente al escritorio y contemplé el papel en blanco donde debía escribir el discurso para el funeral de Gabi al día siguiente. En otra época habría rellenado hojas y hojas y la muñeca me hubiera dolido de todo el tiempo que habría tenido el boli sobre el papel, pero entonces… Aquello era una historia muy diferente. Pasaron diez minutos, que sentí como diez horas, en los que la frustración crecía en mí como una serpiente que hubiera estado enroscada y se estuviera irguiendo cuan larga era. Di un golpe sobre la mesa, que hizo rodar el bolígrafo hasta hacerlo caer. Me agaché a recogerlo y, ahí, en un estante junto al escritorio, lo vi. Aquel álbum de fotos tan olvidado como viejo donde ya solo había mentiras.

Lo abrí y cada uno de los recuerdos allí inmortalizados era como una puñalada. Gabi y yo en la fiesta de cumpleaños de un compañero de clase con siete años sonriendo con la boca mellada y pasándonos los brazos por encima del hombro como colegas. Mis padres y yo de vacaciones en la playa, él con gafas de sol ayudándome a hacer un castillo de arena y ella mirándonos embelesada desde la toalla. Yo con la equipación del club de fútbol del barrio (cosa que odiaba, pero al que me apunté porque Gabi me convenció). Un sinfín de momentos felices que ahora volvían para morderme en el corazón de la forma más cruel posible.

Incapaz de seguir perdiéndome entre las fotografías, dejé caer el álbum al suelo y me arrebujé en la cama con dos ríos corriendo por mi cara.

Aquella noche no dormí. Tampoco lo intenté. Ni siquiera me desvestí. Pasé todas esas horas de oscuridad mirando al techo intentando comprender por qué se había estropeado todo así. Sobra decir que no lo conseguí.

Al romper el alba, sintiendo ese agotamiento exclusivo de las noches de insomnio y con el papel aún en blanco sobre el escritorio, decidí darme una ducha para espabilarme. Al mediodía sería el funeral de Gabi y yo debía dar el discurso al que me había comprometido sin querer. Decir que me apetecía más tragar ácido que ir a ese acto es quedarse corto, pero no quedaba otra. Siempre fui hombre de palabra.

El agua —fría, por supuesto— recorría mi cuerpo cuando de repente todo quedó claro en mi cabeza. Nunca he entendido bien el mecanismo, porque seguro que hay una explicación de algún tipo que desconozco, pero el momento ducha siempre ha sido una fuente de epifanías. No hay nada como tener una preocupación terrible en la cabeza para que la ducha lo arregle. Y esa vez no fue para menos. El folio podía haberse pasado en blanco toda la noche, pero las palabras que debía decir en el funeral estaban claras en mi mente. Bueno, tanto como claras no, pero al menos tenía un guion, por así decirlo, del discurso. Con eso bastaría, o, al menos, eso esperaba.

Me arreglé y, al salir del baño, me encontré a mi madre. Las ojeras que lucía me acongojaron el corazón, pero tampoco podía mostrar la compasión que ellos no querían tener.

—¿Vais a ir al funeral? —me atreví a preguntarle. Era la primera vez que me dirigía a ella en días.

Mi madre se sorprendió de que hablara con ella del mismo modo en que yo lo hice por atreverme. El puente entre los dos había ardido y en la distancia nos contemplábamos anhelando reconstruir el paso entre nuestras islas, aunque sin saber cómo hacerlo ni si el otro merecía que hiciéramos tamaño esfuerzo.

—No lo sé. Ya hablaré con tu padre —repuso ella enrollando un dedo alrededor de un mechón de pelo que se había soltado de su

moño. Era su gesto de cuando estaba nerviosa. Se notaba que estaba incómoda por estar a solas conmigo, ¡su hijo!

—Ana me pidió que dijera unas palabras en la misa. Estaría bien que vinierais.

—Ya veremos.

Y así, como una exhalación, mi madre se marchó a la cocina sin mirar atrás. Cerró la puerta tras de sí, pero eso no ahogó los sollozos que cada vez me costaba más justificar.

A mi padre ni lo vi, así que puede que incluso hubiese pasado la noche fuera de casa. El ambiente era opresivo, con reproches silenciosos y gritos enmudecidos tras cada esquina, y aquello estaba acabando con los tres. Normal que él se hubiera largado en cuanto encontró la ocasión, a fin de cuentas, esa era siempre su solución para todo.

Aún quedaban unas horas para el funeral, pero decidí vagabundear por la ciudad. No tenía sentido quedarse en esa casa. Puede que un poco sí que me pareciera a mi padre.

A día de hoy no recuerdo qué trayecto seguí. Demasiadas cosas bullían en mi interior como para saber qué calles transité. Lo único que sé es que poco antes de que comenzara el funeral, con una iglesia a rebosar, me senté en un banco cerca del final de la nave inmensa. Oía a gente llorar, cuchichear y rezar. Se abrazaban como si no hubiera un mañana, pero yo estaba extrañamente tranquilo. Me sentía ajeno a todo aquello, como si en realidad estuviera en otra parte. Y puede que así fuera. Mi cuerpo estaba allí, vestido con un traje viejo que me quedaba justo por la tripa que había ganado en los últimos años y un pañuelo arrugado apretado en la mano para limpiar las lágrimas que ya no me quedaban, mientras que mi mente estaba muy lejos. En otro lugar y en otra época, perdida entre los recuerdos encontrados en aquel viejo álbum que aún me atormentaban.

Pude ver a lo lejos a los padres y a la hermana de Gabi, sentados en primera fila. Eran los únicos que de verdad me hacían sufrir, los que sentían su pérdida con un dolor que los devoraba, los que sí que perdían parte de su vida con quien se marchaba de este mundo.

Poco después llevaron el ataúd. Recorrió el largo pasillo sostenido sobre cuatro hombres que yo no conocía de nada, y eso que en teoría eran personas cercanas a Gabi. Apenas me estremecí cuando lo depositaron sobre el soporte que habían dejado colocado con anterioridad con un ruido seco que reverberó por todo el lugar. Su padre se abalanzó a abrazar la madera donde reposaría el hijo hasta el fin de los días, pero entre Myriam y Ana consiguieron separarlo. Si algo se me ha quedado grabado en la retina de todo aquello es esa imagen. Dos mujeres, rotas de dolor, sujetando a un hombre que las doblaba en estatura y envergadura, deshecho por completo. Si existe una imagen que puede reflejar para mí lo que implica perder a un ser querido es esa instantánea que dudo que abandone alguna vez mi cabeza.

Entonces empezó el servicio religioso. Al igual que con el paseo hasta la iglesia, apenas recuerdo qué dijo aquel hombre menudo a lo largo de la homilía. Veía cómo levantaba los brazos de vez en cuando y las mangas de la túnica se le resbalaban, o cómo se paseaba delante del altar y miraba con pena el ataúd. Hasta en una ocasión cogió de las manos a Ana, pero de lo que salía por su boca no guardo ningún recuerdo. Solo podía pensar en lo que tenía que decir. No quería olvidar nada. Puede que al principio aquello me hubiera parecido el peor castigo al que me podían someter, pero en ese momento me parecía un regalo. Y una oportunidad, sí. Porque Gabi se había ido antes de que pudiéramos hablar con calma, pero ahora tenía una oportunidad para arreglar nuestros asuntos. No sé si él se marchó al otro mundo en paz, pero esas palabras nos la darían. O al menos me la darían a mí y con eso me bastaba.

En cierto momento, cuando el cura dejó de hablar tras un discurso interminable, sentí cómo la gente se removía en sus asientos y, poco a poco, todas las miradas se fueron clavando en mí. En otra situación aquello me habría impuesto hasta dejarme seco de todo lo que habría sudado, pero allí fue diferente. Sabía que me tocaba hablar, y, con toda la dignidad que pude, me levanté y avancé por el pasillo infinito hasta la pequeña tribuna que había situada junto al altar.

«Si no se lo dices tú, tendré que hacerlo yo».

Cientos de ojos seguían cada uno de mis movimientos, pero me daba igual. Allí solo estábamos Gabi y yo. Mis palabras eran para él. El resto del mundo no importaba. Y así, dejé hablar a mi corazón:

—Gabi, he perdido la cuenta de los años que hace que te conozco. Somos amigos hasta donde me alcanza la memoria y siempre he sabido que podía contar contigo para lo que fuera. He sido el depositario de tus más íntimos secretos, así como de tus miedos y tus obsesiones, como tú lo has sido de los míos. Y eso está bien, porque es lo que hacen los amigos. Según hemos ido creciendo, nos hemos convertido en personas muy diferentes, pero la amistad ha prevalecido. Es cierto que la distancia se agrandó, nada que no se pudiera arreglar con unas cañas para ponernos al día. Y es por esto que me parte el alma que te fueras estando como estábamos. —Los pocos murmullos que se oían en la sala se acallaron en el acto. La madre de Gabi se irguió y vi cómo Myriam me miraba extrañada—. Fue muy difícil, pero al fin reuní el valor suficiente para revelarte el mayor de mis secretos. Algo que debería ser normal, y hoy sigue siendo una lacra para muchas personas. Pensaba que encontraría comprensión, que me ofrecerías tu ayuda como tantas otras veces habías hecho, que, en fin, actuarías como el gran amigo que siempre habías sido. Y no pude estar más equivocado. Solo encontré incomprensión, odio y rencor, pero lo más grave, lo que rompió por completo los lazos que nos unían desde hacía tanto tiempo, fue la traición. Nunca pensé que revelarías algo tan íntimo de una forma que me pudiera hacer tanto daño. Camuflaste tus acciones bajo palabras de amistad, encomiándote a una misión divina para enderezar mi camino. Decidiste ser egoísta para ajustar a tu amigo a tu realidad, sin darte cuenta, o siendo plenamente consciente, de que en esa misión destruías por completo la esencia de quien llevaba tanto tiempo a tu lado. —Cogí aire intentando aguantar las lágrimas e ignorando las miradas furiosas de su familia. Si había empezado, tenía que terminar aquello—. Pero ¿sabes qué, Gabi? Que te perdono. —Ya daba igual, con eso se me rompió la voz por completo—. Porque alguien me dijo que hay personas que actúan así porque tienen miedo a lo diferente y resulta que tiene razón. Yo cometí dos errores. El primero fue no contártelo antes y el segundo

no haberte entendido y pensar que actuabas por odio. Tu mundo se limitaba a lo que conocías y expandirlo para abrir la mente siempre es algo que lleva tiempo, que no es fácil, pero que se puede conseguir. El maldito accidente nos ha impedido arreglar las cosas entre nosotros, pero si la discusión que tuvimos te dificulta descansar allá donde estés, solo quiero que sepas que no debe ser así. En mi corazón no hay rencor hacia ti y ojalá que en alguna otra vida podamos darnos ese abrazo que se nos ha negado en esta.

Me callé y sentí una paz en mi interior que no sentía desde ni se sabe cuándo. Es cierto que tuve que poner pies en polvorosa cuando Paco se levantó y se intentó abalanzar sobre mí para darme la mayor paliza de mi vida, pero dio igual. Le había dicho a Gabi, o al menos a su cuerpo, lo que no pude decirle en vida y deseaba más que nunca que su alma estuviera en algún sitio desde el que pudiera oírme.

En la carrera a través de la iglesia vi a mis padres en una esquina. Estaban acongojados y pude distinguir vergüenza en sus expresiones. No sé si por mí o por ellos, pero ahí estaba, clara como el agua. Y puede que la iglesia tenga un efecto similar a la ducha, porque en aquel momento tuve otra epifanía. Ellos se lo perdían. No era yo quien había hecho algo malo. Yo no dejaba atrás unos padres, sino ellos a un hijo. Y antes o después se arrepentirían de aquello, como el tiempo me acabó demostrando.

Cuando salí al aire gélido de la calle, corrí como si mi vida dependiera de ello, y en cierto sentido así era. Torcí por calles que no conocía, me perdí una infinidad de veces y el aliento me faltaba, pero dio igual. Corrí lo que parecía una maratón y, cuando al fin me paré, apoyé las manos sobre las rodillas intentando respirar y vivir para contarlo.

—Menudo espectáculo has dado —dijo una voz a mis espaldas. Me giré horrorizado para ver a Mario, el rubio insolente del tanatorio.

—¿Qué haces aquí? ¿Cómo has podido seguirme?

—Chico, estamos a tres calles de la iglesia. Tampoco ha sido tan difícil.

—¿Tres calles? —Aquello sí que no me lo podía creer. El rubio se empezó a partir de risa en mi cara.

—¿Qué te pensabas? ¿Que eras un corredor olímpico?

Yo ya estaba rojo por el esfuerzo, así que no pude sonrojarme más. Él, sin importar mis pintas y que estuviera bañado en sudor, se acercó a mí y me cogió la mano.

—Has sido muy valiente, Miqui.

—Gr-gracias. —Apenas podía hablar, ¿y desde cuándo teníamos ese tío y yo confianza para que me llamara así?

—Y que dijeras lo que te dije ayer… Me ha llegado muy hondo, de verdad.

—Tenías razón en lo que dijiste. No te la iba a quitar porque sí.

Se acercó a una distancia peligrosa y sentí que en la mano que me había cogido dejaba un papelito.

—Mi número, por si alguna vez me quieres llamar. Ahora voy a darte una coartada y decirles que no te he visto por aquí.

Y antes de torcer la esquina y perderse por las calles me dio un beso. Un beso fugaz, apenas sentí sus labios, pero que transmitió mucho más de lo que esperaba.

Que no estaría solo en aquel camino.

Capítulo 13

Terminé de contar aquella historia con un nudo en la garganta. No solo era el inicio de mi historia con Mario, también era una serie de heridas que no habían cicatrizado por completo y que seguían removiendo demasiado.

Pedro, bajo la noche estrellada dublinesa, me pasó un brazo por los hombros.

—Siento todo lo que te tocó pasar —dijo en un susurro—. Sé que revelar cómo eres puede llegar a ser muy complicado. En cierto sentido, si me quedé en Irlanda fue por una historia similar a la tuya.

—¿En tu casa tampoco…?

No hizo falta que terminara la pregunta. Él negó con la cabeza y guardó silencio. Un silencio que compartimos y en el que nos dijimos muchas más cosas de las que podríamos haber transmitido con palabras. Sensaciones, dolor, recuerdos y una infinidad de heridas, unas cicatrizadas y otras aún por hacerlo. No sé cuánto tiempo estuvimos en silencio, pero, al final, fue Pedro el que lo rompió.

—¿Qué pasó con tus padres? —Habló como si caminara por un campo de minas, midiendo cada palabra y evitando tocar algo que lo hiciera saltar todo por los aires.

—Me fui de casa y estuvimos casi dos años sin hablarnos, pero a mi padre le diagnosticaron un linfoma y, no sé si fue por el miedo a morir y dejar alguna cuenta pendiente, el caso es que un día me llamaron y se disculparon por todo. —Suspiré—. Te diría que fue

emotivo, pero también pienso que no había ninguna necesidad de llegar a eso. Si no me hubieran apartado de su lado solo por ser como soy, las cosas habrían sido muy diferentes.

—¿Les guardas rencor? —Su tono no era acusatorio ni tampoco demostraba sorpresa. Solo había curiosidad en él.

—No, no es rencor. ¿Cómo decirlo? No soy capaz de olvidar que en un momento de mi vida ellos, quienes en teoría deben velar por mí, me dieron la espalda. En esos veinte meses podría haberme muerto o pasarme algo gordo y no se habrían enterado. Es cierto que luego se disculparon, lloramos, nos abrazamos y fue todo muy de película, pero, no sé, esa espinita sigue ahí clavada. Jamás hemos vuelto a sacar el tema, yo seguí viviendo por mi cuenta y la relación no fue como antes. Cuando estoy con ellos, siento que hay una barrera que nos separa. Y por no hablar de Mario, claro. No han sido capaces de llamarlo yerno o referirse a él como mi novio. Saben lo que es, pero si no lo nombran por la palabra exacta se sienten protegidos. Mira que él ha acompañado alguna vez a mi padre a la revisión de lo del linfoma si no podíamos ir mi madre o yo, que está controlado, por cierto, pero nada. No hay forma de que lo llamen por lo que es.

—Al menos tienes relación con ellos. Otros no tenemos esa opción.

—Pero si me dijiste que ibas cada poco tiempo a España.

—Sí, a ver a mis hermanos y mis sobrinos. Con ellos la cosa nunca cambió, pero con mis padres, bueno… Es diferente.

—Qué mierda, ¿eh?

Se giró para mirarme y, a la luz de la luna, pude ver su sonrisa triste. Sus ojos brillaban de una forma que me estremeció, reflejando un dolor que conocía demasiado bien porque lo había sentido en mis propias carnes.

—¿Por qué tenemos la necesidad de buscar el amor de quienes nos han dado la vida, Miguel? ¿Por qué nos sentimos incompletos si ellos, que fueron los que nos trajeron al mundo sin que nosotros tuviéramos voz ni voto en esa decisión, no nos aceptan? ¿No sería más fácil seguir adelante sin ellos? ¿Por qué sentimos esa fuerza que nos atrae hacia ellos, como si fuera una cadena que nos ahoga si no cumplimos lo que esperan de nosotros?

Me callé. No tenía respuesta a aquellas preguntas que yo tantas veces me había hecho. Porque ser diferente no es nadar a contracorriente o ser la nota discordante sin más. No, ni mucho menos. Es luchar en cada aspecto de tu vida, tener miedo, sentir que puedes perder a quien más quieres por contarle que te has enamorado de alguien que tiene entre las piernas lo mismo que tú, oír burlas en el trabajo, escuchar palabras y expresiones que se dan por hechas y que te machacan.

Miré a Pedro a los ojos, sin atreverme a decir nada. ¿Qué podía responderle? Nada. No había palabras de consuelo suficientes para lo que él me planteaba. Nunca las encontraría. Y eso era lo más descorazonador, saber que, sin haber hecho nada malo, serías castigado para siempre, que de alguna manera te verían diferente por mucho que dijeran que te aceptaban, cosa que ni a él le habían dicho. Conocía a la perfección cada detalle de esa tortura eterna, cada línea de su pensamiento y cada saliente afilado de ese abismo por el que nos había tocado desfilar.

El tiempo pareció detenerse mientras nos mirábamos. No era deseo ni lujuria lo que vi en aquellos ojos que brillaban por las lágrimas contenidas. Tampoco era la pena que había teñido sus palabras. No, nada de eso.

Era comprensión. Era una unión que no había sentido con nadie antes. No supe explicarlo en ese momento, pero no sentí esa energía eléctrica que me erizaba la piel como si fuese un flechazo a primera vista. Era diferente a cualquier cosa que hubiera sentido antes, como si Pedro y yo por fin hubiéramos encontrado a alguien que podía mirar en nuestra alma y no asustarse de la oscuridad que habitaba en ella. Que no se estremeciese por las heridas tan profundas que había por toda su superficie y no temiese arremangarse y meterse en el fango para comenzar a curarlas.

Y fue tan intenso, tan sublime, que me sentí sobrepasado. No estaba preparado para aquello. No al menos mientras tuviera que decirle a Mario que no me casaría con él. Yo lo había pasado bastante mal como para infligir más daño a tanta gente. Se acabó. Debía coger el toro por los cuernos y tomar las riendas de una vez por todas.

—Pedro, debo irme —dije poniéndome en pie y rompiendo la magia. Lo sentí con todo mi ser, pero era el momento de poner un poco de orden en mi vida.

Él no se movió. Solo cerró los ojos, asumiendo lo que había pasado, y, sobre todo, lo que no pasaría. Encogió las piernas y se las abrazó. Me di la vuelta y empecé a alejarme. No había ocasión de empezar nada nuevo. No podía. Estaba agotado.

—Miguel, estar a tu lado cuando estabas solo es algo loable —oí que su voz reverberaba en el callejón. Me detuve, conteniendo la respiración y deseando no dejar de escuchar aquella voz que, aunque sonaba derrotada, había ardido con una pasión sin igual al hablar de la lucha de los irlandeses—, pero que eso no se convierta en una excusa para que te haga de menos ni que seas infeliz. Si la cuerda que te salvó del naufragio se te enrolla al cuello y te ahoga no se diferencia en nada de los que te dieron la espalda.

En ese momento fui yo el que cerró los ojos. Apreté los puños para no volverme y correr a su lado. La decisión estaba tomada.

—Sé feliz, Pedro.

Volví a caminar y justo cuando doblé la esquina del callejón y me interné en la calle iluminada, escuché a mi espalda tres palabras que me terminaron de romper aquella noche:

—Tú también, Miguel.

Estuve deambulando entre *pubs* y borrachos que habían salido a celebrar la noche, pero ni se me ocurrió volver al O´Neill. No me apetecía recordar que era el feliz prometido de Mario. Me dio una arcada solo de pensar en ello.

Hasta el hotel no había un paseo largo, a fin de cuentas, el Gresham estaba en la arteria principal de Dublín y contaba con el Spire como referencia. Tener la aguja de metal más alta del mundo ayudaba a orientarse por allí. Cuando crucé el puente O´Connell, que compartía nombre con la calle mayor, me detuve a contemplar el río Liffey al amparo de la noche. Discurría tranquilo por las entrañas de Dublín, ajeno a los problemas que dublineses y visitantes tuvieran. Un río pequeño, pero matón, que había marcado

el devenir de aquella ciudad. Y es que daba igual que jamás fuera a figurar entre los más caudalosos o largos del mundo, él iba a su ritmo, sin importarle lo que nadie pudiera decir de él, ya que a fin de cuentas eran los seres humanos los que se habían acomodado a él, no al revés. Y, por raro que parezca, sentí envidia de aquella diminuta corriente de agua que ni salía en muchos mapas. ¿Cómo podía ser que constantemente me tuviera que estar acomodando yo a las eventualidades de mi vida y no al revés? ¿Por qué no era capaz de gritar que ahí estaba yo y pisar fuerte para que la corriente no me arrastrara? Lo había conseguido con Álex, tras su traición, pero mi valentía se había esfumado en cuanto la soledad dio visos de aparecer si hacía lo mismo con Mario.

Era un cobarde.

Era un miserable.

Era un mierda.

Y por mucho que dijera, por mucho que hiciera, no dejaría de serlo.

Avergonzado por las risas que, estaba seguro, salían del Liffey y de las criaturas que lo habitaban, tronchándose ante mi patetismo, reemprendí la marcha. Solo quería llegar al hotel y entrar en un sueño anestésico que me dejara en coma hasta el siglo siguiente.

Debía de presentar una pinta ridícula, exudando compasión y patetismo por cada poro de mi piel, porque la poca gente que se veía por la calle me miraba con pena y hasta una chica me preguntó que si me encontraba bien. Lo mismo en la recepción del hotel, el chico engominado del otro lado del mostrador me preguntó que si necesitaba algo, más parecido a la voz de un enfermero atendiendo a un moribundo que a un recepcionista. Mi respuesta fue la misma que para la chica de antes: solo negué con la cabeza y seguí mi camino.

Pero el día, o la noche, más bien, me guardaba una sorpresa más. Cuando abrí la puerta de mi habitación, me encontré a Mario tirado de cualquier manera en la cama, roncando como si no hubiera un mañana y todavía vestido. Sin embargo, la puerta se me escapó y cerró con un ruido tremendo, por lo que se incorporó cual conde Drácula en la peor película de miedo imaginable.

—Perdona, Miqui, creo que me he quedado dormido —dijo mientras se limpiaba la baba que le bajaba por la barbilla hasta crear un lamparón en su camisa.

—No te preocupes, he tardado en volver.

—¿En volver? ¿Es que te habías ido?

Lo que faltaba. Se había cogido tal moña que ni se había dado cuenta de que me había ido en el *pub*. La verdad es que estaba batiendo su propio récord, algo lógico estando en la ciudad de la Guinness.

—Claro que no. ¿Cómo me podría ir hoy? —A eso podíamos jugar los dos.

—Soy lo peor, joder. Es nuestra noche, te pido que te cases conmigo y yo voy y me quedo dormido.

Cogí aire hondo. Si quería decirlo, era el momento.

—Mario, en cuanto a eso, quería hablar contigo.

—No, no, nada de hablar. Te pienso compensar por ser tan mal novio. —Se rio de una forma estridente, como un niño cazado en una travesura—. No, mal novio no. ¡Mal prometido!

Se levantó de la cama y se fue acercando a mí, que estaba apoyado contra el armario empotrado de la habitación.

—No, escúchame. Esto es serio.

—Y esto también —me susurró al oído mientras me comenzó a besar el cuello.

Yo intenté protestar, no estaba de ánimo para aquello, pero cuando desabrochó mi pantalón con una maestría de la que solo él hacía gala y metió la mano bajo mis calzoncillos, un gemido de placer me traicionó.

—Ya no te quejas tanto, ¿eh? —dijo antes de besarme con pura lujuria—. Y esto es un regalo de compromiso, pero no te acostumbres, ¿eh? Que ya sabes que estas cosas te las dejo a ti.

Y sin que pudiera replicar, vi cómo se arrodillaba frente a mí y se introducía mi pene erecto —juro que intenté evitar ponerme así— en la boca.

Desde que empezamos juntos, podría contar con una mano las veces que él me había practicado sexo oral, no le gustaba nada. Eso sí, era muy aficionado a que yo se lo practicara a él y había sido

causa de más de una discusión, que siempre ganaba él, claro está. Por ello, ante aquella visión, que me puso a mil, lo reconozco, toda la decisión que había reunido se esfumó cuando dejé salir el aire contenido en un nuevo gemido.

No sé de dónde sacaba la práctica, porque practicaba poco, las cosas como son, pero eso era una señora mamada que dejaba tiritando a la que me había hecho su becario. Jugaba con la lengua en la punta, bajaba hasta los huevos y volvía a subir, todo eso mientras me miraba con una cara que solo pedía que lo follara.

Pasados unos minutos, se la tragó de una vez y yo, con la mano entre su pelo, empujé su cabeza con fuerza, deseando llegar hasta el esófago y que sintiera como se ahogaba con mi polla.

Cuando le vino una arcada, dejé de apretar. Él se separó, todo lleno de babas, pero no se quejó. Como un campeón volvió a su tarea y yo no pude aguantar más. Después de meterse mi verga dos veces más, me corrí y él se tragó todo lo que salía de mí. No me dio tiempo a follarlo, pero tampoco pude quejarme. Aquella había sido una de las mejores mamadas de mi vida.

Me había dejado sin aliento, a la vez que sin resolución. Necesitaba tiempo para recargarme de ambas cosas. Esa noche ya no podía más.

—La próxima en la boda, no te acostumbres —dijo satisfecho mientras se desnudaba para meterse en la cama.

Lo que yo pensé, pero no dije, es que tal vez no debería dar las cosas por sentado.

Capítulo 14

—Qué pena que solo nos quede hoy por aquí —dijo Mario mientras me abrazaba desde atrás y me daba un beso en la mejilla. Estaba en el baño, terminando de arreglarme, y sonreí sin ganas.

—Sí, voy a echar de menos la ciudad. —Y pensé que lo haría en muchos sentidos.

—Mañana el avión sale temprano, pero hoy podemos aprovechar. ¿Qué te apetece hacer? Podemos dar una vuelta, ir a la fábrica de la Guinness o retozar como conejos todo el día en el hotel. —Esto último lo acompañó de una mirada sugerente mientras levantaba las cejas como uno de esos dibujos animados antiguos—. Podríamos tomarnos la revancha de anoche.

—Eso podemos hacerlo de vuelta en Madrid —me adelanté antes de que se lanzase y dejase de ser dueño de mis actos—. Podríamos ir al parque Phoenix, dicen que hay ciervos.

—¿Hasta allí? Pero si está en la quinta puñeta. Y ciervos podemos ver en España cualquier finde que hagamos una ruta.

—También está la casa del presidente.

—No te creas la primera dama, que no te van a dejar entrar.

—Vale, Mario —solté exasperado—, ¿qué narices te apetece hacer? No estaría mal que dejaras de poner pegas.

—Tío, no te enfades, que no es para tanto. —Levantó las manos en son de paz—. Podríamos probar algún producto típico.

—¿Quieres entonces que vayamos a la Guinness?

—No me has entendido. —Sacó el móvil y me enseñó la pantalla, con la página principal de Grindr—. Nos acabo de hacer una cuenta y ya tenemos un montón de solicitudes. No me digas que no te molaría montártelo con un pelirrojo.

Cada vez tenía más claro que no salía con una persona, sino con un mandril. Le daba igual quién se le pusiera por delante, lo importante era mojar.

—Mario, en serio, me gustaría aprovechar y ver un poco más de la ciudad —dije, aunque intentaba evitar la imagen en mi mente de un irlandés fornido entre nosotros dos.

—¿Seguro? —Mario estaba decepcionado a más no poder. Empezó a deslizar las fotos con el pulgar—. Aquí hay muy buen material y estoy seguro de que… ¡Joder!

—No me interesa ver fotopollas, ahórratelas.

—Que no, que no, que no es eso. No te vas a creer a quién he visto por aquí.

—Tampoco me interesa ver a José ahí. Ese tío no me cae nada bien.

—¡Que no, joder! Es tu amiguito. —Supe al instante de quién se trataba por el retintín que le puso a la palabra—. El guía.

Me acerqué hasta él y miré el móvil por encima de su hombro. Efectivamente, ahí estaba Pedro. La primera foto era de él en la montaña —típica foto de aplicación para ligar—, en la segunda tenía una pinta en un *pub* —típica foto para demostrar que era sociable y le gustaba salir— y en la última salía en la cama con la sábana cubriéndole justo por la entrepierna donde se podía adivinar un bulto de tamaño considerable —típica foto para indicar que se iba a lo que se iba—.

Yo estaba a cuadros, pero más sorprendido me quedé cuando leí lo que ponía en la descripción:

«Pedro, 32. Si estás buscando nuevas experiencias, estoy dispuesto a abrir mis fronteras. Escríbeme solo si estás decidido, paso de los que se dedican a marear. Un extra si cuentas con un buen pollón».

Estaba escrito en inglés y creo que en la versión original sonaba incluso más salvaje todavía. Empecé a oír cómo Mario se partía de

risa mientras yo aún seguía procesándolo. ¿De verdad el chico que la noche anterior me había parecido tan vulnerable y con quien me había abierto por completo se vendía de aquella manera? ¿Tanto me había equivocado con él?

—¡Miqui, vamos a escribirle! ¡Venga, tío! Que está buscando un buen pollón, así que le daremos dos.

—Mario, no. —Intenté sonar todo lo serio posible. Tampoco le quise decir que si él consideraba que tenía un buen pollón yo vivía en el país de la fantasía y la piruleta—. Deja que haga lo que le dé la gana. A ti y a mí ni nos va ni nos viene.

—Venga, porfa, como despedida de Irlanda. Piensa que lo podemos empalar, a ti te la come y yo se la clavo por detrás. ¿No te molaría eso?

—¡Joder, que no! —grité harto de aquello. Me estaba poniendo muy nervioso y me cansaba que para Mario todos fueran trozos de carne sin más. Daba igual que hubiera estado celoso y que hasta hacía cinco minutos le cayera mal, ahora había visto la oportunidad y le apetecía tirárselo—. Cierra eso de una vez. Tú y yo nos vamos a dar una vuelta por Dublín y ya está.

—Chico, que no es para que te pongas así. —Mario no sabía bien cómo reaccionar. No estaba acostumbrado a que yo le diese órdenes de aquella manera.

—Me pongo como me sale de los cojones.

—Vale, vale, que ya me ha quedado claro. —Me miró suspicaz y se acercó a mi oído para susurrarme—: Pero que sepas que si no nos lo follamos tú y yo, se lo follará cualquier irlandés de tres al cuarto. Yo creo…

—¡Basta! ¡Basta, basta, basta! —Enloquecí de golpe. Echaba fuego por los ojos y Mario se había quemado. No estaba acostumbrado a un arranque así. La oveja mansa se rebelaba—. ¿Es que no aprendes, Mario? ¿No te das cuenta de por qué estamos aquí?

—¿Porque aún no hemos decidido qué hacer hoy? —Qué tierno parecía al intentarlo.

—No, joder, ¡en Irlanda! ¿No entiendes por qué vinimos aquí? Porque después de lo de Álex la relación se quedó herida de muerte.

—Ya te pedí perdón por eso.

—¡Que no te enteras, hostia! Que aquello no solo destrozó la relación, también acabó mi amistad con él y yo he dejado de ser el mismo. Y estando aquí para intentar solucionarlo te empeñas en montar otro trío con el sinvergüenza aquel.

—Yo pensé que…

—Joder, tío, Penseque y Creique son los hermanos de Tonteque. ¿Tan difícil te resultaba darte cuenta de lo mal que acabé esa noche? Que me fui a potar al baño mientras vosotros dos terminabais porque todo aquello me daba asco.

—Yo no lo hice con esa intención.

—¿Y cuál era tu intención? ¿Te la ponía dura estar follándote a un hetero casado y con hijos? ¿Tanto morbo te daba aquello como para no ver que tu novio, ese al que tanto quieres según tú, se rompía? ¿Acaso no me has notado distante estos días? ¿Pensabas que todo seguía exactamente igual?

Había marcado cada una de las preguntas con un dedo acusador en el hombro de Mario. Él se había bamboleado con cada golpe, pero no había articulado ni una sola palabra. Sus ojos, abiertos como si tuviera frente a él a su peor pesadilla, eran lo único que parecía moverse *motu proprio* y no dejaban de alternar entre mi mirada de fuego y la boca por donde drenaba todo el veneno que me había estado consumiendo.

—Tú te lo montaste con el becario.

Tanto tiempo en responder, un silencio que se había alargado hasta la extenuación, para que lo rompiera aquella acusación como una flecha con la punta bañada en curare. Había lanzado un golpe bajo para paralizarme, volver a recuperar el control y dejarme sin voz. Lo sabía, no sé desde cuándo, pero se lo había guardado para usarlo como ataque en el peor momento. Yo había intentado confesárselo, rehacer los cimientos de la relación, aunque al final no había tenido valor, y él, valiente cabrón, se lo había escondido como un as en la manga. Pero se había acabado. Había tragado con todo. Había intentado reparar algo que ya había tocado a su fin hacía tiempo. Y nada había resultado.

Se había terminado.

—Sí, me lo monté con el becario —repuse tras coger aire hondo en varias ocasiones para intentar calmarme. Al menos, que el final fuera digno—. Lo hice y me arrepiento. No sabes cuánto. Pero ¿sabes una cosa? En el momento en el que lo hice apenas era capaz de sentir nada. Ni euforia por lo que hacía, ni dolor por la traición que estaba cometiendo, ni nada. Estaba muerto. Me daba todo igual y no debí haberme dejado convencer por tus excusas baratas para que no me fuera. Tenía que haber roto. Pero no te preocupes, todo tiene una solución. No lo hice en su momento, pero lo haré ahora.

—No te atreverás. —Fue apenas un murmullo, pero el miedo a la soledad, a sentirse abandonado, a que lo rechazaran, impregnó cada una de aquellas tres palabras.

—Los dos sabemos que sí me atreveré. Es más, lo voy a hacer ahora mismo. —Inspiré y cerré los ojos durante un segundo, dispuesto a hacer algo que tantas ganas tenía y, a la vez, temía de una forma inimaginable—. Mario, lo siento, esto se ha terminado.

Apenas fue un gesto minúsculo, pero me fijé en sus hombros, en cómo, aunque solo fuesen unos milímetros, cedían y caían. En sus ojos no había expresión alguna, pero ese movimiento, perceptible solo para quien lo conocía a fondo, demostraba algo: la mayor de las derrotas.

Me sentía un mierda, un traidor y la peor persona del mundo. Aquello dolía, claro que dolía. Un hierro al rojo vivo me había atravesado y lo peor es que lo había empuñado yo. No podía hablar más, sentía que si lo hacía me rompería. También me negaba a que Mario me viese llorar. No podía ser. No pensaba ser vulnerable frente a él nunca más. Había dejado de ser Miqui para ser Miguel, con todas las consecuencias.

—Miqui, por favor, no… no puedes… —El que sí que gimoteaba era Mario. Parecía en *shock*, incapaz de asumir lo que acababa de pasar.

—Lo siento, Mario. Esto es lo mejor.

—¿Cómo puede ser lo mejor?

—Porque buscamos cosas diferentes. Tú…, bueno, tú quieres seguir conociendo gente sin ningún tipo de compromiso. Yo… —¿Qué era lo que quería yo? ¿Por qué hacía eso, condenándome a la soledad, a aquella compañera a la que tanto odiaba?

—¿Tú? ¿Qué sacas tú de bueno de esto?

—Yo quiero hacerme valer. Solo eso. Demostrarme a mí mismo que no voy a consentir que nadie me vuelva a pisotear nunca más. Y si para eso tengo que estar solo, que así sea.

Joder, no sabía de dónde habían salido aquellas palabras, pero eran verdad. Aquello era lo que quería. Recuperarme. Sentir que yo era suficiente para mí. No arrastrarme por nadie ni mendigar cariño. Ya iba siendo hora de que aprendiera la lección.

—Eso no son más que gilipolleces… —Mario intentó sonar amenazante, pero daba pena. Parecía un niño en plena rabieta.

—Pueden serlo para ti. Pero es lo que me impulsa para dar este paso. Eso es lo único que importa: que para mí es una razón suficiente.

Suspiré. Mario, tan arreglado, con el pelo engominado y la camisa impecable, no dejaba de llorar. Su cara se había puesto roja y moqueaba. Tuve que refrenar el impulso de ir a consolarlo. Ya no era responsabilidad mía.

—Pediré que me den otra habitación hasta mañana y, si no la hay, me iré a otro hotel. También cambiaré el vuelo. Creo que es mejor no coincidir durante un tiempo.

—Miqui…

—Llámame Miguel, por favor.

—Miqui —pensaba jugar la baza de la complicidad. Aquello dolía horrores—, nos íbamos a casar…

—No. Nunca te dije que sí. Viste lo que quisiste. Y un matrimonio solo sería un parche. Esto acabaría reventando en otro momento y a una mayor escala.

—Pues devuélveme el anillo.

Me quedé helado. No había pensado ni por un segundo en aquel dichoso anillo. Pero no me sorprendió que me lo pidiera —a fin de cuentas, le habría costado una pasta y todavía podría devolverlo—. Lo que me dejó de piedra fue el tono con el que me lo pidió. Seco, sin emoción alguna, como si fuera un robot. No era el Mario que amaba. Era un ser desconocido, que le daba más valor a ese pequeño objeto material que a lo que estábamos finiquitando.

Yo, sin decir nada, me lo quité y se lo di. No negaré que en ese momento me invadió cierta sensación de alivio de la que no me sentí nada orgulloso.

Él, todavía con el anillo en la mano, con los dedos en torno a él como si fuera una garra, me miró de una forma que no olvidaré nunca. Había un odio denso, que lo iba cubriendo todo y que enrarecía el ambiente hasta casi sentir que me faltaba la respiración.

—Sabes que con esto solo sales perdiendo tú, ¿no? —dijo como un león a punto de cazar a su presa—. No vas a encontrar a nadie y tus padres te volverán a dar de lado. Estarás solo. Estás dejando pasar la oportunidad de tu vida.

Las rodillas me temblaban, acusando el golpe. ¿Este era Mario en realidad? Su verdadera cara, la que era digna de un monstruo sacado de una pesadilla lovecraftiana, ¿era esta? ¿Había estado con alguien así durante tres años sin percatarme?

—Me voy a dar una vuelta para que tengas tiempo de organizar tus cosas —repuse sin responder a la provocación. Si me enredaba en su juego, no sabía qué podía ocurrir—. Volveré en dos horas, cuando tenga una habitación, para llevarme las mías.

Avancé y, al pasar por su lado, golpeó su hombro contra el mío. El miedo me invadió. Se notaba su ansia de quedar por encima, de decir su última palabra, pero yo no lo iba a permitir. Agarré el manillar de la puerta, la abrí y, antes de cerrar, le dije:

—La oportunidad de mi vida está a punto de empezar.

Le oí bramar desde el pasillo según me alejaba, pero no volví la vista atrás.

Capítulo 15

Eché a andar por la ciudad sin rumbo fijo. Debía buscar una habitación para pasar la noche y un vuelo para volver a España al día siguiente. No me veía capaz de aguantar dos horas y media sentado junto a él en un asiento minúsculo de avión, con las piernas encogidas por falta de espacio, en el silencio más incómodo de la historia, en el mejor de los casos, o en una lluvia continua de reproches, en el peor. Aquello podía acabar en los periódicos por altercado a diez mil metros de altura.

Sin embargo, ni siquiera tenía ganas de sacar el móvil para buscar el primer avión que estuviera disponible. No me importaba ni el precio —y eso que mi economía no es que fuera muy boyante—. Solo pensaba en que se había acabado. Me había costado una vida, pero por fin había dejado a Mario. Irlanda había puesto punto final a nuestra relación, justo lo contrario de lo que habíamos ido buscando, pero, en cierto sentido, nos había dejado las cosas claras, que era el objetivo del viaje. Y, a pesar de ello, no estaba loco de euforia. Ni siquiera estaba satisfecho. Y tampoco estaba desolado. Lo que sentía en mi interior era, simple y llanamente, nada. Era como si estuviera perdido en un gran desierto con un pequeño oasis al lado. La inmensidad que apuntaba a un destino aciago contrarrestada por un reducto de resistencia. Un choque de fuerzas opuestas que daba como resultado un cero absoluto, la nada personificada, una carencia de emociones que no era capaz de comprender.

Fue así, como un muerto en vida, incapaz de derramar una lágrima por lo que acababa de perder o de soltar una carcajada por lo que ganaba, como emprendí un paseo por la capital irlandesa.

Evité las calles principales. Si Mario salía del Gresham para airearse, buscarme para llorar o gritarme o contratar a un matón para que me diera una paliza, sería más fácil que me encontrara por ahí, así que me dediqué a perderme por calles secundarias, dejando que mis pies decidieran por sí mismos a dónde debíamos ir.

Vi barrios de casas unifamiliares de ladrillo caravista, con entradas estrechas y puertas tras una pequeña valla. Me sentía como si estuviera viendo una película, con esa arquitectura tan típica de las islas británicas. Parecía mentira que allí, casi en pleno centro de la capital, pudiera haber barrios así, sin edificios de más de dos alturas, algo que en España habría sido impensable. Normal que la ciudad fuera tan extensa, la ausencia de edificios altos obligaba a que los dublineses buscaran su hogar a lo ancho, en vez de a lo alto.

Durante mi paseo aparecieron varios *pubs*, pero a esas horas no tenía cuerpo para cerveza. Lo que me parecía increíble es que estuvieran abiertos de buena mañana y, sobre todo, que tuvieran clientela. Tal vez en aquellos lugares la gente, más que buscar pasar un rato agradable, escondía su suciedad bajo la alfombra y echaba mano de una pinta para afrontar la realidad del día a día. Hasta en las mejores ciudades hay sombras de la peor parte del alma humana.

Había hecho sol, pero estaba nublándose y en poco tiempo se pondría a llover. Lo que decían de que las cuatro estaciones se veían en un solo día en Irlanda era real, así que o buscaba un sitio donde guarecerme o me calaría hasta los huesos en poco tiempo.

Por fin, aunque tampoco podría decir cuánto tiempo pasé caminando, encontré una pequeña cafetería. Podría haber sido el equivalente irlandés de una cafetería de barrio, solo faltaba un expositor con churros y napolitanas. El ambiente era agradable, con pocas mesas, y el camarero charlaba de forma animada con uno de los clientes de la barra, seguramente un habitual. Yo no tenía ganas de que me diesen conversación, así que me senté en la mesa del fondo y cogí un periódico que había por allí. Ni me molesté en leer

los titulares, solo quería tener algo entre las manos para parecer ocupado. Cuando me trajeron el café que había pedido al entrar, saqué el móvil, para hacer más patente el muro que quería levantar a mi alrededor, y me dispuse a bucear en busca de ofertas de vuelos para el día siguiente. Por suerte, el tráfico aéreo entre Madrid y Dublín es intenso, así que no me costó mucho encontrar un vuelo que salía dos horas después del de Mario. Esperaba que fuese tiempo suficiente para no encontrármelo en el aeropuerto. Tragué saliva ante la posibilidad.

Después tocó buscar alojamiento. No pude evitar silbar cuando vi los precios. Aquella salvajada por una única noche. Vale que era un imprevisto y que los precios se subieran era normal, pero casi me salía al mismo precio una noche en un hotel normalito que el resto de mi estancia con Mario en el Gresham. Para que luego digan que las rupturas no salen caras. En fin, no me quedó otra que resignarme y reservar la habitación. A lo hecho, pecho.

Estaba a punto de levantarme e irme para seguir mi vagabundeo por la ciudad cuando el camarero se me acercó. Le iba a pedir la cuenta, pero, ante mi sorpresa por la inefectividad de mi muro invisible, se sentó a mi lado.

—¿Es esto una costumbre irlandesa que desconocía? —pregunté con brusquedad para hacerle ver que no era bienvenido. Puede que mi ceño fruncido, mi cara de pocos amigos y mi amago de levantarme no fueran suficientes, así que tocaba sacar toda la artillería.

—Escúchame, chico —dijo en un perfecto castellano con un leve acento que me derribó. Aquello sí que era del todo inesperado—, uno no viene a Irlanda a dejar que su mal tiempo le estropee la vida. No sé qué te habrá pasado, pero todo tiene arreglo, salvo la muerte.

—¿Cómo es que habla así de bien español? —pregunté anonadado.

El camarero, un hombre con el pelo plateado que rondaría los sesenta años, con mofletes y nariz sonrosados como un bebé y unas gafas que resbalaban por su nariz, sonrió con paciencia, como si fuera un abuelo hablando con su nieto de las vicisitudes de la vida.

—Llevo treinta y seis años casado con una alicantina y se empeñó, gracias al cielo por aquella decisión, en que nuestros hijos hablaran con fluidez los idiomas de sus padres. Te asombraría la naturalidad y maestría que tengo para soltar tacos en español.

—¿Y cómo ha sabido que yo soy español? —dije ignorando el último comentario con el que se había intentado ganar mi simpatía.

—Ay, hijo —repuso negando con la cabeza—, por mucho que haya compartido mi vida con una española, me continúa asombrando que no seáis conscientes de que vais por la vida como si tuvierais un cartel en la cabeza anunciando de dónde sois. No has saludado al personal al entrar, te has puesto de morros y, sobre todo, cuando he pasado a tu lado para ir a la mesa de más allá he visto que en tu móvil leías algo en español. Llámame observador, pero creo que estaba bastante claro con todas las pistas que me has dado.

—Sobre todo por lo del móvil —puntualicé sin poder evitar una sonrisa ante aquel fanfarrón bonachón.

—Por todo, hijo, por todo. —No me había percatado, pero estábamos solos en la cafetería. Mis posibilidades de escaparme de aquella charla se habían esfumado de golpe. Esperaba que pronto entrara algún insensato que me pudiera dar el relevo—. Aunque deja que te diga que no hace falta ser un genio para darse cuenta de que algo gordo te pasa.

—¿Algo gordo?

—Sí, en mi cafetería no se suelen plantar muchos turistas. Me viene muy bien para el negocio que te hayas pasado, no lo negaré, pero con la cara que llevas me estás espantando a la clientela.

Miré alrededor. Ni siquiera se veía un alma en la calle a través del cristal del escaparate por la lluvia. Me volví y le dediqué una mirada incrédula con la ceja levantada.

—Baja esa ceja. —Vaya, mi arma secreta al traste en un segundo —. Puede que la lluvia no sea la mejor aliada para el negocio, pero tú hazme caso. Cuando los O´Farrell estuvieron al borde de la quiebra por culpa de los O´Brian no pudieron culpar al mal tiempo, tuvieron que vérselas con su familia rival.

—Pues siento que por mi culpa no entre nadie en su puñetera cafetería —repuse poniendo los ojos en blanco.

—Jovencito, cuidado con esa lengua. Seré viejo y maldeciré varias veces a lo largo del día, pero en esta cafetería respetamos el decoro.

—Perdone, señor —me vi impelido a decir ante su efusividad.

—Eso me gusta más —dijo con media sonrisa mientras se limpiaba las gafas en su camisa—. Verás, si me he tomado la molestia de sentarme contigo…

—O el atrevimiento —me atreví yo a decir.

—Como fuera. —Con un movimiento dejó claro que le daba igual el término técnico—. El caso es que si me he sentado aquí es porque soy viejo y los viejos sabemos ciertas cosas. Una expresión como la tuya solo la deja una decepción amorosa, aunque yo diría que era algo que, al menos en tu caso, esperabas. ¿Me equivoco?

—Joder, si le va mal con la cafetería podría dedicarse al tarot —dije impresionado ante la puntería del abuelete.

—Esa boca, hijo. Y no deshonraré el nombre de mi familia como ya hiciera el viejo O´Hare con la suya, que dejó de lado la pescadería que llevaban regentando ciento setenta y tres años para dedicarse al circo. Por si te lo preguntas, se rompió el cuello haciendo de sustituto del trapecista, ya que él era el payaso, y tuvo que pedir ayuda a los O´Finn para que intercedieran ante sus padres y le dejaran volver a su antigua casa. Yo nunca —y golpeó la mesa al pronunciar aquella palabra— dejaré esta cafetería.

—Vale, vale, no se enfade. —Me di cuenta de que me había encogido en la silla por la mirada fiera de aquel señor tan peculiar.

—Si no me enfado, solo te explico las cosas. Así que, volviendo al meollo, que me distraes, te diré que Irlanda es una tierra mágica. Tal vez lo que ha ocurrido, aunque no lo creas, ha sido porque era la respuesta que estabas buscando. Si no fuera así, no estarías tan… aliviado.

—¿Aliviado? Creo que se confunde de palabra, señor.

—No me confundo, hijo. No soy como el joven O´Carneghy, que quedó en ridículo durante la guerra al pedir la rendición ante los alemanes cuando encontraron a su batallón y en realidad estaba diciendo que quería un asado para cenar. Yo si digo que hablo un idioma, es porque lo hablo a la perfección.

—¿Es que todos los apellidos en Irlanda empiezan con O? —pregunté ignorando sus bravuconerías y más centrado en sus divagaciones.

—Hijo, deberías informarte sobre un lugar antes de visitarlo. Por supuesto que aquí muchos apellidos empiezan con O. Significa «hijo de». Es el equivalente a vuestros apellidos terminados en -ez.

—Vale, vale, no se ha confundido de palabra, entonces —dije intentando evitar la explicación interminable que había visto venir.

—Claro que no me he equivocado. Yo seré muchas cosas, pero sé admitir cuándo he errado y esta no ha sido una de esas veces. Tú estás aliviado. Te alegras de que esa historia de amor haya terminado. —El abuelete parecía satisfecho consigo mismo, como el detective de serie de televisión que revela el plan del malo—. Eso creo, sí. Es más, no es que lo crea, es que estoy seguro de ello. Y déjame decirte algo más, hay algo que te escuece y es la forma en la que todo ha terminado. ¿Me equivoco?

No contesté. Lo miré con los ojos como platos, como si aquel hombre fuese el mejor mentalista de la historia y se encondiera en aquella cafetería cutre para evitar aglomeraciones de torturados por la vida que quisieran saber el futuro.

—Ya veo que no. No soy como O´Collins el mediano, que se pasó veintitrés años y tres días en la cárcel por atreverse a soltar improperios sobre la Garda cuando lo acusaron de matar a su vecino con un sacacorchos, y eso hizo que lo investigaran más a fondo y descubrieran que no había sido con un sacacorchos, sino con un abrelatas, y que no había matado a su vecino, sino a su vecino y a la prima segunda de este. Cuando uno se atreve a hacer un comentario así hay que hacerlo estando seguro de lo que dice.

No sabía qué me impresionaba más, si su capacidad de ver más allá, sus divagaciones o el hecho de que condenasen a aquel desgraciado por un doble asesinato por bocazas cuando al principio solo lo habían acusado de uno.

—¿Y entonces? —pregunté, perdido como estaba. Si aquel buen hombre sabía tanto, tal vez pudiera darme la orientación que tanto necesitaba.

—Hijo, debes sanar. Tienes que hacer las paces con tu pasado. Si te entristece la forma en que todo terminó deberías enmendarlo, ¿no?

—Es difícil.

—Difícil fue separarnos de los malditos ingleses, no esto. A ver, ¿estuviste enamorado, aunque aquello pasase?

—Sí, claro.

—¿Te apoyó en momentos difíciles?

—Sí. —Miré al suelo, avergonzado, incapaz de llevarle la contraria a aquel sabio irlandés.

—¿Lo pasasteis bien?

—Claro.

—Pues, entonces, se merece una despedida digna, ¿no crees? Una que os dé paz a ambos. O que, al menos, no te escueza. No sé qué os pasó y por qué se ha terminado lo vuestro, aunque tampoco es que me importe gran cosa. A veces lo único que sucede es la vida. La rutina es la mayor asesina de historias de amor que ha habido nunca.

Asentí sin dar señales de que, en nuestro caso, intentar romper la rutina era justo lo que había matado la relación. Eso y que me había cansado de ser el número dos de la relación y que esta no fuera equitativa. Pero no quería entrar en más explicaciones con aquel señor.

—¿Cree que debemos quedar y hablar?

—No, eso puede ser peligroso. Te podría hacer recaer. Yo le escribiría una carta y me despediría con elegancia. Escribir puede ser catártico y te daría la paz que necesitas.

Nos quedamos en silencio. Yo meditaba, él volvía a limpiar las gafas con su camisa —yo no veía ni una mota de polvo en ellas, pero se ve que no tenía otra forma de parecer ocupado—. Pasados unos segundos, asentí. No podía rechazar el consejo de un sabio. Si tenía razón, había que dársela.

—Está bien. Creo que iré ahora y le escribiré la maldita carta. Aunque solo sea por la chapa que me ha metido —dije sonriendo. Él soltó una carcajada y me dio una palmada en la espalda que casi me tira al suelo.

—¡Por fin! Haz caso a este viejo y puede que te vaya bien. Y lárgate de mi cafetería, hijo, que sigue sin entrar nadie por tu culpa.

Volví a mirar por el cristal del escaparate y seguía sin verse un alma en la calle, solo la lluvia. Esa vez preferí no discutir.

Me levanté, le pagué el café y los consejos con una buena propina y, cuando me iba a despedir, dándole la mano, me dio un último consejo:

—Por cierto, hijo, no seas como el amargado O´Vinge, que no se atrevió a dar el paso que le exigía la vida para ser feliz y vivió solo y preguntándose qué habría pasado si hubiera sido valiente.

—¿Estas historias son ciertas? —pregunté guiñándole un ojo en confianza.

—Solo si quieres que lo sean —respondió él antes de cerrar la puerta de la cafetería y verlo por última vez en mi vida.

No sé por qué, pero no me sorprendí al comprobar, una vez fuera, que había dejado de llover. Puede que sí que fuera mi culpa que no entrara ningún cliente en su cafetería. Sonriendo, a la vez que negaba con la cabeza, me encaminé al Gresham. Debía despedirme de Mario como era debido.

No me extrañé al llegar a la que había sido la habitación que habíamos compartido y no encontrarlo allí. A fin de cuentas, había sido yo mismo quien le había dicho que estaría fuera dos horas y que luego volvería a recoger las cosas, que esperaba no encontrarlo. Había pasado algo más de tiempo y él había cumplido. Aunque en cierto sentido me alegraba de no tener que verlo, sí que me habría gustado despedirme de él en persona, tener una charla mejor que la última discusión que habíamos mantenido. Pero la situación era la que era y yo tampoco iba a ir detrás de él. Cogí uno de los folios de cortesía que dejaban en la habitación, así como un boli, y me senté para plasmar por escrito todo de una vez. Podría haberme ido, hacerlo en la habitación de mi nuevo hotel y deslizar luego la carta por debajo de la puerta, pero si me quedé allí creo que fue porque en el fondo esperaba encontrármelo. Que me pillara y tuviéramos una conversación civilizada, sin reproches y despidiéndonos con un abrazo.

Aquello, como era de esperar, no ocurrió.

Estuve en la habitación cerca de tres cuartos de hora, volcando todo lo que sentía, drenando el veneno de mis venas, pero Mario no apareció. Al final, lo que quedó por escrito fue esto:

Mario:

Siento lo que ha pasado antes en la forma, pero no en el contenido. Me hubiera gustado que ocurriera de otra manera, que todo hubiese sido más calmado, pero lo que sí que quiero decirte es que era algo que debía pasar. Llevaba un tiempo meditándolo y creo que, en el fondo, tú también lo sabías. La relación ya había dado todo lo que podía de sí y solo nos estábamos haciendo daño.

Está claro que buscamos cosas muy diferentes. Tú quieres explorar, vivir la vida a tope y, sobre todo, tener a tu lado a alguien que te siga el ritmo y que acepte cada una de tus decisiones. Yo, por el contrario, no sé qué busco, pero sí puedo decirte que no es esto lo que quiero. Quiero un compañero, no un organizador, ni un jefe ni, faltaría más, alguien que no me ve como un igual.

Si te digo esto último es porque creo que es así. No sé si desde el mismo comienzo de la relación o es algo que has ido sintiendo a lo largo del tiempo. Da igual cuándo empezaste a pensar algo así, el caso es que ha ocurrido y yo cada día me he ido sintiendo más pequeño, sin valor y sin creer ser digno de ti.

Y no, me niego a seguir pensando eso. En una relación las dos partes se tienen que mirar de frente, una no puede mirar a la otra desde abajo. He aprendido a quererme lo suficiente como para entender eso.

Cuando ocurrió lo de Álex mi mundo se rompió. Os vi y en un momento tuve que decidir entre tres opciones: desaparecer y hacer como que no sabía nada de aquello, plantaros cara arriesgándome a perderlo todo o unirme y someterme a la mayor humillación de mi vida.

Elegí la tercera opción, la más degradante de todas, y cada día desde entonces lo lamento con todo mi ser.

Me atreví a hacerle frente a Álex y, si te soy sincero, no siento pena por perder su amistad. A veces, hacerse valer conlleva sacrificios y alejarse de quien no te conviene. Y eso fue lo que hice con él.

Sin embargo, contigo no pude. Lo intenté cuando fui a buscarte a tu oficina. Había decidido cortar todos los lazos contigo, pero cuando te lo planteé y te viniste abajo, no pude seguir. Propusiste lo del viaje y yo acepté porque, aunque en realidad sabía que nuestra relación estaba muerta, me costaba una vida entera alejarme de ti. Porque no admitir que te quiero sería ser un cínico y no estamos ya para esas historias.

Te quiero, no sé si sabes hasta qué punto, y renunciar a ti es lo más difícil que he hecho nunca. Te conocí en uno de los peores momentos de mi vida y si fui capaz de plantarle cara al mundo y hacer las paces con Gabi en su funeral fue por lo que me dijiste el día previo. Te quedaste a mi lado cuando no era más que un apestado. Yo estaba abrumado por tu seguridad en ti mismo; tenías las cosas claras, nada te hacía dudar, y yo solo podía aspirar a ser como tú.

Con el tiempo, he descubierto que aquello no era más que la fachada que te habías creado y ver lo que se escondía tras ella fue un golpe del que no sé si me recuperaré.

La confianza en ti mismo no es más que el maquillaje que le pones a tus miedos. Sí, a tus miedos, Mario, porque te da pánico la soledad, te aterra el qué dirán y te horroriza quedar por debajo. Esos son tus tres puntos débiles y la mezcla de ellos da como resultado alguien que desea dominar a quien tiene a su alrededor, es decir, a mí.

Y no estoy dispuesto a seguir siendo esa persona.

No creas que te digo esto con maldad o resentimiento. Para nada. Eres una persona espectacular, con un sinfín de cosas buenas, pero esas tres características lo echan todo por tierra y creo, sinceramente, que un profesional te puede ayudar a superarlo si tú no te ves con fuerza para hacerlo solo. Sé que el origen de esos tres miedos está en todo lo que viviste de pequeño, pero apenas sé nada de lo que ocurrió en aquella

época y creo que tienes que ser tú el que haga las paces con tus propios fantasmas. De la misma manera que tengo que ser yo el que las haga con los míos.

Sé que ahora no lo entenderás y solo recibirás esta carta con ira, pensando que te estoy traicionando y que hablo desde el despecho por lo de Álex, pero nada más lejos de la realidad. Lo de Álex fue la gota que colmó el vaso, el último tirón de la venda que yo llevaba tiempo intentando retirarme. Y, por fin, he reunido el valor que tanto me ha faltado para hacer lo que debo.

Mario, gracias, muchas gracias, por todo. Por haber estado, por haberme dado un hombro sobre el que llorar, un abrazo en el que refugiarme y un amor en el que perderme. Nunca, y créeme que así será, nunca seré capaz de olvidar que en un mar de desesperación tú fuiste el salvavidas que me impidió hundirme. Jamás podré agradecerte lo suficiente aquello.

Ahora nuestros caminos se separan. Creo que es mejor que durante un tiempo no nos veamos, para evitar reabrir viejas heridas, pero ¿quién sabe? A lo mejor un día nos encontramos y quedamos a tomar café como dos viejos amigos para contarnos cómo conseguimos superar nuestros miedos y pudimos avanzar para ser felices.

Ojalá podamos llegar a eso.

No sabes lo que me está costando llegar al final de esta carta, a ese adiós que tanto me resisto a decirte. Por eso seré breve.

Sé feliz, Mario. Sé muy feliz. Sana aquello que debas sanar, encuentra aquello que debas encontrar y disfruta aquello que debas disfrutar. No dudes ni por un segundo que no habrá día en que desee con todas mis fuerzas que seas feliz.

Con todo el cariño del mundo,

Miqui

Deposité el boli junto a la carta, que dejé con cuidado en su mesilla, eché un último vistazo a la habitación y salí en silencio, dejando libres las lágrimas que lavarían mi pena.

Capítulo 16

Descanso.

Eso es lo que sentí cuando dejé atrás el hotel, y la carta en él. Caminaba más erguido, mis pasos eran más firmes y el peso que tanto me atormentaba había menguado. No había desaparecido del todo, ya que, para eso, si lo llegaba a conseguir, pasaría tiempo, pero, al menos, podría avanzar. Y eso ya era mucho decir.

Decidí no pensar más en ello en el tiempo que me quedaba en Dublín, apenas media tarde, la noche y parte de la mañana del día siguiente. Ya habría tiempo suficiente para reflexionar, hacer una valoración de todo lo que había ocurrido, no solo ahora, sino en los últimos años, cuando volviera a Madrid. Ahora tocaba disfrutar de la soledad.

Me paré en seco cuando fui consciente de lo que acababa de pensar. Disfrutar de la soledad. Qué raro era aquello. Un tiempo atrás, cuando se me había impuesto, fue una compañera terrible, que hizo que me refugiara en el primer sitio en el que encontré un poco de cariño. Ahora, sin embargo, liberado de las cadenas que me habían retenido, cuando yo mismo la había elegido como compañera, la encontraba diferente. Una oportunidad para conocerme, para vivir una situación que nunca antes había experimentado de aquella forma.

Y eso era bueno.

Así que decidí aprovechar mi última tarde en la ciudad como le había propuesto a Mario antes de nuestra discusión: ir al parque

Phoenix. Me apetecía un poco de naturaleza y tranquilidad, sentir el aislamiento en plena ciudad y, por qué no, intentar ver uno de los famosos ciervos que corrían en libertad por allí.

Miré en el móvil la distancia y, aunque tardaría un rato en llegar, decidí ir andando. Deseché la idea de coger un taxi y perderme mi último paseo por Dublín. Aquella caminata sería mi despedida de esa ciudad que, por raro que pareciera, me lo había dado todo quitándomelo.

Caminé junto al Liffey, admirando los edificios magistrales que se alzaban a ambos lados del cauce, así como las pequeñas casas que se alternaban con ellos. Irlanda, un país de contrastes.

Llegué al parque algo cansado de andar, pero en cuanto puse un pie en él, fue como si me transportara a otro mundo. No había ajetreo en su interior, ni gente corriendo de un sitio a otro, como en cualquier gran ciudad, con prisas por doquier y un ritmo frenético. No. Allí encontré niños en bici, familias merendando —o cenando, según los horarios de allí— sobre el verde que se extendía hasta donde alcanzaba la vista y personas caminando perdidas en sus propios pensamientos.

Aquel era mi sitio, lo que yo necesitaba. Caminé un tiempo por la senda que atravesaba el parque de punta a punta, hasta que, llegado un punto en el que los árboles aumentaban en densidad, decidí adentrarme en la espesura.

Si la tranquilidad antes era palpable, en ese momento fue algo casi sobrenatural. En plena capital de Irlanda podía haber un silencio absoluto, roto solo por el murmullo de las hojas mecidas por el viento. Me quedé allí de pie, con los ojos cerrados, sintiendo aquella paz. Y, al abrirlos, a lo lejos, recortado contra la luz del atardecer entre dos árboles, vi un cervatillo. Uno que, por el aspecto, era muy joven, pues sus patitas se tambaleaban en ocasiones. Estaba junto a su madre, que me miraba con cautela, pero la cría, fruto de la inocencia y de desconocer la maldad del mundo, se me acercó. Yo me agaché, para estar a su altura, y alargué el brazo, mostrándole la palma de la mano para que la oliera. El animalillo se acercó y, cuando se cercioró de que no le haría nada, lamió la mano con cariño. Acaricié su lomo, de una suavidad inesperada, y dejé que

saltara a mi alrededor, danzando de alegría por encontrar a un nuevo amigo.

Yo sonreí, sin atreverme a emitir ningún sonido que lo espantara, y, mientras mi joven compañero saltaba, vi cómo la madre se acercaba poco a poco. Agachó la cabeza para lamer la coronilla de su pequeño y luego me olió también la mano. A continuación, irguió la cabeza y me miró a los ojos, agradeciendo el respeto con el que había tratado a su hijo, y, de alguna manera, eso me llegó hondo. Los animales son las criaturas más nobles que existen y aquella cierva pudo ver a través de mí. Su reconocimiento, y el del pequeño que ahora se había colocado al lado de su madre, era mucho más de lo que podía esperar. Poco después, la cierva emitió un sonido que apremiaba a su pequeño para que se marcharan y este, antes de seguirla, se giró y me miró por última vez. Cuando se perdieron entre la espesura noté algo cálido rodando por mi mejilla. Me sequé con la manga de la chaqueta aún alucinado por lo que acababa de suceder. Irlanda me decía adiós a su manera y yo sentí que aquel país, de algún modo, se había ganado un sitio en mi corazón que nunca dejaría.

Salí del claro en el que me había metido y, cuando alcancé de nuevo la senda principal del parque, me di cuenta de que el sol estaba ya muy bajo en el horizonte. Tocaba volver para el hotel. No me apetecía trasnochar. Demasiadas emociones para aquel día. Solo quería terminar de organizar el equipaje, meterme en la cama y dormir como un lirón.

Reemprendí el camino de vuelta, pero antes de la salida, encontré unos baños públicos. Llevaba bastante tiempo con la vejiga protestando, así que decidí vaciarla para que el paseo hasta el hotel no fuera deprisa y corriendo para no hacérmelo encima.

Entré en la caseta y busqué un cubículo, ya que nunca he sido muy fan de los urinarios —incluso con las experiencias recientes—, y mientras le cambiaba el agua al canario, oí un gemido que conocía demasiado bien. Me quedé blanco, aquello era imposible. Tenía que haber un error, pero cuando volví a oír un gemido similar, terminé de convencerme.

Me subí al váter —no sin antes guardarme la chorra en el pantalón, que no quería accidentes— y me asomé por encima de la pared de separación hacia el cubículo contiguo. Lo que vi me dejó a cuadros.

Allí, a cuatro patas, estaba Mario con cara de estar gozando como una perra, mientras un tío al que no conocía de nada, alto, con perilla y melena pelirroja, se la metía hasta el fondo. El otro estaba demasiado centrado en su tarea, resoplando con cada embestida, pero Mario me debió de oír y miró hacia arriba. La sonrisa que puso, con aquellos ojos llenos de malicia, jamás se me olvidará. Era la viva imagen de la venganza. Una que estaba más meditada de lo que podía imaginar. Estaba dejándose hacer por un desconocido lo que jamás me había dejado hacer, en un sitio al que yo le había dicho que quería ir, con la esperanza de que lo encontrara para hacerme todo el daño posible.

Y así había sido.

No lo del daño, sino lo de que lo encontrara. Las posibilidades no eran muy altas, pero lo había conseguido, aunque el tiro le había salido por la culata, porque aquella imagen no me removió. No me destrozó, ni me hizo llorar hasta deshacerme, ni grité hasta desgañitarme. Aquello solo despertó la mayor de las penas que podía sentir hacia Mario. Una imagen patética de un hombre patético que intentaba suplir así sus carencias.

Lo tuve que mirar con tal lástima que él apartó la vista, avergonzado. Lo vi enrojecer y, cuando ya me había bajado y me disponía a salir de allí, oí cómo le gritaba al otro tipo para que parara.

Aquella fue la última vez que supe de él.

Caminé hacia el hotel, incapaz de pensar en otra cosa que en la expresión de Mario, una que jamás le dedicaría a alguien a quien hubiese querido, y entonces fui más consciente que nunca de la soledad que gobernaba en el corazón de mi ex —qué raro se me hizo pensar en él de esa forma por primera vez— y que, para su desgracia, estaba tan asentada que, por mucho que buscara, jamás encontraría a nadie capaz de echarla de aquel lugar a no ser que él mismo arreglara sus problemas.

Antes de dormir, me vino a la cabeza el rostro de Mario, pero, poco a poco, se fue transformando en otro que no se le parecía en nada. Uno que me despertaba emociones muy diferentes, y pensé que aún me quedaba una última cosa que hacer en Irlanda.

Deseé que en aquellas últimas horas pudiera tener tiempo para poder llevarla a cabo.

A la mañana siguiente me levanté temprano. Apenas había podido dormir por los nervios. Tenía que hacer una búsqueda, pero no sabía ni por dónde empezar, así que, en vez de derrumbarme ante la posibilidad —muy real, por cierto— de no encontrar nada y fracasar, cogí al toro por los cuernos. Dejé la habitación temprano, agarré mi maleta y, renqueando con ella, me lancé por última vez a las calles de Dublín.

No sabía a dónde dirigirme. Mi objetivo podía estar en cualquier parte, así que traté de organizar un plan en mi mente. Tendría que ir por los sitios más turísticos de la ciudad y podría, solo podría, lograr mi misión. Era jugárselo todo a una carta, con todas las probabilidades en contra, pero era la mayor apuesta que iba a realizar en mi vida.

Podría empezar por cualquier punto, bien podría ser un sitio que otro, así que me lancé a por la Catedral de la Santísima Trinidad. Subí por la pequeña calle en cuesta que conducía hasta su entrada y recorrí sus terrenos. Vi la estatua a los sintecho, varios grupos de turistas, algunos hablando en idiomas que reconocí, otros ni me sonaban, entré en el vestíbulo, donde no era necesario pagar entrada, pero nada. Allí no estaba mi objetivo, así que, en vez de venirme abajo, fui a por el siguiente lugar que se me ocurrió. Caminé junto a las casas de estilo georgiano, todas con sus múltiples chimeneas —una por cada habitación—, y llegué a la otra catedral, la de San Patricio —no dejaba de resultar curioso que en una ciudad y un país de mayoría católica las dos catedrales fuera anglicanas—. Anduve por la explanada que se abría frente a ella, donde los niños jugaban y un perro me ladró, asustado por el sonido

del arrastre de mi maleta a la velocidad que iba. Y una vez más… nada.

Empezaba a cansarme de la carrera. Por una vez en la historia hacía un día caluroso en la capital irlandesa, con el sol pegando con toda su fuerza. Yo llevaba una chaqueta y decir que me estaba asando era quedarse corto. La gente iba en manga corta, a pesar del mes que era, asombrados de poder sacar esas prendas por una vez del armario. Había que joderse con el dichoso tiempo.

Me puse a pensar en otro sitio que pudiera esconder a mi objetivo y, sin ninguna razón de peso, tal vez por la distancia, me decidí por el castillo. Corrí como alma que lleva el diablo, consciente del paso del tiempo y de que este se me agotaba antes de que tuviera que irme para el aeropuerto. De hecho, con toda seguridad Mario ya estaría allí, esperando para embarcar en el avión que, hasta hacía veinticuatro horas, también yo estaba destinado a coger.

Llegué como una exhalación a la plaza central. Vi en lo alto la estatua de la Justicia y, a pesar de las prisas, no dejó de sorprenderme el desprecio que mostraba esa señora hacia la balanza que portaba. Desde luego, era una estatua hecha por los ingleses para los irlandeses. No pude evitar sentir un escalofrío por la devaluación a la que aquel pueblo había estado sometido durante tantos siglos. Me di un capón, pensando que no debía distraerme, y, en vez de someterme a la desazón que empezaba a invadirme, probé con el siguiente sitio lógico, aunque empezaba a quedarme sin opciones.

Parecía muy topicazo, pero el Trinity College no podía faltar, así que fui veloz, llevando la maleta casi en el aire y atropellando a dos o tres personas que me dirigieron algún que otro insulto. Menos mal que nunca fui bueno para los idiomas.

Llegué y, antes de pasar, probé suerte enfrente, en el banco de Irlanda, antigua sede del Parlamento cuando los ingleses aún andaban por allí. Las ventanas estaban tapiadas, fruto de la ira de los irlandeses, que no dejaban de romper cristales a pedradas cuando se veían sometidos, y los colonizadores optaron por la solución simple, tapar la luz. Vi por allí también a algún grupo de turistas, pero nada, así que, sin pensarlo dos veces, crucé la calle.

Atravesé el arco principal del Trinity y me sentí sobrecogido por la plaza central, llena tanto de estudiantes como de turistas. El pequeño templete central con la campana invitaba a pasar por su interior para acortar hacia el otro lado, pero me contuve, pues había oído que quien lo hacía no aprobaría jamás y nunca se sabe si en algún momento uno querrá volver a estudiar. Caminé, no, corrí, alrededor de la plaza, pero no me detuve a entrar ni en la capilla, ni en la biblioteca, ni en ningún otro edificio. Si era demasiado exhaustivo, me quedaría sin tiempo.

Agotado, sin aliento, con un goterón de sudor bajando por la frente y dándome cuenta de que mi resistencia era un desastre, miré el reloj. Se me cayó el alma a los pies. Solo tenía tiempo para visitar un único sitio. Después, tendría que coger un taxi para ir al aeropuerto. Una última oportunidad.

Y decidí probar suerte —encomendándome a los seres mágicos irlandeses, Dios, los vikingos o quien quiera que fuese que gobernaba en las sombras aquella isla— con el sitio donde todo había empezado.

Fui al O´Neill. Bueno, mejor dicho, fui a la estatua de Molly Malone, que estaba frente al *pub*. Mi última oportunidad. La última bala en el cartucho, que fuera lo que tuviera que ser.

Avancé como si mis piernas pesaran una tonelada —menos mal que no estaba lejos— y, justo antes de doblar la esquina, le escuché. Me la había jugado y esa vez, la última mano de la baraja, había ganado: allí, en medio de un grupo de turistas españoles con el paraguas amarillo que llevaba en cada excursión, estaba Pedro.

—… porque no solo estaba el IRA, el Ejército Republicano Irlandés —apagó el micrófono al decir el nombre de la organización—, la parte británica también tenía su propio grupo terrorista, el UVF, la Fuerza Voluntaria del Úlster. Qué raro, ¿no? ¿Cómo puede ser que solo conozcamos la existencia del IRA? —Volvió a encender el micrófono—. Pues porque, como siempre, el pez grande se come al pequeño y, en este caso, también maquilla su imagen. Reino Unido, los unionistas, con parte del norte de la isla, protestantes, contra Irlanda, los nacionalistas republicanos, con tres cuartas parte de la isla, católicos. Y cada uno con su respectivo grupo terrorista. Un país

de cincuenta y cinco millones de personas en la actualidad, en aquel momento, si contamos con las colonias, bastantes más, contra uno de cinco millones y apenas peso en el ámbito internacional. ¿Quién podría esconder los crímenes de su grupo paramilitar de la opinión pública? ¿Quién vería todos sus crímenes expuestos —porque, no nos engañemos, por mucho partido que se tome aquí, ambos grupos eran terroristas que cometieron atrocidades—, mientras que el otro grupo se iría de rositas? Es triste, penoso, vergonzoso si queréis, pero hasta los crímenes se maquillan, las muertes sospechosas y asesinatos no se publican en periódicos si no interesa al pez grande. Por eso solo hemos oído hablar de uno de esos dos grupos. Pues bien, si queréis saber algo más sobre el conflicto irlandés, dejadme que os haga unas recomendaciones sobre libros y pelícu…

Pedro se calló. Me había colado entre la gente y me había puesto frente a él. No quería interrumpirlo, cortar esa pasión y ahogar su discurso. Si por mí fuera, me habría quedado escuchando durante años, pero el tiempo se acababa. Mi vuelo a España se acercaba y yo debía irme, por poco que me gustara aquello.

—¿Qué haces aquí? —preguntó aún con el micrófono encendido. Iba a pedirle que lo apagara, pero qué más daba. La gente estaba rodeándonos a menos de un metro de distancia, lo iban a oír todo. Solo les faltaban las palomitas.

—Darte una explicación —repuse con más miedo que voz.

—No tienes que explicarme nada. A veces las cosas y las personas llegan en un momento equivocado y no puede ser.

—Tienes razón, pero yo tenía un lastre muy grande y, por fin, he sacado el valor de donde no lo tenía para liberarme.

Oía cuchicheos a mi alrededor. Un hombre parecía estar a punto de protestar, pero la mirada severa de su mujer lo frenó en seco. Estaba disfrutando de lo lindo la jodía.

—¿Qué quieres decir con eso? —preguntó él, pálido cual uno de los muchos fantasmas de por allí.

Yo me acerqué, dejé caer el asa de la maleta al suelo y le cogí la mano. Estaba temblando, como él. Parecía que nos estaba dando un calambrazo, pero no por eso me detuve.

—Aunque el momento haya sido equivocado, eres una gran persona. El emérito intentó hacerme daño enseñándome tu perfil en Grindr —esto último lo dije en un susurro—, pero tú puedes hacer lo que quieras. Eso no cambia lo que he conectado contigo. No sabes lo que lamento que la distancia que nos separa impida que de aquí pueda surgir nada, porque me apetece conocerte más de lo que me ha apetecido conocer a nadie nunca. —¿Era posible que un chico se acabara de enjugar una lágrima?—. Pero, si alguna vez decides volver a España para enfrentarte a tus fantasmas, estaré encantado de acompañarte en esa lucha.

Él me miró. No sé si estaba enfadado, contento, iracundo o avergonzado. La única señal que tenía por su parte era su mano, que no la había soltado desde que se la había tomado. Al revés, la había apretado más fuerte con cada palabra que le dedicaba.

Pedro no reaccionaba, solo me miraba, y mi tiempo se agotaba. O me iba ya o no llegaría al avión. Así que, como buen español, pensé aquello de de perdidos, al río y con la mano que tenía libre lo agarré de la nuca y lo atraje hacia mí.

Nos besamos.

Se me erizó la piel.

Nos aplaudieron y vitorearon.

Él no se quiso separar de mí.

Y así aquel día pasó a convertirse en el mejor y el peor de mi vida. Porque Irlanda me regalaba algo increíble, pero no podía ilusionarme. Yo me volvía y un océano nos separaría.

No sé cuánto tiempo estuvimos unidos; cuando nos separamos, me noté mareado. Los del grupo de turistas seguían aplaudiendo y yo me sentí mucho más emocionado que con la petición de mano de dos días antes. Me puse como un tomate, pero lo curioso es que Pedro andaba tan tranquilo. No parecía avergonzado ni nada por el estilo, es más, estaba gozando de todo aquello. Cómo le gustaba ser el centro de atención. Se notaba de dónde le venía la vena de guía turístico.

Se me había acercado y noté su mano en el bolsillo de mi chaqueta. A continuación, me abrazó y me susurró algo al oído:

—Por algún motivo, pensé que te volvería a ver e hice una tontería de adolescente. Dejé escrito mi número de teléfono en un trozo de papel y lo guardé en la cartera para dártelo por si te volvía a ver. Pensaba que yo sería el atrevido y, joder, esto no puedo igualártelo.

Yo metí la mano en mi bolsillo y apreté el papel entre los dedos. Mi forma de mantener el contacto con Pedro. No lo soltaría por nada del mundo.

—Y otra cosa —me volvió a susurrar al oído—, lo del Grindr es una chorrada. Lo hice un día que estaba aburrido y no negaré que quedé con unos cuantos. Pero, si te digo la verdad, nunca conecté con nadie de allí como lo hice contigo aquella noche. Esa conversación bajo las estrellas fue más real que cualquier otra cosa que hubiera vivido hasta entonces.

Joder. ¿Cómo no me iba a gustar con esas cosas que me decía?

Quería estirar un poco más el chicle, pero no era posible. Él estaba trabajando y yo me tenía que ir. Si no quería quedarme en tierra y que a él lo despidieran era hora de irse. Por mucho que me doliese.

—Pedro, me tengo que ir —dije con una voz que sonó mucho más tranquila de lo que me sentía—. Te llevo buscando toda la mañana y he dado contigo en el último minuto. Ya he cambiado el billete de avión y no puedo retrasarlo más. No sabes lo que me gustaría que fuese de otra forma, pero no es posible.

Él negó con la cabeza y sonrió de una manera que me transmitió una paz como no había sentido en mucho tiempo.

—No te preocupes. Tú ya tienes mi teléfono. Nos volveremos a ver, si tú quieres, claro —dijo guiñándome un ojo. A continuación, se dirigió al grupo de turistas, que estaban embobados viendo la escena romanticona que se había montado frente a ellos—. Y ahora, señoras y señores, déjenme presentarles a la protagonista indiscutible de la ciudad antes de que mi amigo se vaya, Molly Malone. No tenemos tiempo para que les cuente la historia, pero sí que me gustaría decirles algo. Se dice que quien quiera volver a Dublín debe hacerle algo a la estatua. ¿Alguien sabe qué es?

—¡Tocarle una teta! —chilló el cuñado de turno.

—Uf, pensé que había más románticos en este grupo. Se le toca el corazón y así ella siempre podrá encontrarlos y hacerlos volver a la

ciudad. Antes de que todos se lancen en estampida a tocarla, me gustaría que aquí, mi amigo…

—¿O tu novio? —gritó una niña emocionada que hizo que el grupo estallara en carcajadas y, sorprendentemente, provocó el sonrojo de Pedro.

—Eh…, perdón, sí, que mi amigo fuera el primero en tocarla, si él quiere, claro. Así Dublín siempre estará esperando su regreso.

No me esperaba aquello. De repente todo el grupo se quedó mirándome, expectante. Podía sentir el aliento contenido de todos, pero, sobre todo, el de Pedro. Yo me acerqué a la estatua, la de la bella guardiana de la ciudad. Miraba de lado, pero pude sentir su complicidad, el hermanamiento de un amor que no moriría, solo quedaba reposando, a la espera de un momento mejor en el que florecer, como una semilla aguardando la lluvia de primavera. Y así, puse mi mano sobre su corazón mientras murmuraba:

—*Go raibh maith agat, Éire*[1].

No sabía irlandés, pero aquello, que había oído de pasada por la calle, se me había quedado grabado. Porque mi agradecimiento era sincero. La Isla Esmeralda me lo había quitado todo, pero solo cuando yo había querido entregarlo, para poder darme mucho más.

Besé una última vez a Pedro antes de parar un taxi y pedirle que fuera volando al aeropuerto. Mientras me alejaba vi por el cristal trasero cómo mi guía favorito se hacía pequeño mientras el grupo aplaudía y le palmeaba la espalda. Él sonreía con una calidez que hizo que toda la pena por la despedida se desvaneciera, porque si me iba, era con la esperanza de un nuevo comienzo. Y eso nunca lo había sentido.

Levanté la mano para decirle adiós y, cuando él levantó la suya para devolverme la despedida, el taxi giró y yo dejé de verlo.

Lo último que mis ojos captaron fue su paraguas amarillo, alzado por encima de todos como una promesa. Nuestra promesa. Una que no sabría si algún día cumpliríamos, pero que con su mera presencia me daba fuerzas.

Y estoy convencido de que a Pedro también se las dio.

[1] Gracias, Irlanda.

Capítulo 17

Levanto la mirada del café, que ya hace tiempo que se ha quedado frío, para posarla en mis dos acompañantes. Carol me mira como si, a pesar de los años de amistad que nos unen, no me conociera en absoluto. Sagra —que ya es casi una más del grupo a pesar de sacarnos a ambos más de cincuenta años—, por el contrario, lo hace encantada. Hasta se le ha caído la parte de la magdalena que estaba húmeda al café y casi lo ha absorbido por completo.

—Miqui, tío, no hacía falta que fueras tan explícito en algunas partes —protesta Carol con una mueca de disgusto.

—Calla, niña, que el mundo va como va porque la gente no es clara. Ahora que él lo ha sido no vamos a protestar. —Me guiña un ojo y yo no puedo evitar sonrojarme—. Pero, Miguel, hijo, esta historia tuya es buena. Parece casi sacada de un libro.

—Y te lo tenías tan callado, mamonazo. —Carol se muerde el labio intentando aguantarse las ganas de darme un tortazo—. ¿Para qué se supone que están las amigas si no es para cotillear sobre estas cosas?

—Es que esto no es un cotilleo —digo tras unos segundos en los que intento meditar una respuesta que no le haga daño—. Tú ya sabías que Mario y yo habíamos roto. Si no te di detalles es porque no me apetecía remover el pasado. Han pasado cuatro años de aquello y tú me has picado contándome que Mario se va a casar en dos meses. No niegues que no lo has hecho con esa intención.

—Es que hay que joderse con la niña —murmura Sagra intentando rescatar los trozos de su ahogada magdalena mientras niega con la cabeza y Carol se hace pequeña en su sitio.

—Pero, bueno, querías saber qué ocurrió entre Mario y yo. Pues ya lo sabes, ¿contenta?

—Claro que no, Miqui. ¿Cómo quieres que esté contenta? Vale, he sido un poco hijaputa contándote lo de la boda de Mario, y lo siento, pero no sabía lo que había ocurrido. Estos años ha sido difícil ser tu amiga, has estado muy ausente, apenas contestabas los mensajes y para verte casi había que pedir audiencia. ¡Yo pensaba que pasabas de mí, no que estuvieras mal!

—Chica, yo veía claro que el pobre quería que lo dejásemos en paz. Todos tenemos épocas en las que necesitamos estar solos.

—Joder, Sagra, encima no te pongas de su parte. Que yo lo habré hecho mal, pero él no lo ha hecho mejor.

—Mira, hija, cuando tengas mi edad habrás aprendido cosas que solo te las da la experiencia y esta es una de ellas.

Yo me abstraigo mientras ellas discuten. Es temprano y el sol nos da de pleno en esta terraza. Cierro los ojos y pienso que no podría estar más a gusto. Han pasado cuatro años en los que me he dedicado a aprender a vivir en soledad. Conseguí —por fin— abrir la librería y he sobrevivido por mi cuenta. En todo este tiempo no he sabido de Mario hasta que Carolina, hace un rato, por casualidad y sin ningún tipo de doble intención —entiéndase la ironía—, ha mencionado que se va a casar. Casualidades de la vida o no, el afortunado es Álex. Dios los cría y ellos se juntan, en fin… Espero que les vaya bien, pero a mí que me dejen tranquilo. La lección en este tiempo ha sido clara: más vale solo que mal acompañado. En otro tiempo me habría arrastrado por unas migajas de cariño, y ahora, visto en perspectiva, me doy cuenta de que lo que me ocurrió con Mario debía pasar para que pudiera crecer. Ha sido duro, me ha costado, pero ya no veo la soledad como una enemiga, sino como una aliada. Me conozco mejor, me sé valorar y, por supuesto, he aprendido a marcar límites que antes habría creído imposibles.

En cuanto a Pedro, pues, bueno, eso sí que puede que sea una espinita que tengo clavada. Al principio manteníamos mucho el

contacto, pero vernos fue imposible. Siempre por uno o por otro, el caso es que coincidir fue una odisea y eso, irremediablemente, conllevó que los mensajes se fueran espaciando y las llamadas fueran cada vez más breves. Mantenemos el contacto, sí, pero madurar también conlleva ser realista y darse cuenta de que hay historias que son imposibles. Por mucho que duela.

Abro los ojos, intentando no hacer más introspección, pero Carol y Sagra siguen en una encarnizada lucha dialéctica. Aprovecho para observar a los clientes de las otras mesas, algo que siempre me ha parecido divertido, y me fijo en una chica que va vendiendo baratijas. Es de tez oscura, lleva ropas que le quedan demasiado anchas y el pelo peinado en trencitas, de tal forma que cada vez que se mueve estas chocan entre ellas y los abalorios que las sujetan hacen un ruidito gracioso. Sin embargo, me fijo en su cara, parece agotada, portando una carga demasiado pesada para cualquier ser humano. No sé qué habrá pasado esa pobre en su vida, me parte el alma que nadie le haga caso. Es invisible a los demás, y pienso que, a pesar de todos los obstáculos que he atravesado, soy muy afortunado por tener ciertas cosas garantizadas desde que nací. Cuando se acerca a nuestra mesa, le doy un billete de cincuenta euros y acepto una ingente cantidad de pulseras y gafas de sol que me da, y su expresión, una mezcla de agradecimiento, estupefacción y pesar, me parte el alma. No dice nada, pero la veo alejarse y ojalá pudiera saber cuál es su historia.

—Miqui, ¿cómo le compras nada? ¿No ves que todo eso son falsificaciones? —me reprocha Carolina como si fuera un niño pequeño pillado en falta.

—Pues no tenía ni idea, fíjate. —¿Sarcasmo o es que soy un poquito corto? Dejo que ella decida—. Chicas, siento ser así de brusco, pero tengo que volver a la librería, que me toca abrir. ¿Os parece si comemos juntos el sábado? —añado con un ápice de culpabilidad, porque Carol, por pesada que sea a veces, sí que tiene razón con lo de que llevo un tiempo desaparecido.

—Yo no puedo, Miqui, he quedado con Laura para ir a ver vestidos para la boda de… —Se da cuenta demasiado tarde y se calla, pálida como el papel, evitando mi mirada.

—Traidora de pacotilla —la regaña Sagra—. No te preocupes, Miguel. Si quieres, te invito a comer paella, que me sale estupenda.

—¡Oye, que yo también quiero! —protesta Carolina.

—Te fastidias, por venderte al enemigo —sentencia Sagra con un deje de superioridad.

Yo las miro encantado, sabiendo que, por peculiares que sean, puedo contar con ellas. Son mi lugar seguro y a esas personas hay que cuidarlas.

—No te preocupes, otro día quedamos los tres y nos enseñas fotos del vestido elegido —propongo, aunque el plan me parece horrible, pero prefiero ondear la bandera de la paz.

—¿Seguro?

—Por supuesto. —Saco la cartera, pero Sagra me para antes de que pueda sacar un billete.

—No, chico. Hoy te invitamos la traidora y yo.

—¡Sagra! —protesta Carol, aunque no sé si es por lo que la ha llamado o por tener que invitar.

—Ya que te hemos obligado a contarnos algo que se nota que te duele, lo menos es invitarte.

—No es necesario, Sagra, yo…

—¡Anda, calla! Vete a abrir la librería antes de que se haga tarde.

Yo asiento, les sonrío agradecido y prometemos volver a vernos pronto —la paella de este sábado con Sagra no me la quita nadie— antes de despedirnos y salir corriendo para la librería.

El Paraguas Amarillo.

Veo el flamante cartel, para el que tuve que pedir un pequeño crédito como buen currito, y no puedo evitar sonreír por el nombre. No muchos lo entienden y alguna que otra vez algún cliente curioso me ha preguntado, pero yo siempre soy esquivo en las respuestas. Nadie necesita saber por qué, o por quién, tiene el nombre mi pequeño negocio.

Abro y me voy al reducido almacén que hay al fondo, preparado para recoger las novedades que llegaron ayer a última hora y colocarlas en la mesa central. Hay alguna que no me llama nada y otras que me leería hoy mismo, pero no puedo hacer distinción. A fin de cuentas, es lo que mejor se vende.

Estoy comprobando el albarán cuando oigo cómo la campanilla de la entrada tintinea al abrirse la puerta. Dejo los libros apartados y salgo para atender al cliente.

Me quedo de piedra ante la imagen que hay frente a mí.

Encima del mostrador hay un objeto, pero no es cualquier cosa. Es lo que le da nombre a esta librería. Un paraguas amarillo. Y tampoco es cualquier paraguas amarillo, es uno que conozco demasiado bien. Uno que vi por última vez en Dublín mientras me alejaba en taxi.

—¿Tienes alguna edición de *Dublineses*, de Joyce, cuya traducción merezca la pena? —oigo decir tras un estante.

No me lo puedo creer. Noto cómo el corazón se me acelera al escuchar su voz, y en un momento parece que se me va a parar cuando lo veo girarse y mirarme sonriente.

Ha cambiado, cuatro años dan para mucho. Tiene algún kilo de más, más ojeras de las que recordaba y el pelo empieza a clarear en algunos sitios, pero la mirada apasionada y su barbita de unos días las sigue conservando. Eso y la sonrisa de mil vatios que podría iluminar una ciudad entera. Una sonrisa que me da calidez y que da sentido a estos últimos años. Porque, aunque no lo quisiera reconocer, nunca perdí la esperanza de volver a verlo. Porque, aunque yo haya encontrado millones de excusas para no volver, él ha encontrado una para venir. Porque, aunque no haya vuelto a Irlanda, toqué el corazón de Molly Malone y ella ha decidido que Irlanda venga a mí.

Y no es necesario decir nada más. Casi como si estuviera en un sueño, me acerco y lo abrazo con toda la fuerza de la que soy capaz. Quiero sentirlo, notar el latido de su corazón, sentir su respiración sobre mi piel, pero, sobre todo, quiero hacer honor al milagro que se acaba de producir y besarlo. Cierro los ojos y me dejo llevar. Vuelvo a sentir esos labios que solo probé deprisa y corriendo frente a la estatua de aquella humilde vendedora y a la que ahora todo el mundo rinde culto. Y lloro porque, a veces, merece la pena no perder la esperanza y confiar en que el milagro pueda ocurrir.

Entrelazo mis dedos con los suyos, le doy la vuelta al cartel de abierto y bajo la persiana.

Antes de fundirnos en un solo ser y recuperar todo el tiempo perdido no puedo evitar reírme por el pensamiento que me cruza la mente.

Tendré que avisar a Sagra para decirle que para la paella del sábado seremos uno más.

Y, bueno, a lo mejor no solo para el sábado. Quién sabe lo que durará este regalo que nos hace la vida a los dos.

Agradecimientos

Es posible que parezca raro que, aun firmando con pseudónimo, quiera hacer agradecimientos. Bueno, cosas más raras se han visto, ¿no?

Seré breve.

Muchas gracias, mamá y niña, por estar siempre.

Muchas gracias, hermano de otra sangre, por saber cuándo hay que estar y crecer juntos.

Muchas gracias, rubias, por estar siempre ahí.

Muchas gracias, amiga, por aguantarme todos los días.

Muchas gracias, amigos, por abrirme la puerta de vuestra casa y haberme leído siempre, con nombre y pseudónimo.

Muchas gracias a Elisa por apostar por esta historia, a Mónica por hacer que el exterior reluzca como ninguno y a Cintia por hacer brillar el interior.

Y muchas gracias a ti, ya sabes por qué.